NO LA DEJES SOLA



DESIRÉE DE FEZ

BLACKIE BOOKS



La perrita Blackie decía que a los monstruos,
como a los perritos, hay que sacarlos a pasear.
Solo si ven mundo vuelven a acurrucársete dentro, tranquilos.


BLACKIE
BOOKS

NO LA DEJES SOLA



Desirée de Fez es escritora, crítica de cine y periodista. Creció en San Ildefonso, barrio del municipio barcelonés de Cornellà de Llobregat, y vive en Barcelona con su novio y sus dos hijos, un niño y una niña. Experta en fantasía y terror, géneros a los que lleva dedicada más de media vida, es autora de *Reina del grito* (Blackie Books, 2020), influyente ensayo en el que aborda los miedos femeninos desde su relación personal con las películas de terror. Se ha convertido, a través de sus libros, artículos y pódcasts, en una figura esencial en la difusión del cine fantástico y de terror, especialmente del realizado por mujeres. Con una extensa trayectoria como programadora de festivales de cine, entre ellos el Festival de San Sebastián, tiene experiencia como guionista y, durante años, ha trabajado como asesora y consultora de proyectos audiovisuales. Ahora, por fin, da el salto a la ficción con una novela totalmente en sintonía con las historias fantásticas y de terror que siempre ha amado, apoyado y compartido. Le gusta pensar que *No la dejes sola* es el resultado de una conversación imaginaria, en un centro comercial y con un par de cafés delante, entre las dos personas que más le han influido: su madre y David Cronenberg.

Desirée de Fez

NO LA DEJES SOLA



© del texto: Desirée de Fez, 2026
© de la ilustración de cubierta: Natalia Umpiérrez
© de la fotografía de la autora: Cecília Díaz Betz
© de la edición: Blackie Books S.L.
Calle Església, 4-10
08024, Barcelona
www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

Diseño de la cubierta: Luis Paadín
Maquetación: Bookwire

Primera edición: marzo de 2026
ISBN: 979-13-88154-07-2

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Índice

22 de diciembre Tres días antes de Navidad
1
2
3

23 de diciembre Dos días antes de Navidad
4
5
6
7

24 de diciembre Nochebuena
8
9
10

24 de diciembre Nochebuena desde el otro lado
11
12
13
14
15
16

25 de diciembre Navidad
17

Agradecimientos

Para Nico, Elliott y Carlo.

A mi hermana Lola.

Despertó a oscuras, tirada en el suelo. Se incorporó apoyándose en un brazo. La luz regresó gradualmente. Escuchó a alguien golpear rítmicamente los interruptores y la tienda se iluminó por fases. Recibió el exceso de brillos y de colores como una patada. Volvió a tumbarse y cerró los ojos. Permaneció así un rato, incapaz de abrirlos. Le vino a la cabeza la última vez que había estado allí con su hija, probándose tiaras de princesa. Se refugió unos minutos en ese recuerdo. Las risas y la vocecita de su hija pidiéndole que le comprara media tienda habían sido sustituidas por un pitido incómodo. Sin abrir los ojos, se sentó con mucha dificultad. Cuando finalmente se atrevió a abrirlos, la imagen del escaparate que tenía enfrente terminó de destrozarla. Los tutús de bailarina de las hileras de arriba estaban salpicados de sangre, también algunas alas de mariposa y las orejeras blancas y rosas de peluche. Sentada en el suelo, no podía dejar de mirar las gotas de sangre, lanzadas sin piedad sobre ese escaparate de fantasía que había recorrido y estudiado tantas veces con su hija. Las alas que les gustaba probarse para hacerse fotos, también las mochilas con forma de osito y las antenas con pompones, ahora estaban sucias, rígidas por la sangre reseca. Le dio mucha pena. Esa imagen de Claire's, la tienda favorita de su hija, un lugar donde la bisutería barata se convertía en alta joyería cuando Brigitte se la probaba, la entristeció más que lo que le estaba pasando. Más que su suerte.

Sintió un dolor brutal en la cabeza. Se llevó las manos y frenó en seco antes de tocársela. Le daba miedo que no estuviera, o que no estuviera entera. Miró al frente y a los lados. A la derecha vio su reflejo en uno de esos espejos para calzado en los que las chicas comprueban cómo les quedan las bailarinas de fantasía. La cabeza estaba, pero desde ahí se veía el pelo enmarañado y la cara como un borrón oscuro. Se arrastró hacia el espejo como pudo. Le faltaba el aire y se sentía más débil que nunca. Vio que tenía la cara ensangrentada y las orejas agujereadas, llenas de pendientes. Contó hasta nueve aros de distintos tamaños. Cinco en una oreja y cuatro en la otra. Juraría que eran plateados, pero no podía asegurarlo porque todo estaba cubierto de sangre reseca. Tenía costras

marrones y negras que indicaban que la sesiòn de *piercing* había sido hacía un buen rato, poco higiénica y bastante cruel.

Se giró al escuchar tararear a alguien, y la vio.

La niña estaba allí.

22 de diciembre
Tres días antes de Navidad

1

Los niños de preescolar iban disfrazados de ángeles. Llevaban alas de cartulina y algodòn, una corona dorada y purpurina en los mofletes. La idea era que todo fuese blanco inmaculado, símbolo de pureza, pero algún pantalòn beis del Decathlon y varias camisetas gastadas impedían que la escena fuera impoluta. Brisa buscò a su madre con la mirada mientras recitaba el poema de Navidad: *Sóc la reina de la casa i m'agraden els torrons, per Nadal us felicito amb un sac ple de petons!* La buscò nerviosamente entre las cabezas del público mientras fingía declamar, con una mímica tan torpe como divertida, los versos que llevaban semanas preparando en clase. Pero Brisa no encontrò a su madre, así que decidiò dejar de mirar.

Diana lo tenía todo organizado para llegar a tiempo al festival de Navidad de su hija. Como su novio iba a estar todo el día en Madrid y al niño lo recogía la mamá de un amiguito de clase, se había bloqueado desde hacía semanas la tarde para ir a la actuaciòn y después llevar a Brisa a merendar. Tarde de chicas. Saliò de casa con tiempo, contenta de haber enviado los artículos al periòdico antes de que empezaran las fiestas. Incluso los de la semana siguiente. Era la primera vez en años que lo conseguía. Desde que era *freelance*, y de eso hacía mucho, no recordaba unas navidades sin tener que posponer las compras, saltarse alguna sobremesa o perderse algún espectáculo infantil para encerrarse a escribir la crítica de alguna película absurda o salir a toda prisa a entrevistar a alguien muy poco interesante. Diana bajaba la calle Balmes radiante y más arreglada de lo normal, con intenciòn de tomarse un cortado antes del

espectáculo. Pero, a medio camino, se le dispararon los latidos en los oídos. No podía ser. No era verdad. No se había dejado la plancha del pelo encendida. Reconstruyó mentalmente lo que había hecho antes de salir de casa, pero era incapaz de verse a sí misma desenchufándola. Pensó que no pasaba nada, que aunque estuviera encendida, siempre la dejaba apoyada en el lavabo. No había peligro porque ahí no estaba en contacto con nada, y estaba segura de que el aparato tenía un termostato y se apagaba solo cuando estaba muy caliente. ¿Tenía un termostato? ¿Seguro? En realidad nunca se había fijado, y la plancha era bastante vieja. ¿Y si no había cerrado bien el grifo y goteaba sobre ella? ¿Y si la había dejado apoyada en la estantería, cerca de las toallas, en vez de en el lavabo? Dio media vuelta. Llamó a Carlos para contarle lo que le había pasado. Quería que cogiera el teléfono y le dijera lo que ella ya sabía: que no se había dejado la plancha encendida. Ni la plancha encendida ni la puerta abierta ni la llave sin echar. También quería que tomara por ella la decisión de no volver a casa para comprobarlo. Pero no contestó. Siguió subiendo Balmes a la carrera, llorosa y sofocada. Notaba el peso del maquillaje, un hormigueo desagradable en la cara, la camiseta térmica empapada y la saña con la que los botines nuevos le iban destrozando los meñiques. Más humillante que su progresiva descomposición, que la sensación de estar transformándose en un trapo, fue cruzarse con los padres de otros niños de la clase de Brisa, que habían salido de casa justos de tiempo pero iban a llegar antes que ella. Simuló que enviaba un mensaje con el móvil para evitar el contacto visual y que le dijeran que se había equivocado de dirección. Una broma que en ese momento le parecía terrible, pero que ella misma le había hecho a algún padre que volvía apurado a casa a por la bolsa de piscina, o porque a su hijo le había dado un apretón justo en la puerta del colegio.

Llegó al portal exhausta. No olía a frito, no olía a quemado. Subió las escaleras ahogada y, antes de abrir la puerta, deseó que la plancha estuviera encendida y que algo, una toalla, un coletero, empezara a arder en el preciso momento en que ella entrara por la puerta. Ansiaba una llamarada inofensiva, un fuego pequeño que

ella pudiera extinguir fácilmente y demostrara que el regreso a casa no había sido absurdo, que igual se había perdido una parte del espectáculo pero había evitado una catástrofe. Entró. No había humo, no había fuego, no escuchó el clic del termostato. La plancha del pelo, que por supuesto no tenía termostato, estaba apagada, con el cable enroscado y a medio metro de todas y cada una de las cosas que había en el cuarto de baño. Todo estaba en orden. Todo había sido comprobado y más que comprobado una hora antes.

Diana llegaba al festival de Navidad tarde y con los meñiques pelados.

Al entrar por la puerta del colegio, sintió que la monitora que controlaba el acceso al teatro, perdida en sus pensamientos y deseando que acabara la función para irse a casa, la juzgaba por su demora. Tal cual: la estaba juzgando por su demora. Se le nublaron los ojos y le temblaron las piernas al escuchar desde el vestíbulo el poema de Navidad que Brisa llevaba semanas tarareando en casa. Tenía la esperanza de que la función hubiese empezado tarde, que primero actuaran los niños de otro curso. Pero no. Iba por orden de clases. Diana aceleró el paso. Al entrar en el teatro, vio a todos los niños a lo lejos, en el escenario, y ese mismo plano en chiquitito, multiplicado por cien, en las pantallas de los móviles de sus padres y de sus abuelos. No estaban las canguros con las que coincidía las tardes que iba a recoger a sus hijos, sino cuatro filas de familias que habían llegado antes que ella. Sobre todo había madres. Madres que habían llegado a tiempo, serenas e impecables, con los meñiques suaves y perfectos. Después del poema, los niños se arrancaron con una versión infantil, en catalán y sutilmente religiosa de una canción de Taylor Swift. Algunos padres, los de siempre, rieron con ganas para dejar claro que habían identificado una canción que conocían hasta los extraterrestres. Diana se sentó sola en la última fila, sin hacer ruido. Buscó a Brisa entre los huecos que dejaban los brazos de los padres que habían ignorado la indicación de no grabar con móviles el espectáculo. El escenario no estaba bien iluminado y todos los niños eran idénticos, pero no le costó localizar a su hija. No solo porque la habría encontrado hasta a oscuras, sino porque llamaba especialmente la atención. De hecho, se había convertido en

la protagonista del espectáculo de Navidad. Brisa era la única niña que no cantaba. Cruzada de brazos, se había puesto como si fuera un antifaz la corona dorada que sus compañeros llevaban en la cabeza. Disgustada por no haber encontrado a su madre entre el público, se había borrado del espectáculo. Parecía una delincuente minúscula a la que, en una ronda de reconocimiento, habían tapado los ojos con una cinta de fantasía.

2

Alba planificaba el verano en enero, compraba muy baratos los billetes de avión para las vacaciones justo después de las uvas, aun sin saber los días de fiesta que le darían a su marido o si podrían permitírselas. En agosto preparaba la fiesta de Halloween, pedía a AliExpress todos los adornos que veía. Y en septiembre hacía las primeras compras navideñas. Así año tras año.

Abrió los ojos la primera. Miró a su alrededor. Eran las siete y media de la mañana pero todavía era noche cerrada. Solo iluminaba la habitación un punto de luz. Hizo un esfuerzo sobrehumano para sentarse en la cama sin que lo notara el bebé, estirado a su lado. Deslizó las piernas hacia el suelo, notó el frío del parqué en los pies y se levantó con movimientos de bailarina de danza contemporánea para no rozar nada, para que nada crujiera. Caminó descalza muy despacio hacia la puerta de la habitación mientras esquivaba los trastos del suelo. Estaba a punto de salir del cuarto y dejar atrás la habitación sin despertar a nadie, cuando le dio una patada a un cochecito y lo estampó contra la pared. No lo hizo sin querer. No tropezó. Vio perfectamente el juguete y lo chutó con todas sus fuerzas. Pensó que era alucinante que un objeto tan pequeño pudiera provocar un ruido tan grande. El resultado: todos despiertos dos minutos después que ella. Todos despiertos, en tensión y sobresaltados, que era el estado natural de los que vivían en ese piso.

Juan se levantó de golpe. No ocultó su enfado porque no era la primera vez que le despertaban de un susto. Y sabía, aunque hacía la vista gorda, que el ruido que le había puesto en pie, a él y a sus tres hijos, no había sido accidental.

—Alba, abre a tu madre. Acaba de picar abajo —gritó Juan desde el baño.

—¿Seguro? Yo no he oído nada. Espero a ver si pican otra vez.

En unos minutos, el ruido infantil lo había dominado todo. El silencio de la mañana se había transformado en una sinfonía de gritos, lloros, quejas y todo tipo de peticiones.

Juan entreabrió la puerta del lavabo y asomó la cabeza.

—Que abras, Alba, que han picado seguro. Pobre mujer, que debe de hacer un frío que pela, encima recién levantada.

—Que yo no he oído nada. Me espero.

—¿Tanto te cuesta abrir?

—Que no voy a abrir sin estar segura de que han picado.

—¿Quién quieres que entre un miércoles a las siete de la mañana? —Juan volvió a cerrar la puerta del baño.

—No lo sé. Llama de una puta vez para que arreglen el interfono, que no se oye —respondió Alba en voz baja, casi para sí misma.

Sonó otra vez el timbre. A los pies del edificio, una construcción inmensa de cemento gris, uniforme y compacta, Carmen esperaba a que le abrieran la puerta. Hacía un frío polar. Tenía cara de sueño, iba menos abrigada de lo que debería para esa época del año y el pelo, que planeaba lavarse esa noche sin falta, le hacía una forma rara en la coronilla que le había dejado la almohada. El edificio era uno de los más nuevos de Cornellà, una mole construida a los pies de la Ronda de Dalt. Para Carmen, que vivía en el barrio desde que tenía veinticinco años, hacía ya casi cincuenta, era un sueño: los mejores pisos de protección oficial de San Ildefonso. Recién estrenados, con el parqué impecable y con opción a compra en un futuro próximo con descuento del alquiler acumulado. En esas estaban Alba y Juan, a punto de firmar los papeles para quedarse con uno y comprar así su primer piso en el barrio en el que habían crecido y del que no habían salido nunca. Para cualquiera que hubiera vivido durante un tiempo, más o menos bien, lejos de allí,

ese bloque, en cambio, era pura arquitectura soviética, una colmena de viviendas idénticas en la que, si te instalabas, te quedabas para siempre.

Para llegar hasta el piso de su hija pequeña, Carmen superaba a diario una gincana con un montón de obstáculos. Primero tenía que marcar un código en el portero automático, un código que le costó meses memorizar, y esperar a que le abrieran, no siempre a la primera. 119 + campana. Después tenía que atravesar un pasillo larguísimo en el que hacía frío incluso en verano. A continuación, volver a marcar el código y esperar otra vez a que le abrieran, que tampoco era siempre a la primera. 119 + campana. Por último, cogía el ascensor y, cuando llegaba a su destino, esperaba a que su yerno saliera a abrir la puerta de metal que daba acceso a la planta en la que vivían. Juan no siempre calculaba bien ese tiempo y una de las primeras imágenes que solía ver de buena mañana era la cara de su suegra enmarcada en la ventana ojo de buey de la puerta metálica. La cara de una mujer de setenta años que esperaba con los ojos hinchados a que su familia la acogiera con más exigencias que cariño. Esa mañana, Juan abrió la puerta del pasillo y besó a Carmen en la mejilla. Caminaron en silencio hacia el piso. Aún no habían llegado a la puerta cuando Alba, vestida con un pijama viejo y sin conjuntar, asomó la cabeza al pasillo y miró a su madre de arriba abajo.

—Mama, ¿qué haces sin calcetines? ¡Que hace mucho frío!

—Cómo no voy a llevar calcetines. Sí que llevo.

—¡No llevas nada! A ver.

—Ay la madre que me parió, Alba, ¡que sí que llevo! —Carmen, que no había llegado a entrar por la puerta, se descalzó con esfuerzo y dejó ver unos pinkies de media que apenas le cubrían los pies. Dispuesto a esquivar la primera discusión de la mañana, Juan entró en el piso y se despidió de los niños con un beso.

—Sí que llevo, ¡pero son de los transparentes!

—¡Y tan transparentes! Fíjate si son transparentes que no se ven. ¡Mama, te vas a poner mala! —Alba hablaba a gritos desde primera hora de la mañana. Y Carmen también. Era algo normal en la familia. No necesitaban estar completamente espabiladas ni llevar

juntas mucho tiempo para desesperarse la una a la otra—. Juan, mira el iPhone, ¿qué grados hace?

—Tres grados —contestó mientras se ponía la chaqueta y cogía las llaves del coche. Su suegra se calzó enfadada y entró en la casa a la vez que él salía para no regresar hasta la noche. Cada mañana repetían el mismo cruce. Cada día el mismo relevo con pequeñas variaciones, a menudo aderezadas con broncas insignificantes.

—Mira no me grites ya de buena mañana, que el día es muy largo —dijo Carmen. A Alba le irritó muchísimo el tono lastimero de su madre. No podía soportar que se hiciera la víctima.

—Es que, mama, no te entiendo, vas a coger una pulmonía —refunfuñó mientras cerraba la puerta.

—Sí, voy a coger dos pulmonías. No una, dos —Carmen miró de reojo a su hija—. ¿Para qué echas la llave y los pestillos? ¡Anda! ¿La cadenita también? Qué manía tienes de encerrarte. Si pasa algo ¿qué hacemos?, ¿cómo salimos? Además, nos vamos ya.

—¿Ya? ¡Mira cómo están estos aún! No he preparado ni las mochilas.

—Pues prepáralas por la noche. De verdad, Alba, levantaos un poco antes que vamos siempre escopeteadas. —Sin quitarse ni el abrigo ni el bolso, Carmen se agachó y recogió del suelo varias prendas infantiles. Sus tobillos desnudos quedaron al descubierto.

—Dime que Juan no se ha llevado mi móvil. —Alba recorrió nerviosa el comedor.

—Lo tienes ahí, encima de la mesa.

—Mama, ¡no te sientes ahí, que vienes de la calle!

—¿Que no me siente dónde?

—¡En el sofá!

—¿Si no me siento en el sofá dónde quieres que me siente?

—En el sofá, ¡pero te has sentado encima de la manta del bebé!

—¡Basta ya con las manías, Alba! ¡Que vengo directa de casa y llevo la ropa limpia! No me he sentado en ningún sitio.

—Joder, ahora tendré que volver a lavarla y con el frío que hace la ropa tarda mucho en secarse. —Alba tiró con brusquedad de la manta y Carmen levantó el culo.

Carmen acompañaba cada mañana a Alba a llevar a los niños al colegio. Y a recogerlos para comer. Y a volver a llevarlos por la tarde. Y a recogerlos otra vez. Y a llevarlos a extraescolares, tarea complicada porque cada niño las hacía en un sitio distinto y lo tenían que calcular muy bien para no entretenerse y que llegaran a tiempo. Era un tour agotador porque el colegio estaba en Esplugues, a una media hora de casa, y parte del trayecto lo hacían en autobús. Nadie había planteado la opción, infinitamente más razonable, de que Carmen se quedara con el bebé en casa mientras Alba llevaba a sus otros hijos a clase. Iban y venían todos los días los cinco en procesión, como una comuna *hippy*: la abuela, la madre, dos niños de siete y nueve años y un bebé de meses en un carrito. Cada trayecto era un espectáculo. Raro era el día que no había llantos, discusiones en el bus, momentos críticos por el olvido de alguna cosa (las batas del cole, las mochilas de gimnasia, los bocadillos), y pérdidas de nervios. Eso sin contar los números de Alba cuando alguien les llamaba la atención en el autobús por el follón que montaban. Carmen pasaba por eso todo el curso escolar. Ese sacrificio, esa discreta vida de santa, era normal para ella y para Alba. Era la rutina de la mayoría de las abuelas del barrio. Eso sí, durante las vacaciones, los fines de semana y los días que su yerno tenía fiesta, Carmen se atrincheraba en su piso con el móvil apagado. A veces descolgaba el teléfono fijo y tapaba el auricular con un cojín.

Las combinaciones de personas en el barrio de San Ildefonso eran infinitas, pero había una que se imponía al resto y se había normalizado: abuela, hija y nietos, juntos a todas partes. La abuela aparecía siempre como una prolongación corporal de la madre, como un apéndice grande y obediente. Esas tres partes configuraban un único organismo, una medusa con muchos tentáculos. Una criatura, socialmente aceptada e integrada, que se multiplicaba en el barrio. Podías verla en los parques infantiles, en el mercado, en las puertas de los colegios, en las salas de espera de los ambulatorios. No era una plaga exclusiva del barrio, ni del extrarradio de Barcelona. Pero era más intensa en la periferia porque en el centro de la ciudad se alternaba más a las abuelas con las

canguros. Y con la ayuda pagada no se generan vínculos tan estrechos porque se paga precisamente para eso, para delegar, para matar a la medusa. En San Ildefonso, sin embargo, era una epidemia, aunque no se vivía como tal. Nadie intentaba ponerle fin, nadie se preguntaba por qué esas mujeres jóvenes vivían enganchadas a sus madres, por qué tenían esa relación, más parasitaria que simbiótica, que trascendía la necesidad de ayuda con los niños. ¿Por qué eran incapaces de hacer las cosas solas? ¿Por qué las abuelas no se plantaban?

Superada la primera etapa de la tournée diaria, Carmen y Alba dejaban a los mayores en el colegio después de comer y cogían el TRAM hacia el centro comercial Finestrelles con el bebé. Para no volver a ir a casa, lo que suponía sumar dos viajes a los cuatro que hacían a diario, solían hacer tiempo allí hasta la hora de salida de la escuela. Lo tenían solo a tres paradas. No era su rato de descanso, ni un momento de ocio. No tenía nada que ver con tomarse un café, mirar ropa tranquilamente o conversar. No era así porque Alba siempre tenía una misión. Nunca estaba en los sitios por estar, nunca iba a los sitios por ir, ni siquiera cuando eran lugares que visitaba con frecuencia. Siempre tenía algo que hacer, aunque a menudo los planes y las explicaciones de lo que tenía que hacer eran más laboriosos que lo que tenía que hacer en realidad. Y todo lo hacía con Carmen. Las pocas, poquísimas, veces que eso no podía ser porque su madre estaba indispuesta, liaba a otra persona para que la acompañara: el padre de Juan, su prima o alguna vecina. En esas ocasiones excepcionales le daba un poco igual quién fuese, no quería de ellos más que su compañía.

La misión de ese día era cambiar unos mandos de la Switch para su hijo mayor. Juan y ella los habían comprado hacía ya dos meses en el MediaMarkt de La Maquinista, el único centro comercial de Barcelona donde no acababa de sentirse cómoda. Le intimidaban sus dimensiones. Había leído que era el más grande de Catalunya y uno de los más grandes de España, y esa información la había desestabilizado. Al probar los mandos hacía una semana para envolverlos para Papá Noel, se habían dado cuenta de que uno no funcionaba. Esa excursión a Finestrelles tenía que ser el final feliz a

siete días de llamadas y visitas a distintas tiendas de la misma cadena en busca de unos mandos que, según le habían dicho sucursal tras sucursal, llevaban dos semanas agotados. Alba estaba muy enfadada con todo: con ella misma por no haberlos probado antes, con los empleados de todos los MediaMarkt de España y con las prisas, porque solo tenía una hora para hacer todo lo que quería hacer, y una alergia que le tenía comidos los ojos.

Cuando nació el pequeño, la piel de los párpados se le había arrugado y escamado, y así seguía diez meses después. Ese antifaz de ansiedad hacía que se viera siempre fea, pero solo le molestaba de verdad cuando le picaba. Ese día, por el estrés de las compras y los preparativos de las fiestas, la comezón era insoportable. En su momento, cuando apenas era una irritación, había *googleado* qué podría ser sin sacar ninguna conclusión que le convenciera y se había acercado al ambulatorio del barrio. Pero, como la doctora le había dicho que no podía tomar nada fuerte mientras diera pecho, algo que no había dejado de hacer desde hacía nueve años —incluida la etapa en la que gestó al segundo y amamantó al primero al mismo tiempo—, lo había dejado pasar. Las supuestas exigencias de la maternidad siempre posponían lo que tenía que ver exclusivamente con ella. Solo su hermana mayor, Diana, insistía en que tenía que ir a un especialista y le había enviado varias veces por WhatsApp el contacto de su dermatólogo. Pero no le había hecho caso, y el resto de su entorno había asumido que eso ahora no era importante, que no era prioridad, hasta el punto de mirarla y no darse cuenta de que se le caían los ojos a trozos. Antes de esa alergia, y en casi una década encadenando embarazos, partos y periodos de lactancia, había sufrido otras reacciones, unas más sutiles que otras: ojeras violáceas, casi tornasoladas, eccemas en distintas partes del cuerpo, caída preocupante del cabello, uñas quebradizas... Pero, excepto Diana, nadie de su entorno le daba importancia. No lo veían, creían que era normal, que venía incluido en el paquete maternidad. Alba lo había naturalizado hasta reconocerse en la cara de una mujer joven, de treinta y siete años, con los ojos en carne viva.

Entraron en el centro comercial como siempre. Alba delante, empujando el carrito, y Carmen unos pasos atrás, resignada. Quedaban solo tres días para Navidad, pero en el Finestrelles no había demasiada gente. Y la que había eran réplicas exactas de ellas, reflejos más o menos nítidos, enfadados y gritones de esas dos mujeres. Bajaron a la planta cero por las escaleras mecánicas con el carrito en volandas para no tener que ir a buscar el ascensor. Una vez allí, con disimulo, Alba atravesó la entrada del MediaMarkt y salió para volver a entrar con total naturalidad, como si no supiera que su madre la había visto. Carmen conocía la manía de su hija de atravesar dos veces una puerta o un arco antes de quedarse dentro. Se sabía casi todas sus supersticiones y manías, que eran muchas, porque pasaba todo el día con ella. Y porque, si hicieran una competición, empatarían y verían que compartían muchas. Todas las mujeres de la familia, sin excepción, tenían manías y eran muy supersticiosas. Diana llevaba tiempo segura de eso y, hacía un par de años, en el funeral de su padre, se había propuesto comprobarlo. Como ejercicio para espantar el desconcierto ante una muerte súbita, se había dedicado a observar en el velatorio y durante el funeral a todas las mujeres de la familia de su madre, de las tías más directas a las primas más lejanas, de las más mayores a las más jóvenes, de las que habían seguido la tradición del sacrificio a las pocas que habían roto con ella. Había contado veintitrés manías evidentes, muy claras. Una la compartían todas: chocaban los zapatos por detrás cada vez que alguien decía la palabra *muerte*. La más sofisticada solo se la vio a las primas mellizas de Madrid. Antes de beber agua lanzaban disimuladamente un beso al aire. A Diana le encantó.

—A ver si nos da tiempo de comprar lo del *Caga Tió* —dijo Alba apurada.

—Alba, por favor, que aún no has hecho una cosa y ya estás pensando en otra. ¿No ibas a cambiar los mandos? No me marees más, que llevamos todo el día dando vueltas.

—¿Qué mareo? ¿Qué vueltas? —dijo alzando la voz.

—No me levantes la voz.

—¿Qué quieres? Es Navidad. Habrá que comprar los regalos, ¿no?

—Alba, por Dios, que llevas comprando regalos desde agosto. No sé para qué compras tantas cosas con todo lo que tienen, está la casa que parece el Toys "R" Us. Tienes los armarios a reventar, van a acabar viendo los paquetes.

—No hay tantas cosas. Otros años hemos comprado muchas más.

—Eso es verdad. Tienen juguetes del año pasado con los que ni han jugado. Estoy segura de que si vuelves a envolverlos no se dan cuenta de que son suyos.

—Pues aún me faltan cosas.

—Pues te vienes mañana con Juan cuando *plegue* y las compras.

—Mañana es mi cumpleaños.

—Pues pasado. A mí no me líes más, que estoy cansada de dar vueltas.

—Pasado, dice. ¿En Nochebuena? Ni loca, ¿tú sabes la gente que habrá? —Alba miró a Carmen de reojo, con un punto de desprecio.

—No me mires así. Habrá gente a última hora, pero, desde las dos que sale Juan de trabajar hasta la hora de la cena, fíjate si tienes tiempo.

Si el centro comercial estaba prácticamente desierto era porque todo el mundo se había metido en el MediaMarkt. Y, como suele pasar en los momentos más críticos del año, la proporción entre clientes y empleados estaba totalmente desajustada. Los primeros quintuplicaban a los segundos. Y los segundos se movían como colibríes por los pasillos, mirando al frente y evitando el contacto visual con los primeros. Además, si ya se les daba bien hacerse los sordos el resto del año, en navidades eran especialistas. Durante diez minutos, Alba y Carmen persiguieron por los pasillos de la tienda a uno de los dependientes, un chico de unos veinte años con el uniforme ennegrecido y una patilla de las gafas enganchada con esparadrapo. Cada vez que lograban alcanzarle y estaban a punto de conseguir que les mirara, se les escurría o se les adelantaba alguien con más morro que ellas. Cansada, Carmen caminó hacia la zona de los televisores, más despejada, y sin decirle nada a su hija, se sentó. Al darse cuenta de su ausencia, Alba buscó a su madre nerviosamente con la mirada. La imagen de Carmen, recortada contra los espectaculares fondos de pantalla de las televisiones en

4K, de colores imposibles e insultantemente nítidos y luminosos, tenía un efecto cómico. Alba caminó hacia ella con el carrito.

—Mama, ¿qué haces?

—Sentarme. No aguanto más. Me duelen los pies. No ves que no nos hacen ni puto caso.

—¿De dónde has sacado esa silla?

—¿Cómo que de dónde he sacado la silla?

—Esa silla, que de dónde es.

—Ay, yo qué sé, pues de aquí. ¿De dónde va a ser?

—Mama, esa silla no es de aquí. No ves que solo hay una en toda la tienda. Mira, es azul y aquí es todo rojo. Es una silla de escritorio. Igual es de alguien que la ha comprado en otro sitio y la ha dejado aquí mientras le atienden.

—Pues mira, mejor, así le digo si es cómoda antes de que se la lleve a casa.

—Mama, levántate. —Alba miró alrededor por si alguien las observaba y se agachó para comprobar si la silla llevaba algún envoltorio o alguna etiqueta colgando.

—¿Qué haces? ¡Ay, la madre que me parió! ¡No me lo puedo creer! ¡Alba, por Dios, claro que es de aquí!

—Mama, que te levantes, ¡que no es de aquí! ¡Que lleva una bolsa de El Corte Inglés enganchada en la base!

—Que no me levanto.

—¡Además, aquí no van a venir a buscarnos! ¿No ves que han pasado de nuestra cara? Si estamos escondidas no nos van a ver.

—¿Escondidas? ¡Pero si estamos en medio de la tienda! —Carmen se giró un segundo y vio un banco de medusas luminiscentes a sus espaldas—. Además, hay una vieja haciendo submarinismo al lado de los televisores, en algún momento se van a dar cuenta.

—Qué idiota eres. —A Alba le hizo gracia el comentario de su madre, pero disimuló por orgullo—. ¡Que no nos ven, que solo miran al frente y pasan de largo!

—Mira, Alba, ve tú, yo ya estoy cansada.

—Pues no sé de qué. —Carmen la fulminó con la mirada. Alba se agachó, abrió la cremallera del cuco y sacó al bebé del carrito.

—¡Pero ve tú sola! ¿Para qué sacas al niño del carro si está ahí la mar de bien, tan calentito? ¿Para qué lo despiertas tontamente? Ahora va a estar llorando todo el rato.

—Porque tiene que comer.

—¿Otra vez? ¡Tanta teta! ¡Lo vas a cebar! Se te va a poner gordo de lo pesada que eres.

Alba se abrió el abrigo, se subió el jersey y se sacó una teta sin ningún pudor. Se enganchó al bebé y, en ese movimiento, dejó al descubierto su barriga, estampada de estrías moradas. Había recuperado su peso después de cada embarazo sin tener que hacer dieta, pero no se había librado de llevar el mapa del metro tatuado en el abdomen. Con el niño en brazos y cada vez más sofocada, insistió en perseguir por los pasillos al dependiente de la patilla rota hasta que este se detuvo para consultar en un ordenador. Sin perder de vista a su madre, se puso al lado del chico con el bebé agarrado al pecho, quizás a una distancia demasiado corta, y lanzó al vacío tres *perdona* seguidos. Pero el chaval ni se dignó a mirarla: buscó en el ordenador lo que necesitaba y volvió a irse. Alba lo siguió. Cualquier otra persona se habría dado por vencida, pero ella no.

El espacio era grande, diáfano, de techos muy altos. Aun así, el caos de las fiestas lo había convertido en un lugar sobrecargado y agobiante. Los productos estaban desordenados, había cajas de electrodomésticos tiradas en medio de los pasillos y los clientes caminaban nerviosos, esquivándolas en busca de ayuda. Sin embargo, conforme Alba seguía al dependiente, el MediaMarkt se vaciaba para ella. Hasta que se difuminó. Cuando se ponía obsesiva o nerviosa, los lugares por los que pasaba se desprendían de objetos y de vida, se convertían en umbrales que solo atravesaba ella. En ese momento, lo único que veía era el cuello del polo del dependiente. Todo lo demás estaba borroso o a oscuras, según la intensidad de la luz. Durante unos segundos se perdió en los detalles del elástico, dado de sí y desgastado. Después la tela se emborronó, se convirtió en un topo grisáceo que se deslizaba por la negrura. Alba siguió esa mancha durante un rato, hasta que el peso de su hijo se hizo insoportable: ¿desde cuándo pesaba el niño treinta kilos? Empezaron a dolerle las piernas como cuando bebía vino.

Siempre era así, cuando se sentía completamente sola, y eso podía sucederle en la calle, en casa o en un centro comercial, su cuerpo se disociaba de la realidad. Después, le dolía. Se detuvo y, tiesa en medio del MediaMarkt con el niño en brazos y la mirada hueca, buscó consuelo en una imagen mental: el viejo letrero del camping Filipinas.

Carmen la observaba desde hacía rato, ahora recortada sobre un espectacular *skyline* nocturno de Nueva York. Pero no dejó la silla que nadie había reclamado en todo ese rato, hasta que la vio detenerse. Si se hubiera levantado antes no habría servido de nada, conocía a su hija y sabía que nadie podía sacarla antes de tiempo de ese tipo de situaciones, de esos trances que la absorbían durante unos minutos para escupirla y devolverla exhausta a la realidad. Nadie podía ahorrarle esos disgustos. Cuando vio que permanecía inmóvil más de treinta segundos, se levantó y fue directa hacia ella con el carrito.

—Vámonos, ven luego tú a última hora con Juan, ya me quedo yo con los niños. —Carmen le quitó el bebé de los brazos e, intentando no despertarlo, lo puso otra vez en el cochecito. Alba regresó, empapada en sudor, del lugar mental en el que andaba. Se quitó el abrigo, lo lanzó al suelo y se sentó encima unos segundos, con la cabeza escondida entre las rodillas flexionadas. Ni siquiera así, hecha un ovillo en el suelo, llamó la atención de los dependientes, que a duras penas la esquivaban para no pisarla. Carmen sacó un botellín de agua del bolso y se lo ofreció.

—Esta tarde tienes manualidades —dijo Alba mirando desvalida a su madre desde abajo.

—Sí, pero da igual. Hoy es lo de la copa navideña.

—Por eso digo. Te hace ilusión.

—Qué va. Me da pereza.

—Te hace ilusión, mama. Llevas hablando de la copita navideña un montón de días.

—Que no, ¡qué me va a hacer ilusión esa tontería!

—Mama, que te has comprado una camisa y te has hecho las uñas.

—Me he comprado una camisa y me hecho las uñas por las fiestas, no por las manualidades.

—Que no, mama, que te hace ilusiòn —insistiò Alba atándose bien los cordones de las zapatillas.

—Va, vamos. Que se ha hecho tarde y no llegamos a recoger a los niños. Y còmprate unas bambas de invierno, que dices de mí, pero tú vas con unas bambas de lona. Y blancas, todavía más de verano.

—No. No me voy sin preguntar lo de los mandos. Llama a mi suegro y que recoja él a los niños. —Alba se incorporò con esfuerzo y cogiò la chaqueta del suelo.

—A tu suegro ya no le da tiempo de subir. Mira qué hora es ya. Venga, no seas tozuda. No ves que estos días están desbordados.

Alba miròel reloj y comprobò que sí, se les echaba el tiempo encima y no había margen para que su suegro llegara al colegio a recoger a los niños. Enrolló el abrigo y lo colocò hecho una bola en la cesta del carro. Agarrò el cochecito y caminò hacia la salida de la tienda dejando atrás a su madre. Hizo entonces lo que Carmen llevaba un rato temiendo que haría, y que esta vez había tardado más de lo habitual en hacer: quejarse en voz alta. Carmen lo odiaba. Era la primera en protestar si algo estaba mal, o si a ella se lo parecía: la calidad de la comida en un restaurante, el importe de un tique de compra, el trato de algún dependiente... Y sus quejas solían ser faraònicas, algo que avergonzaba profundamente a su hija mayor y había sido muy inspirador para la pequeña. Pero no podía soportar las quejas indirectas, le incomodaban, le parecían una ordinariez.

—¡Media hora persiguiéndolo y no me mira ni a la cara! ¡Pero de qué va el niñato este! —gritò Alba—. Qué se cree, ¿que es el dueño del MediaMarkt para ir con esos humos? ¿Que es accionista? Pues no, no eres ni el dueño ni eres accionista. Eres un *matao*. Mal pagado, además.

—Tira, anda. Esta tarde vuelves —dijo Carmen, esforzándose por alcanzarla—. Y ponte el abrigo, que fuera hace frío.

—No, que lo he tirado al suelo.

—¿Cuándo lo has tirado al suelo?

—Cuando me he sentado, para no mancharme el culo.

—Pónte lo que vas a coger frío.

—Que no. No tengo frío.

—Pues ten, ponte mi bufanda.

—Será imbécil el tío —dijo Alba mientras se ataba con desgana la bufanda—. ¿Que está sobrepasado? Yo también estoy sobrepasada y hago lo que tengo que hacer, no te jode.

—Va, Alba, tira.

—¡A mí tampoco me gusta mi trabajo y no trato mal a la gente! —gritó Alba según salían del MediaMarkt.

—¿Qué trabajo? —respondió Carmen, arrepintiéndose al segundo.

—Mira, cállate. Lo que me faltaba.

—A mí no me mandes callar, y menos delante de la gente. Ven esta tarde con Juan y ya está. —Carmen notó que el móvil le vibraba en el bolso. Era Diana. Se adelantó para responder y librarse de una discusión que no quería tener. Alba todavía hizo un último intento de perseguir a otro dependiente para preguntarle por los mandos.

Acababa de salir —por segunda vez— por la puerta del MediaMarkt cuando las vio. Las dos mujeres de siempre. Caminaban a varios metros de distancia, directas a ella. Alba las tenía cruzadas, les tenía auténtico pánico. No podía entender que se las encontraran siempre, fuesen al centro comercial a la hora que fuesen. ¿Estaban siempre allí? Tenían unos setenta años y eran prácticamente iguales. Llevaban peinados de otra época. Sus cabellos rígidos y ondulados enmarcaban dos rostros duros, bigotudos, sin una gota de maquillaje. Vestían de negro riguroso, como si llevaran años llorándole a alguien por inercia, obligación o aburrimiento. Y siempre iban cogidas del brazo. Con el que les quedaba libre agarraban con tanta fuerza sus bolsos que era totalmente imposible que les robaran. No había día que Alba y Carmen no las vieran pasear por el centro comercial con la misma actitud y el mismo rictus que si hicieran tiempo en la plaza del pueblo. Diana las vio una vez y le fascinaron, dijo que eran idénticas a dos personajes de su película favorita: una médium ciega y su hermana. También dijo que parecía que se habían escapado de una fotografía antigua, que seguro que en algún piso de L'Hospitalet, encima de la última tele de tubo que quedara, habría una foto enmarcada de dos siluetas blanquecinas

recortadas contra un muro. Alba simplemente las llamaba «las viudas», y cada vez que las divisaba obligaba a Carmen a cambiar de ruta para no cruzarse con ellas. Una vez desandaron todo el centro comercial para no darse de bruces con ellas. En varias ocasiones habían subido las escaleras mecánicas para evitarlas. Y hacía solo unos días se habían encerrado en un lavabo diez minutos con la esperanza de que al salir se hubieran ido. En ese momento, sin embargo, Alba no tenía ni margen para esquivarlas ni a su madre cerca, que seguía hablando por teléfono de espaldas a unos metros de la tienda. Las viudas caminaban directas hacia ella. Alba se quedó tan parada que no tuvo los reflejos de volver a entrar en el MediaMarkt y perderse entre la gente. Tampoco se atrevió a avanzar sin mirarlas y dejarlas atrás. Cuando se quiso dar cuenta las tenía delante.

Carmen colgó el teléfono, lo metió en el bolso y buscó a Alba con la mirada dispuesta a regañarla por su demora. La vio entonces al lado de las viudas, tiesa como un palo. Agarraba con tanta fuerza el manillar del carrito que tenía las manos moradas. El bebé lloraba en la sillita con desconsuelo. Fue deprisa hacia ella al tiempo que las viudas retomaban su camino en la dirección opuesta.

—¿Qué querían?

—Mama, que me han echado un mal de ojo.

—¿Qué?

—Que una de las viudas me ha echado un mal de ojo. La bizca —contestó Alba. Una gota de sangre roja y espesa le cayó de la nariz y le manchó la bufanda. Carmen se apresuró a buscar en su bolso, sacó un paquete de clínex y le acercó uno a la cara.

—¿Qué te han dicho? Apriétate la nariz.

—Me han preguntado dónde estaba la salida.

—Bueno, se habrán despistado, esto es muy grande y están un poco chochas. ¡No eches la cabeza para atrás que es malo!

—Mama, joder, que están aquí cada puto día —dijo Alba apretándose la nariz con el pañuelo—. ¿Cómo no van a saber por dónde se sale?

—Son muy mayores.

—No tanto, eh. Deben ser como tú.

—Mira qué bien, ¿así de atractiva soy?

—¡Mama! ¡Que me han echado un mal de ojo!

—Va, anda.

—¡Te lo juro!

—Tira.

—¿En serio te parece normal?

—¿El qué?

—Que hayan venido hasta mí.

—Chica, yo qué sé. Se habrán desorientado. Dame ese pañuelo que está chorreando, pero no dejes de apretarte.

—Sí, claro, y tienen que venir a preguntarme a mí. —Cogió un clínex nuevo del paquete que tenía su madre en la mano—. ¿Por qué no le han preguntado a otra persona? ¡Se han cruzado con un montón de gente antes de llegar hasta mí!

—Ay, Alba, yo qué sé. Te deben de tener vista, estamos aquí siempre. Lo raro es que no nos saluden. No puedes pasar estos nervios cada día, te va a dar un infarto. Nos va a dar un infarto a las dos. Y le vas a contagiar el estrés al bebé. ¡Le van a salir canas! Va, vamos, que no llegamos. —Carmen se hizo con el control del carrito.

—La bizca me ha echado un mal de ojo. Lo he visto clarísimo. Me ha mirado raro. Ha arrugado la cara y me ha mirado raro, de arriba abajo. —Hizo una bolita de papel con un trozo del pañuelo y se lo metió en un agujero de la nariz. Sin dejar de apretársela para frenar la hemorragia, miró a Carmen desconsolada. Después, ignorando el consejo de su madre, empezó a caminar con la cabeza inclinada hacia atrás, mirando al cielo. La bolita de papel que llevaba en la nariz se había teñido de rojo.

—¡Que es malo que eches la cabeza hacia atrás! ¡La quieres dejar recta!

—Entonces me mancho.

—Si aprietas, no te manchas. Aguanta un poco hasta que pare la hemorragia. ¿Pero te han dicho algo más?

—Cuando les he indicado dónde estaba la puerta principal, la que no es bizca me ha dicho que algún día yo tampoco sabría cómo salir.

—¿De dónde?

—¡Pues del centro comercial! ¡Yo qué sé! Joder, mama, lo que me faltaba. ¿Ahora qué hago? ¿Adónde voy?

—¿Adónde vas a qué? ¿Adónde más quieres ir ahora?

—¡A que me lo quiten!

—¿El qué?

—¡El mal de ojo! Eso se quita, ¿no?

—Ay, yo qué sé.

—Encima en Navidad. ¿Dónde te quitan un mal de ojo en Navidad?

—Y yo qué sé. ¿Dónde te lo quitan el resto del año?

—Le voy a preguntar a la tía de Juan.

—¿Por qué a la tía de Juan?

—Porque ella cree en esas cosas. Qué miedo por favor.

A Alba y a Diana les sangraba muchísimo la nariz, y esa era solo una de las alertas que les mandaba a menudo su cuerpo. También eran propensas a tener eczemas, a que les salieran orzuelos y a desarrollar alergias inesperadas que las obligaban a llevar siempre antihistamínicos en el bolso. Cuando subían de peso, el drama no era solo psicológico. Ir vestidas se convertía en un tormento para ellas: si les venían estrechos, los tejanos les dejaban las costuras tatuadas en las piernas, la presión de la tela les llenaba la piel de cardenales y las cinturillas les hacían rozaduras. Su cuerpo y su piel sabían cuándo no estaban cómodas en ellos, que era muy a menudo, y, ofendidos, se rebelaban. Lo hacían cuando les daba la gana, casi siempre sin avisar, a menudo con demasiada crueldad y sin tener en cuenta que sus razones tendrían para no estar a gusto.

Las dos se sentían muy culpables porque a sus hijas también les pasaba. «Se lo hemos pegado nosotras» se lamentaba Diana, como si se tratara de una maldición hereditaria y exótica. Por suerte o por edad, las niñas todavía no habían entrado en los universos del sobrepeso y de las erupciones cutáneas. Pero sí compartían con sus madres esa tendencia a las hemorragias nasales. Tanto Alba como Diana habían chequeado con los pediatras de las niñas que todo estaba en orden. Los diagnósticos coincidían: «Se les reseca mucho la nariz, por eso sangran». Solo había que evitar abusar de la calefacción —algo que para Alba no era ningún problema—, poner

un humidificador de aire en casa y hacerles baños nasales con suero fisiolȯgico. Aun con esa informaciȯn, ambas sentían auténtico terror cada vez que a Brisa o a Brigitte les salía sangre por la nariz.

Hacía más o menos un mes, las niñas habían sangrado a la vez dramáticamente en situaciones y lugares distintos. Para todo el entorno familiar, había sido una casualidad a la que no había que dar más importancia, al menos eso les habían transmitido a Alba y a Diana para no alimentar su angustia. Pero para ellas había supuesto un gran impacto y lo habían comentado durante días. A Brigitte le pasȯ haciendo gimnasia artística, subida en la barra de equilibrio. Alba estaba con otras madres en las gradas del gimnasio viéndola entrenar. Desde su posiciȯn, veía el perfil derecho de su hija. Brigitte subiȯ a la barra con agilidad y empezȯ a hacer sus ejercicios con la elegancia que la caracterizaba. Caminȯ dos pasos, haciendo movimientos con los brazos. Dio un salto y cayȯ sobre la barra en un equilibrio perfecto. Se preparȯ para hacer un remontado. Como cada vez que se quedaba a ver el entreno, Alba se reconociȯ en la fisionomía de la niña cuando tenía su edad. Nunca fue tan atlética como Brigitte, que entrenaba desde los cuatro años y ya llevaba uno haciéndolo cinco días a la semana. Pero se recordaba muy parecida a su hija: las piernas largas, la curva de la espalda, el culo respingȯn. Volviȯ a preguntarse por qué, pese a su deseo y a su potencial para el deporte, Carmen nunca cumpliȯ la promesa de apuntarla a gimnasia artística. Todo el mundo celebraba sus piruetas, aplaudía sus verticales y sus ruedas, pero nadie hizo nada para animar a sus padres a llevarla a alguna escuela. Se despistȯ un momento buscando un botellín de agua en el bolso y, cuando volviȯ a mirar, vio a Brigitte temblorosa en la barra y con las manos en la cara. Intentaba mantener el equilibrio, pero su cuerpo se sacudía y se lo ponía difícil. Tenía el escote del maillot, blanco con ribetes plateados, empapado de sangre. Algunas gotas habían manchado la barra y salpicado la colchoneta que había debajo. A Alba no le dio tiempo ni de gritar cuando dos entrenadoras ya habían llegado hasta Brigitte para asistirla. Una cogiȯ a la niña en brazos y saliȯ corriendo con ella. La otra las siguiȯ, mirando continuamente al suelo, más preocupada por que no se manchara el enmoquetado de las

instalaciones que por el estado de Brigitte. Dejaron un caminito de sangre a su paso, una hilera de gotas rojas y espesas decoró los tres metros de moqueta beis que separaban la barra de equilibrio de las gradas.

Alba, que no sabía si su hija se había dado un golpe cuando ella no miraba, corrió hacia ella saltando por encima de las sillas de la graderío. No estaba en forma, pero conservaba cierta agilidad. Cuando llegó, la misma Brigitte le contó, con voz gangosa porque se apretaba la nariz con un pañuelo, que la sangre había salido sin avisar, que no se había dado ningún golpe. A Alba le flaqueaban las piernas mientras exploraba a Brigitte, sin hacer caso a las entrenadoras, para comprobar que no se había hecho nada. La hizo levantarse y caminar unos pasos en línea recta. Le miró bien la cabeza, la cara, las orejas, la nariz. No parecía haber ninguna contusión, ninguna herida. Pero Alba no podía dejar de temblar al ver a su hija así. Estaba familiarizada con las hemorragias nasales espontáneas, pero esa en concreto escapaba a su comprensión. No podía entender por qué Brigitte estaba toda manchada de sangre, por qué parecía una pequeña asesina en serie. Por muy rápido que se extendiera la sangre en la licra, no tenía ningún sentido que cada milímetro de tela que cubría a su hija, incluso la espalda y las mangas del maillot, fueran de color vino. Ni que tuviera las piernas teñidas, por delante y por detrás. Se sentó al lado de Brigitte y se bebió de un solo trago el botellín entero de agua que no había llegado a soltar. Las dos entrenadoras, calladas y blancas como si hubieran visto a un fantasma, miraban a madre e hija alternándose e intentaban calmarlas con sonrisas poco tranquilizadoras. Ellas tampoco tenían manera de explicarle a Alba por qué la niña y su maillot de fantasía se habían vuelto granates en el breve trayecto entre la barra de ejercicios y las gradas del gimnasio. Ni entendían por qué la que había llevado a Brigitte en brazos estaba impecable, no se había manchado ni el chándal ni las manos con la sangre de la niña.

Esa misma tarde, mientras su prima entrenaba, Brisa dormía en su cuarto. No era lo habitual. Siempre aguantaba despierta desde que salía del cole hasta la hora de dormir, pero estaba resfriada y,

como la noche anterior se había despertado varias veces, se la veía cansada. Se había quedado dormida en el sofá, y a Diana le supo mal despertarla. La llevó a su habitación —aunque sabía que ya no aguantaría dormida toda la noche y eso les alteraría los horarios—, y salió al comedor para aprovechar ese rato inesperado de silencio en casa y enviar unos mails. No había pasado ni media hora cuando vio a Brisa entrar en el salón y caminar hacia ella. Tenía la cara y la camiseta manchadas de sangre, y el pelo enmarañado como si se hubiera peleado con alguien o con algo. Diana, que estaba sentada en el sofá, dejó rápido el portátil encima de la mesa y corrió hacia ella. Asustada, la sentó y la observó nerviosamente. Le preguntó si estaba bien, si le dolía algo. Le temblaban las manos y la voz. Le miró, a conciencia pero con delicadeza por si le hacía daño, la cabeza y los oídos, y le pidió que abriera la boca por si se había roto algún diente. Comprobó que tenía recto el tabique nasal. Todo parecía estar bien, no había ningún golpe visible. Lo más probable era que le hubiera salido sangre por la nariz mientras dormía, pero ya no había hemorragia, Brisa había dejado de sangrar. Al echarle la cabeza hacia atrás para terminar de examinarla, Diana vio que tenía un tapón de sangre reseca en uno de los agujeros. Sin dejar de preguntarle cosas para asegurarse de que iba todo bien, corrió al baño a buscar papel higiénico, suero fisiológico y bastoncillos de los oídos. Se vio de reojo en el espejo mientras trasteaba en las estanterías del lavabo y los neceseres en busca de lo que necesitaba. Al fijar la vista en su reflejo, vio que estaba pálida, descompuesta del susto. No pudo soportar su propia imagen y dejó de mirar. Respiró hondo apoyada en el lavamanos y volvió al salón. Se arrodilló al lado de Brisa y la ayudó con dulzura a sonarse.

Al retirar el clínex, vio que algo asomaba por un orificio de la nariz de Brisa. Algo oscuro y espeso. Parecía un coágulo. Lo pinzó suavemente con el pulgar y el índice y tiró de él con cuidado para sacarlo sin que estallara entre sus dedos. Temió marearse al ver que tiraba y tiraba y no se acababa nunca. Estuvo así unos segundos. De la nariz de Brisa, que analizaba en silencio el rostro de su madre con los ojos muy abiertos, salió un coágulo carmesí que Diana fue colocando en su antebrazo para verlo bien, para ver hasta dónde

llegaba. Cuando consiguió liberar a Brisa de esa sangre, Diana, totalmente en shock, contempló el coágulo que se extendía desde la palma de su mano hasta el final de su antebrazo. Se apoyó en la mesa y, con cuidado, giró el brazo para dejarlo caer sobre la superficie. Le extrañó que no se rompiera en ese movimiento, que no explotara. Rebuscó en la mochila del cole de Tomás y sacó del estuche una regla. La desplegó y la colocó al lado del coágulo: treinta centímetros. Asustada por su propio ritmo cardiaco, cogió el iPhone con intención de hacerle una foto y enviársela por WhatsApp al pediatra de Brisa, también para dejar testimonio de algo que sabía que contado iba a sonar raro, exagerado. Con los nervios, no se dio cuenta de que la cámara estaba puesta en modo vídeo y empezó a grabar. Vio entonces por la pantalla cómo el coágulo, esa babosa larguirucha que se había alimentado de su miedo y de la sangre de su hija, se deslizaba por la mesa hasta salir del plano. De la impresión, se le cayó el móvil y fue a parar sobre la alfombra. El vídeo que acababa de grabar se reprodujo solo: en las imágenes el coágulo estaba donde ella lo había puesto, quieto al lado de la regla de plástico de Tomás. De fondo, su respiración acelerada.

Diana y Alba durmieron mal esa noche y las noches que siguieron. El malestar las arrolló y la culpa se les extendió en el estómago con la misma rapidez que la sangre sobre el maillot de Brigitte, con la misma consistencia que el coágulo que Diana sacó impaciente de la nariz de Brisa. Ninguna de las explicaciones que les dieron los pediatras, las profesoras de gimnasia artística, Carmen, Carlos o Juan les sonaron convincentes. Nada les servía de explicación o consuelo. No solo porque las dos situaciones hubieran sido horribles, escandalosas e incomprensibles, sino porque les habían sucedido a sus hijas, no a las de otras, y les habían sucedido estando solas con ellas y exactamente al mismo tiempo.

3

ué haces? —preguntó Diana.

—¿Q—Aquí, en el Finestrelles.

—¿Otra vez? ¿Pero no habéis ido esta mañana? Cuando he hablado con la mama me ha dicho que estabais allí.

—Sí, pero había tanta gente que no hemos podido mirar lo de los mandos.

—¿Qué mandos?

—Los de la Switch.

—¿Pero no te dijeron que estaban agotados?

—Sí, pero he mirado en internet y ponía que en el Media-Markt de Finestrelles quedaban dos.

—¿Tú crees que actualizan la página web todo el rato?

—No sé. Aún estamos esperando a que nos atiendan.

—Pero si son ya las ocho y media. ¿Hasta qué hora está abierto?

—Hasta las diez. Me tiene que dar tiempo de cambiar esto y de comprar algunos regalos que me faltan.

—¿Todavía más regalos?

—Sí. ¿Tú ya los tienes todos?

—No, el jueves se quedará Carlos con los niños y me escaparé.

—¿El mismo día de Nochebuena? Qué desastre eres.

—Ya, tía, no he podido ir antes. Bueno, he comprado algunas cosas por internet.

—¿Qué tal ha ido la actuación de Brisa?

—Mal.

—Mal ¿por qué?

—Luego te cuento. Te llamo en un rato, que quiero llamar a la mama antes de hacer la cena. Ay, no, que tenía la copita navideña de manualidades.

—No ha ido.

—¿Y eso? Pero si lleva toda la semana hablando de lo mismo. Estaba pesadísima.

—Se ha quedado con los niños.

—¿Con qué niños?

—Pues con los míos.

—¡¿Pero por qué?!

—Pues porque yo tenía que venir a lo de los mandos.

—Joder, Alba, ¿y no podías ir en otro momento?

—¿Cuándo?

—Pues mañana mismo.

—Qué va, mañana imposible.

—¿Por qué?

—Por la mañana tengo la revisiòn médica del bebé y por la tarde hacemos mi cumple.

—¿Y no podías escaparte un momento al mediodía, cuando saliera Juan de trabajar?

—Imposible.

—Pues el jueves.

—¿El día de Nochebuena? Ni loca.

—Te podría haber preguntado yo lo de los mandos cuando vaya el jueves a por los regalos.

—¿Pero tú vas a ir al Finestrelles? —le preguntò Alba.

—No, pero en El Corte Inglés igual los tienen, ¿no?

—Pero es que no es una compra, es un cambio. Los compré en el MediaMarkt y tengo que cambiarlos allí.

—¿Y la mama está con los tres?

—No, me he traído al bebé.

—¿Pero Juan no *plegaba* esta semana al mediodía?

—Sí.

—¿Y no podía quedarse con ellos?

—Juan está conmigo.

—Joder, pues podría haberse quedado él con los niños y que la mama fuese a su fiesta, ¿no?

—Me ha dicho que le daba igual, que le daba pereza.

—Sabes que no le daba igual. ¡Si hasta se hizo ayer la manicura!

—Ya, pero yo no podía venir sola en bus.

—¿Por qué?

—Porque en fiestas va petado y con el niño me agobio.

—Pero ¿para qué te llevas al bebé?

—Por si quiere teta.

—Tía, ¡pero si el niño ya casi fuma! ¡Tiene casi un año! No pasa nada si no toma teta un par de horas.

—No, no, cuando quiere teta la lía mucho.

—Bueno, pues le das una galleta y ya está.

—La última vez que lo dejé con la mama me llamó desesperada a la media hora y tuve que volver. Acabó vomitando de todo lo que lloró.

—Ya, con la mama, pero no con su padre.

—Con su padre también. La lía igual.

—¿También vomita con su padre?

—Sí.

—¿Y por qué no has ido en el TRAM? No suele ir tan lleno.

—Anda que no. En víspera de fiestas sí. Ayer pasé muchísimo asco cuando volvimos a casa. Había mucha gente y estaba la calefacción a tope. Con el carrito y todo es un agobio.

—Pues llévalo en la mochila.

—No le gusta.

—¿Si os dais prisa no le da tiempo a la mama de pasar un rato por manualidades?

—No creo. Acabamos de entrar en el MediaMarkt y es horroroso la gente que hay. Y aún nos falta lo del *Caga Tió*.

—¿Y no os podéis dividir?

—No, prefiero que esté Juan conmigo porque yo no me aclaro bien con lo de los mandos.

—¡Pero cómo no te vas a aclarar si llevas días buscándolos tú sola!

—Sola no, con la mama. Te dejo, que no se oye bien. Acuérdate de mañana, eh.

—¿Qué pasa mañana?

—Que es mi cumpleaños, tía.

—Iremos directamente al pastel, que entre que los niños salen del cole y todo se nos hará tarde.

—No, hombre, que ya le he dicho a los niños que veníais a comer.

—Pero si vamos a ir en Nochebuena, ya lo celebramos todo bien de golpe.

—No se pueden celebrar dos cosas a la vez. Da mala suerte. Y lo sabes.

—Joder, Alba, luego hablamos.

23 de diciembre
Dos días antes de Navidad

4

El piso de Diana estaba obsesivamente ordenado. Estanterías repletas de libros forraban las paredes. Unas estanterías baratas que había odiado y le habían acomplejado durante mucho tiempo. Diana había fantaseado durante años con comprar estantes caros, de madera de verdad, madera maciza y hechos a medida. En cada cambio de piso lo primero que hacía era mirar precios en tiendas de muebles y de diseño. Lo segundo era consultar las tarifas de una empresa de mudanzas profesional para que empaquetara con amor todos sus libros. Pero nunca le había llegado ni para una cosa ni para otra. Lo de la mudanza profesional lo había dado por perdido en el último cambio de piso. Todavía se acordaba del ataque de risa que le dio cuando el empleado que había venido a hacerles el presupuesto les dijo el importe. Ni el pobre hombre ni Carlos supieron qué hacer cuando la vieron agarrada al marco de la puerta llorando de risa. Se limitaron a mirar al suelo hasta que se le pasó. La obsesión por las estanterías caras la había superado hacía un par de años cuando una prestigiosa agente literaria le había dicho que como las Billy de IKEA, nada, que eran lo mejor del mundo. Desde ese día se enorgullecía de su biblioteca, tanto de sus libros como de las estanterías que los sostenían, algunas ya descuajaringadas y con marcas imborrables de rotulador por haber sido marcadas, desmontadas y otra vez montadas por *mudanceros* ilegales poco cuidadosos. Estanterías, libros, ropa y pósteres enmarcados eran el contenido esencial de los tres pisos del centro de Barcelona donde Diana y Carlos habían vivido. Y desde que nació su primer hijo, también tenían muchísimos juguetes.

Cuando llegó Carlos, sobre la una del mediodía, Diana estaba estirada en la cama. No era de hacer siestas, y aunque se echara un rato nunca se dormía. Pero cuando se sentía superada solo podía hacer dos cosas: o ducharse o fingir, sin necesidad de público, que descansaba un rato en la cama. Ese día no podía permitirse una ducha porque no le daba tiempo de secarse el pelo antes de recoger a los niños. Enfadada por haber permitido que la adicción a las redes sociales y su servidumbre a WhatsApp le hubieran saboteado la mañana, hacía media hora que se había lanzado en plancha en la cama y se había tapado con una manta hasta la cabeza. La culpa, lo mal que se sentía por haber llegado tarde el día antes a la actuación de Brisa, tampoco ayudaba. La tenía distraída y paralizada. Escuchó la puerta. Reconoció el sonido de la cerradura principal, el de la segunda y el de la de refuerzo que habían puesto nada más mudarse. Diana, que sabía el orden y la velocidad a la que Carlos las abría cuando llegaba a casa, agradeció no haber echado la cadenita desde dentro para no tener que levantarse a abrir.

—¿Estás? —preguntó Carlos desde la puerta—. Qué calor hace aquí, tienes la calefacción muy alta, ¿no?

Diana se hizo la dormida, algo absurdo porque ambos sabían perfectamente que ella dormía mal y solo por las noches. Le escuchó poner las llaves en el mueble metálico del recibidor, dejar el abrigo y la mochila en la silla del estudio, poner a cargar el iPhone y asomarse al comedor para ver si estaba. Carlos entró en la habitación y, sin encender la luz, se sentó a su lado, al borde de la cama. Por su respiración sabía que estaba tan despierta como él, pero fingió que intentaba despertarla.

—¿Estás bien? —le dijo en un susurro, dándole un cuidadoso toque en el hombro.

Diana se giró de inmediato, se rascó los ojos con las yemas de los dedos y simuló con torpeza desperezarse. Quien no la conociera detestaría sus teatrillos infantiles y absurdos, entre los que también estaban fingir que tenía fiebre, simular migrañas o explicar, siendo mentira, que se había mareado en el bus o en la calle. Cualquiera podría pensar que lo hacía para llamar la atención, pero no era tanto por eso como porque no le parecía justo que el cansancio radical

que arrastraba no se manifestara, como le pasaba a todo el mundo. Diana no entendía por qué aguantaba tanto. «No soy fuerte, soy resistente» decía. En el fondo deseaba petar algún día para que todos vieran que no mentía, que si decía que estaba exhausta era porque estaba exhausta. Estaba convencida de que cualquier otra persona que se sintiera como ella habría cogido la baja o estaría directamente hospitalizada. Le daba mucha rabia que, cada vez que decía que estaba cansada, la respuesta siempre fuese la misma: «Yo también». Como si los demás pudieran mantenerse en pie si estuvieran tan cansados como ella. Cuando se lo decía a su madre, se desesperaba porque no le hacía ni caso, como si no la escuchara. Le cambiaba de tema. Y cada vez que se enteraba de que alguien estaba de baja por estrés laboral, desconfiaba. Pensaba que exageraban, que no era para tanto, que sus médicos les habían amañado la baja. Ella estaba peor y seguía trabajando y tirando adelante con todo.

—Hay que ir a Cornellà —dijo Diana incorporándose de golpe y apoyando la espalda en el cabezal de la cama. Encendió de un manotazo la luz en forma de seta de la mesita.

—¿Por qué? ¿No vamos mañana?

—Sí, mañana también. Pero hay que ir hoy. ¿Estoy bizca? —preguntó mirando fijamente a Carlos.

—No, no estás nada bizca —contestó sin sorprenderle la pregunta —. ¿Por qué tenemos que ir hoy a Cornellà?

—Porque es el cumpleaños de mi hermana. Me lo dijo ayer e intenté escaquearme. Pero me ha llamado esta mañana enfadadísima porque aún no la había felicitado y me ha hecho chantaje con eso.

—Pero tenías todo el día para felicitarla, ¿no?

—Sí, pero no he sido la primera. La ha felicitado antes mi prima. Anoche estábamos despiertos a las doce, tendría que haberla llamado pero la verdad es que no me acordé.

—¿A las doce? Igual estaba durmiendo.

—¿Durmiendo? Se acuestan tardísimo. Pero da igual, tiene razón, se me había pasado. Yo qué sé, tengo muchas cosas en la cabeza y no me he acordado.

—¿Y por qué no lo celebra mañana y así no tenemos que ir dos veces?

—Porque mañana es Nochebuena y celebrar las dos cosas a la vez da mala suerte.

—¿Eso quién lo dice? ¿Ella?

—No, no, eso es verdad. Dos celebraciones juntas se anulan y da mala suerte.

—Va, Diana.

—Hay que ir hoy también.

—Pues acércate tú esta tarde y la felicitas, y yo recojo a los niños y los llevo un rato al parque. Así vas más tranquila.

—No, no, hay que ir a comer. He intentado convencerla de que íbamos directamente al pastel y no ha habido manera.

—¿En serio? Pero si ya es la una. ¿Y los niños?

—Hoy no van por la tarde. Es el último día. Salen a y cuarenta y cinco.

—¿A la una y cuarenta y cinco? ¿Dentro de media hora?

—Sí. ¿Llegamos?

—Sí, pero te tienes que dar prisa.

—Hoy me ha vuelto a pasar lo del otro día.

—¿Qué?

—Cuando los he llevado esta mañana he visto perfectamente cómo entraban por la puerta del cole. Brisa ha entrado con Valeria y las dos, monísimas, me han hecho un corazón con las manos cuando iban a girar hacia las aulas. Y cuando he llevado a Tomás, la borde que está siempre en la entrada de primaria nos ha vuelto a regañar por llegar tres minutos tarde. Los he visto entrar a los dos, me acuerdo perfectamente de las dos situaciones. Tengo las dos imágenes clarísimas. Y, aun así, te juro que he vuelto a casa angustiada por si me había despistado y Brisa no había entrado. Me faltaba hasta la respiración. He estado a nada de llamar al cole para confirmar que estaba dentro, pero me he contenido para que no pensaran que estoy chalada. De verdad, no sé por qué me pasa eso.

—Ya, he visto que me habías llamado a esa hora. Estaba reunido.

Diana no respondió.

—No te preocupes, eso es estrés. O el disgusto de ayer —siguió él.

—Joder, es que fue muy fuerte, eh. La tía se tiró toda la actuación con la corona en los ojos. En serio, la imagen era increíble.

—Es que es tremenda —dijo Carlos entre risas—. Pero no entiendo por qué Teresa no le dijo nada. ¿No se dio cuenta?

—Yo qué sé. Supongo que no. O igual sí. Estaba agobiada, todas las profes estaban súper agobiadas ayer.

—Esta mañana he visto el vídeo en el metro y me ahogaba de risa.

—¿Qué vídeo?

—El de la actuación.

—¿Ya lo han subido?

—Sí, está en la web del cole.

—¿Y se ve a Brisa?

—¿Cómo que si se la ve? Es la prota. Quien estuviera grabando le hizo un zoom setentero y todo.

—¡Ay, no! ¿En serio? Qué mala leche, ¿no?

—Sí. Es increíble —rio Carlos—, y encima con esa canción. De verdad, se les va la olla.

—Ya, qué vergüenza. Pobrecita, qué disgusto más tonto se llevó. Me siento súper culpable.

—Para variar.

—Es que ya me vale. Puta plancha. ¿Por qué me pasan esas cosas?

—Estás muy estresada, igual tienes que volver a ir a la psicóloga.

—Como sumemos más gastos vamos a tener que comer arroz hervido cada día.

—De todos modos, tampoco habría pasado nada si hubieras llamado al cole. La próxima vez que no estés segura de si han entrado, llama y te quedas tranquila.

—Sí, claro. La zumbada. ¡Pero si sí que había entrado! ¡Lo había visto!

—Ya, pero ante la duda... mejor que tú estés bien.

—Pero es que he saludado a la profesora de la puerta y todo —suspiró.

—Bueno, pero la que coge el teléfono es otra, ¿no? La de recepción no tiene por qué saberlo, ni por qué decírselo.

—¿Qué hora es exactamente?

—Pues ya, y veinte, casi la hora de recogerlos.

—Llegamos, ¿no?

—Sí, llegamos. Va, arréglate. Pero, ¿en serio que hay que ir a Cornellà? Me matas.

—En serio. Te juro que no tengo ganas de discutir con ella. Me quedo sin fuerzas.

—Sin fuerzas ya estás. De verdad que no entiendo por qué nunca le dices que no a tu hermana.

—Le hace ilusión y ya está. Es su cumple. Es normal.

Carlos salió al comedor sin decir nada. Sabía que era mejor no insistir. Y también que, por mucho que insistiera, iba a acabar subido en la línea azul del metro en dirección a San Ildefonso. No entendía por qué ni Diana ni nadie de la familia se atrevían a cuestionar las decisiones de Alba y frenar sus planes, siempre tomados de forma unilateral y sin tener en cuenta sus efectos sobre los demás o el esfuerzo que les suponía. Veía clarísimo que Alba tenía secuestrada a Carmen y amedrentado al resto. Pero cuando intentaba hacérselo entender a Diana siempre pasaba lo mismo y acababa siendo muy frustrante para él. La conversación siempre era igual y los efectos, parecidos a los de meterse en medio de una discusión de pareja. Ella se quejaba de las exigencias de su hermana y decía que estaba harta. Él la apoyaba y le daba la razón, e intentaba arrojar más luz sobre lo evidente aportando pruebas. Le hacía ver que sus exigencias no eran normales. Que no podía estar siempre pendiente de ella, ni ella tener a Carmen a su servicio veinticuatro horas al día. Le argumentaba que esa sumisión era igual de mala para su madre que para la propia Alba, que a su edad no podía depender así de los demás. Pero, según buscaba ejemplos para respaldar sus argumentos, su deseo de hacerla entrar en razón se torcía. Carlos, que era hijo único y apenas tenía relación con sus padres, solía mantenerse al margen de los jaleos familiares. Le abrumaban, y solo se metía cuando le afectaban de forma directa y sustancial. Como era el caso. Esa dinámica familiar era su punto débil porque sabía el

efecto que tenían sobre Diana las imposiciones de Alba. Entonces, cosa rarísima en él, a veces criticaba a su cuñada. Lo hacía sin ninguna saña, incluso de forma constructiva. Pero no podía no decirle a Diana que lo que hacía su hermana no estaba bien. Le recordaba, por ejemplo, el dinero y, sobre todo, la energía que se habrían ahorrado y que se ahorrarían si su hermana no fuera tan acaparadora y su suegra pudiera repartirse el tiempo entre sus dos hijas. ¿Por qué esas preferencias? ¿Por qué no podía echarles también una mano a ellos? Para no sonar egoísta y caer en lo mismo que criticaba, argumentaba que Carmen, además, tenía derecho a su propio tiempo y a su propio espacio, a tener una vida al margen de Alba. Diana pensaba igual, pero cuando sentía que Carlos le estaba pidiendo que enfrentara de una vez por todas el problema, cambiaba de bando y defendía a su hermana con argumentos peregrinos. Olvidaba que era ella la que había dado pie a esa conversaciòn, y que era ella la que estaba más harta. Carlos se convertía en el malo durante un rato.

Odiaban ir en metro a Cornellà. Ninguno de los dos conducía, y detestaban hacer trayectos largos en transporte público cuando iban con los niños. Si por ellos fuera, cogerían siempre taxi, pero no podían porque era una ruina y porque la niña vomitaba a los dos minutos de subirse. No tenía sentido. Era montarse y vomitar. Aunque solo le pasaba en el trayecto a Cornellà. Si el destino era otro, no solía haber ningún problema.

La víspera de Nochebuena iban los cuatro sentados en un vagòn de la Linea 5, a las dos de la tarde, en hora punta, cuando todo el mundo va a comer a casa. Carlos, resignado, leía un libro y atendía las —hasta el momento— controladas peticiones de los niños. Estos estaban relativamente tranquilos. Se les veía cansados y tenían los mofletes rojos porque acababan de comer en el cole y llevaban el estòmago lleno. Iban entretenidos con los iPhones de sus padres. Diana, en cambio, sentada frente a ellos, estaba agobiadísima y se le notaba. Le sobraban ropa y trastos. El abrigo de peluche era demasiado aparatoso para estar encajonada entre dos desconocidos. Como era muy friolera, solía llevar camiseta térmica en invierno y nunca se acordaba de que a veces no hacía falta, de que en

Barcelona no hace tanto frío como para eso. Se odiaba por no haberlo pensado al quitarse el pijama al mediodía y vestirse para salir de casa. Cargaba su bolso, las mochilas escolares, los blocs con las manualidades y los trabajos trimestrales de los niños. Las portadas de los dosieres estaban decoradas con macarrones y purpurina, y a ella le brillaba ya hasta el alma. Aguantaba entre las piernas una *tote bag* con un regalo para su hermana y no dudaba que Alba iba a saber que era improvisado. Tenía sofocos, le apretaban los tejanos y le dolían las piernas como cuando bebía vino. Un dolor traumático que le recordaba que había engordado.

Diana iba justa de fuerzas porque dormía poco y comía mal. Y dormía poco y comía mal porque trabajaba mucho y le pagaban poco. Las preocupaciones le quitaban el sueño, y las dificultades para llegar a todo habían desordenado su rutina. Ella, que siempre había vigilado muchísimo su dieta, llevaba un par de años comiendo fatal. O no comía o comía lo que no debía y cuando no debía. Y se sentía mal por no cuidarse y a la vez no tenía ni la energía ni el tiempo ni el dinero para hacerlo. Le gustaba su trabajo, o al menos lo que solía ser su trabajo, porque le gustaban las películas. Le gustaba pensarlas, escribir sobre ellas, programarlas. Y en ese punto, por primera vez en más de veinte años dedicándose al periodismo y a la crítica de cine, le preocupaba haber empezado a interpretar la realidad con los mismos criterios con los que analizaba la ficción. Ni era justo ni iba a funcionar.

Hacía mucho tiempo que ser *freelance* no le compensaba, y al estrés laboral se le había sumado el estrés financiero. Estaba harta de hacer facturas por importes ridículos, de ver cómo los gastos llegaban puntuales y los ingresos, cuando les daba la gana, de perder mañanas enteras peleándose con programas de facturación electrónica y de gastarse el IVA y luego no saber cómo devolverlo. Estaba agotada de vivir aplazada, de ir al cajero cada dos por tres para mover dinero del crédito de la tarjeta a la cuenta corriente, de vivir a menos mil euros. También la dejaba exhausta no filtrar las cosas importantes, no saber priorizar lo que era mejor para ella. Lo afrontaba todo con la misma entrega y la misma energía, y esa entrega y esa energía habían acabado convirtiéndose en

preocupaciòn y angustia. Y encima no sabía desconectar. No se distraía con nada y no tenía claro si eso era la razòn o la consecuencia de vivir en ese bucle. Por eso siempre estaba cansada y preocupada. Por eso decía que tenía cara de acelga y que le habían caído los años de golpe. Aun así, nunca se sentía tan exhausta como en los trayectos en metro a casa de su madre o de su hermana. No entendía por qué. No tenía ninguna relaciòn traumática con el lugar donde había crecido y del que se había ido a los veintisiete, siendo ya mayorcita. Le gustaba su barrio, le parecía bien, pero no le gustaba volver a él ni ir de visita. A cada parada de metro que dejaba atrás, se vaciaba de energía y se le ensanchaba la cintura. A la altura de la parada de Sants Estaciò tuvo que desabrocharse el botòn del pantalòn para poder respirar. Además, le dolía el estòmago, una punzada parecida a la del hambre pero diferente. Los blocs de los niños se le cayeron al suelo. Sin levantarse, echò el cuerpo hacia delante y los recogiò con esfuerzo. Notò como la sangre se le subía a la cabeza. Al incorporarse, el anciano que tenía sentado al lado hizo un chasquido impertinente, pero prefiriò no decirle nada.

Diana no dejaba de mirar ni un segundo a los niños. Era incapaz de relajarse cuando estaba con ellos en un sitio concurrido, lo pasaba realmente mal si los perdía de vista. Le daba pavor que se extraviaran, se hicieran daño o los secuestraran. Su cabeza siempre iba mil peligros por delante. Sin embargo, por puro cansancio y porque sabía que Carlos los tenía más que controlados, se permitiò entretenerse con los estilismos y las lecturas de los pasajeros del vagòn. En esas estaba cuando, a cuatro paradas de su destino y a un par de puertas de donde estaban sentados, vio entrar a un chico que movía rítmicamente un objeto entre las manos. Diana era miope y, como no se gustaba con gafas, se había acostumbrado a ver borroso de lejos. Nunca había llevado lentillas porque estaba convencida de que no sabría ponérselas y que, si alguna vez lo conseguía, se le perderían dentro de los ojos durante días, incluso semanas. Entrecerrò los ojos para ver mejor y le pareciò que lo que el chaval llevaba en una mano era una navaja. Hacía malabarismos con una navaja. Buscò nerviosamente la complicidad de los

pasajeros que estaban más cerca de él para que le confirmaran que estaba viendo lo que estaba viendo, pero nadie le devolvió la mirada. Los que no cabeceaban estaban con el móvil. Con el corazón en la garganta, buscó apresuradamente las gafas en el bolso sin soltar nada de lo que llevaba encima. Le costó, le temblaban las manos, se le resbalaban las cosas. Cuando las localizó y se las puso volvió a mirar al chico por si había visto mal, por si lo que manipulaba era otra cosa. Pero no, no había sido un efecto óptico. Era un cuchillo. El chico buscaba su propio reflejo en los cristales de las puertas del vagón. Iba en manga corta pese a ser invierno y tenía los brazos llenos de heridas, algunas abiertas. Los tatuajes las disimulaban, pero estaban ahí, frescas. Paralizada, buscó a Carlos entre los torsos y las piernas de la gente, pero estaba absorto en su lectura. Volvió al chico, que deslizaba habilidosamente la navaja entre los dedos de la mano. Y cuando intentó verle la cara, él se giró y la miró directamente. Tenía la piel quemada por el sol, los ojos demasiado separados y podía tener entre veinte y cincuenta años. Diana se levantó. Rompió sin pudor la barrera de pasajeros que la separaba de Carlos y de los niños y corrió asustada hacia ellos. Les gritó que salieran rápido del vagón. El pitido del cierre de puertas había empezado. Ninguno de los tres entendía nada, jamás habían visto a Diana reaccionar así. Confundido y asustado, Carlos se guardó el libro en el bolsillo, le quitó los móviles a los niños y agarró con fuerza a cada uno de un brazo para sacarlos en volandas del vagón. Las puertas se cerraron y Diana, que iba la última, se quedó atrapada entre ellas hasta que dos pasajeros lograron separar las hojas metálicas. Cargada como podía con los bártulos, caminó llorando hacia Carlos y los niños, que la miraban descompuestos sentados en el banco de piedra del andén.

—¿Qué pasa? —preguntó Carlos, rojo, fuera de sí.

—Que había un chico en el vagón con una navaja —contestó medio ahogada, tocándose el brazo derecho. Una de las puertas le había golpeado y se había hecho daño.

—¿Qué? —Carlos cogió las cosas que cargaba Diana, las dejó como pudo sobre el banco y la ayudó a quitarse el abrigo y la chaqueta que llevaba debajo para ver qué se había hecho.

—¿Cómo que llevaba una navaja?

—Que llevaba una navaja. Te lo juro. Una navaja. La llevaba en una mano y le iba dando vueltas —simuló el movimiento con el brazo que no le dolía. Los niños la miraban en silencio, sin entender.

—¿Cómo iba a llevar una navaja? ¿Seguro que no era otra cosa? —Ayudó a Diana a subirse la manga de la camisa—. Tú de lejos no ves nada.

—Me he puesto las gafas.

—Joder, ¿otra capa? ¿Pero cuánta ropa te has puesto? Te vas a cocer.

—Te juro que era una navaja. Me he puesto las gafas porque a mí también me ha parecido raro. —Con esfuerzo, consiguió remangarse la camiseta térmica hasta el hombro. Tenía el brazo completamente rojo, pero era imposible saber si había sido por el golpe o por el forcejeo con la camiseta para subírsela.

—¿Te duele? ¿Y por qué no se ha bajado nadie más?

—Yo qué sé. No lo habrán visto. Estaba todo el mundo mirando el móvil. Igual tendría que haber dicho algo, o haber gritado, pero me he asustado y no sabía qué hacer. Siempre reacciono tarde. Espero que no pase nada. Joder, tendría que haber gritado.

—Calla, no, mejor así...

—Joder, qué angustia, qué susto.

—Te pasan cosas muy raras, Diana. ¿Una navaja? ¿La gente sigue llevando navajas? Hacía años que no escuchaba esa palabra.

—¡No te lo crees!

—¡Que sí me lo creo! Pero reconoce que es loquísimo. Tía, casi nos matas del susto.

—Búscalo en Twitter.

—¿El qué?

—Pon: navaja metro Collblanc.

—¿Cómo voy a poner eso en Twitter? A nadie le ha dado tiempo a tuitearlo. Y la gente normal no tiene Twitter.

Los niños habían vuelto poco a poco a su estado natural. Se habían espabilado y ya se estaban peleando. La niña había arrancado el *tió* de macarrones del dosier de su hermano. Y él, en venganza, estaba intentando hacer lo mismo con el suyo. Los

separaron. Diana cogió a la niña, más pequeña, en brazos. Carlos retuvo al niño, que seguía empeñado en castigar a su hermana pellizcándole las piernas.

—Para, Tomás, que le vas a hacer daño y me vas a hacer daño a mí. —Diana solo podía pensar en que llegara la noche para estar de vuelta en casa e irse a la cama.

—¡Se está riendo! —contestó el niño.

—Brisa, no te rías. Encima de que le has roto las *feinetes* —le reprendió Carlos.

—¡No son *feinetes* —se quejó Tomás—, son *manualitats*!

—Pues las *manualitats*. Va, coged las cosas, que subimos en el próximo. Y poneos cada uno vuestra mochila, que la mama va muy cargada. —Carlos metió los dosieres en las mochilas y les ayudó a colocárselas mientras Diana volvía a ponerse la chaqueta y el abrigo. Después, liberó de peso a su novia cogiéndole el bolso y la *tote bag.* Miró el interior de la bolsa de tela—. ¿Qué llevas aquí?

—El regalo de mi hermana.

—¿Ya se lo habías comprado?

—No, es un jersey que me pillé para mí y aún no lo había estrenado. Ya me cogeré uno igual otro día.

—¿El rojo?

—Sí.

—Pero te gustaba mucho.

—Sí, pero no quiero oírla.

—La vas a oír igual.

—Ya, como no está envuelto va a saber que no se lo he comprado a ella.

—Bueno, y porque yo diría que le enviaste una foto desde el probador.

—No. ¿Me lo dices en serio? Júramelo.

—Te lo juro.

—¿En serio? Joder, qué mal.

—Bueno, creo que le gustó.

Se escuchó el ruido del metro y los cuatro se dirigieron al filo del andén. Carlos llevaba a Tomás de la mano y Diana a Brisa en brazos.

—Vuelve a mirar en Twitter —le pidió.

—Luego lo miro.

—No me crees.

—Sí que te creo.

—De verdad, que llevaba una navaja.

—¿Qué es una navaja? —preguntó Brisa.

—Nada, una cosa de mayores.

—¿En serio me crees?

—Sí. ¿Cómo ibas a inventarte algo tan clasista?

—¿Clasista?

—Navajeros en Cornellà. A ver si va a tener razón tu madre y no quieres vivir en el barrio porque te crees superior.

—Qué gilipollas —contestó Diana riéndose—. Además, esta parada aún no es Cornellà, es L'Hospitalet.

5

Cuando llegaron a casa de Alba les recibió el caos de siempre. De golpe, porque la puerta del piso daba directamente al salón comedor con cocina integrada. El suelo estaba sembrado de juguetes, había una montaña de ropa limpia por doblar en un brazo del sofá y la mesa, colocada en una esquina, se ajustaba a la idea que Alba y Carmen tenían de un aperitivo: variedad y caos. Había tantos platos que algunos se superponían, y estaban tan llenos que daba la sensación de que algunas aceitunas habían saltado al plato de al lado para estar más cómodas. El centro lo ocupaba una torre de vasos apilados, cada vez más inclinada, y un puñado de cubiertos que parecían haber caído del techo. El árbol de Navidad, al fondo, era de plástico y lo adornaban manualidades infantiles. Las puertas de cristal de la terraza estaban pintadas con espray blanco, simulando nieve, y las habían decorado con estrellas doradas de papel. Desde el exterior se adivinaba el recortable a escala humana de un Papá Noel que se asomaba al comedor por los vidrios cubiertos de nieve falsa. La decoración navideña artesana y americanizada era una de las debilidades de Alba. En la pared frente al sofá colgaba un televisor LG de 65 pulgadas. Un aparato demasiado grande para ese espacio, en el que tenían puestos vídeos de YouTube a un volumen altísimo.

Los televisores eran un tema muy importante para la familia de Diana. Hablaban mucho de teles. Carmen y Alba no podían aceptar que Diana y Carlos tuvieran un viejo Samsung en casa y no un televisor de última generación. No les entraba en la cabeza que dos personas que, por sus respectivos trabajos, tenían que ver películas casi todo el tiempo se conformaran con una reliquia. «¿Cómo puedes ser director de cine y tener esta carraca?», le decía Alba a su cuñado. El Samsung se lo había regalado Carmen a Diana hacía más de quince años, cuando se fue a vivir con su anterior novio. Y Diana no había querido reemplazarlo porque le tenía fobia a los televisores

modernos. El exceso de nitidez y luminosidad de sus pantallas le incomodaba, le violentaba ver las cosas tan claras y definidas porque ella nunca veía las cosas claras y definidas. Llevaba muy mal la presiòn para que cambiaran de tele y las bromas a costa de su resistencia. Hacía unos días, al intentar sin éxito cambiar de canal con el mando, Carmen les había preguntado si el Samsung iba con pilas o con cuerda. Lo que siempre empezaba como una broma, molesta para ella y divertidísima para Carmen y Alba, desembocaba en una discusiòn que ella vivía como una afrenta. Sentía que su madre y su hermana usaban esa broma recurrente como una manera más de recriminarle que no viviera como ellas. Estaba convencida de que con la guasa del televisor le estaban recordando que, por mucho que se empeñara en vivir lejos del barrio y por encima de sus posibilidades, siempre habría alguna cosa para lo que no le llegara y que, paradòjicamente, podría tener si viviera como ellas. Diana y Carlos habían conseguido algo imposible para una pareja con dos hijos que ni habían heredado un piso, ni podían recurrir al negocio familiar si les iban mal las cosas, ni podían contar con su familia cuando les superaban los gastos: vivir en el centro de Barcelona y no tener que abandonar sus profesiones. Muchos meses iban ahogados por la inestabilidad econòmica de Diana, pero vivían como querían, en la calle que querían, cerca de cines y librerías, al lado de las cosas que les gustaban. Y, aun así, nada de eso era suficiente para Carmen. Si no podían permitirse ni un televisor de 65 pulgadas, ni un monovolumen de siete plazas —aunque ni ella ni Carlos tuvieran carnet de conducir—, era evidente que Diana había fracasado en su intento de ser quien no era.

Diana no tenía muy claro quién les había abierto la puerta. Quien lo hubiera hecho había vuelto de golpe a su posiciòn anterior. Alba estaba de espaldas en la cocina, preparando algo en la *vitro* y con un millòn de trastos alrededor. Carmen, sentada en el sofá y con las piernas tapadas con una manta, jugaba una partida al Candy Crush. No sabía bajarle el volumen al mòvil, y la delataba el sonido de máquina recreativa cuando hacía tres caramelos o más en raya. La niña bailaba reguetòn frente al televisor con un maillot de lentejuelas, y el único que les había visto, y caminaba hacia ellos

para recibirlos, era el bebé. Tenía la cara redonda como un dibujo animado y, al ser un poco cabezȯn, se tambaleaba exageradamente perdiendo el equilibrio. Cada dos pasos se paraba, se agachaba, apoyaba las manitas en las piernas y sonreía a los recién llegados enseñando unas paletas enormes que hacían muchísima gracia. Tomás y Brisa tiraron las mochilas del cole en el suelo de la entrada, encima de una pila de zapatillas deportivas de todos los números, y corrieron entusiasmados hacia el niño.

El desdén con el que les recibía siempre su familia —excepto, ahora, el bebé— era una de las cosas que más sacaban de quicio a Diana. Le molestaba la desproporciȯn entre la exigencia de que fueran cuando ellas decidían y el pasotismo que demostraban cuando llegaban. Estaba acostumbrada, pero no dejaba de fastidiarle. Carmen y Alba, sobre todo Alba, tenían un síndrome raro: ponían más empeño en los preparativos que en las celebraciones en sí, fuesen del tipo que fuesen. Les pasaba con los cumpleaños, con la Navidad, con bodas, bautizos y comuniones, con las vacaciones, con el carnaval, con todo. Disfrutaban con los procesos, se recreaban en ellos, y se enfadaban muchísimo si el resto del mundo no las seguía en sus planes, siempre laboriosos, exigentes y, sobre todo, prematuros. Pero, cuando llegaba el momento de festejar, se les había pasado la ilusiȯn y ya estaban a otra cosa. En grados distintos, lo de no estar en el presente y proyectarse continua y dramáticamente en el pasado y en el futuro también lo compartían las tres.

—¡Mama! —gritȯ Diana para que se diera cuenta de que habían llegado, pero Carmen seguía absorta mirando la pantalla del mȯvil—. ¡Mama, que estás sorda!

—¡Alexa, *tssss*! —gritȯ Carmen, dirigiéndose al dispositivo, enterrado entre peluches en el mueble del televisor—. ¿Ya habéis llegado?

—Mama, ¡si le dices *tssss* no hace nada! —le gritȯ Alba. Dejȯ lo que estaba haciendo en la cocina y, mientras se secaba las manos con un trapo, caminȯ hacia los recién llegados sin dejar de mirar a su madre—. ¡No es una persona! ¡Tienes que decirle las cosas como

si fuera un robot! ¡Tienes que darle órdenes claras! ¡Alexa, baja el volumen! ¡Alexa, apaga la tele!

—¡Alexa, apaga la tele! —gritó Carmen.

—¡Ya no hace falta! ¡Ya se lo he dicho yo! ¡La vas a volver loca! —Cuando, tras titubear unos segundos, el televisor se apagó, Alba se dirigió a su hermana y a su cuñado y les dio dos besos.

—Felicidades —dijo Diana.

—Gracias —contestó Alba con un tono de voz neutro, casi en un susurro.

—Te he comprado esto.

—Gracias. Ahora lo miro. —Esta vez su voz todavía sonó más débil y quebradiza, como si le diera vergüenza que le regalaran algo. Alba dejó la bolsa en una silla y volvió a la cocina a retirar la sartén del fuego. A Diana no le sorprendió su reacción ni le molestó que no mirara el regalo. Se lo esperaba, estaba acostumbrada. A ella le pasaba igual. Y a Carmen. Les gustaban mucho los regalos, a veces incluso los exigían, pero cuando se los daban reaccionaban como unas estiradas. No sabían qué hacer. Diana se había esforzado durante años en disimular esa reacción que tanto desconcertaba a los demás. Pero se iba al otro extremo, forzaba tanto la ilusión y el entusiasmo que le quedaba falso. Así que dejó de hacerlo. Era como si ninguna de las tres se sintiera merecedora de afectos extraordinarios, como si se sintieran incómodas, incluso un poco culpables, por ser queridas de más.

Los niños corrieron a las habitaciones de sus primos. Carlos y Diana colgaron los abrigos y las bolsas en el perchero de la entrada y se acercaron al sofá para besar a Carmen. Diana se sentó al lado de su madre y, como ella, se cubrió las piernas con la manta.

—Qué frío hace en esta casa. Hace más frío que en la calle.

—Creo que no está puesta la calefacción —contestó Carmen.

—¿Por qué? Hoy hace muchísimo frío.

—Tu hermana dice que es muy cara y solo la pone cuando se levantan y para bañar a los niños.

—¡Pero os vais a poner malos!

—Hoy no hace tanto frío.

—Mama, seis grados según la farmacia de abajo.

—Tú, que eres muy friolera.

—Mama, hace frío. Con razòn ahorra. Luego me dice que en qué me gasto el dinero, ¡pues en no morir de congelaciòn!

—Anda, exagerada. Se está bien.

Carlos se sentò en el sillòn de al lado y se refugiò en el mòvil. Tenía detrás a Papá Noel, y desde donde estaban sentadas Diana y su suegra hacía el efecto de que el muñeco miraba también la pantalla de su teléfono.

—Cuidado con lo que miras porque te vigilan —bromeò Diana señalando a Santa Claus con la cabeza.

Carlos sonriò y siguiò a lo suyo. Tenía una habilidad envidiable: sabía retirarse y encontrar un espacio propio sin desconectar por completo. Estaba ausente y presente a la vez. Se protegía de un entorno demasiado estresante para él, que no estaba acostumbrado al jaleo familiar, pero nunca era maleducado. Tenía los reflejos suficientes para reaccionar si alguien llamaba su atenciòn o pasaba algo importante.

—¿Dònde está mi cuñado? —preguntò Diana.

—Acaba de llamar, que no puede venir a comer porque su jefa le ha pedido que vaya a visitar a un cliente. Llegará para el pastel —contestò Carmen.

—¿Qué? Yo flipo —dijo Diana después de comprobar que Alba había salido del comedor—. ¿Tanta insistencia ayer en que viniéramos y no está Juan, que es más importante que nosotros?

—Calla y no digas nada, que tu hermana está que trina. No ves los morros que lleva.

—Hombre, normal. Flipo con mi cuñado.

—Chica, el trabajo es el trabajo.

—Ya, pero es que parece que solo trabaja él. Nosotros hemos perdido la tarde entera por venir.

—Es distinto. Vosotros os podéis organizar. Él tiene un horario.

—No, no es distinto. Lo que pasa es que como nosotros somos autònomos piensas que no es un trabajo de verdad y que podemos hacer lo que nos dé la gana.

—No empieces, Diana, que ya he tenido bastante hoy con tu hermana para discutir ahora también contigo.

—Es que es verdad, te crees que por no ir a una oficina y no tener horario fijo podemos parar de trabajar en cualquier momento. ¿Y ahora por qué has discutido con mi hermana?

—Pues por eso, porque se ha puesto hecha una fiera cuando ha llamado Juan para decir que no llegaba a comer y le he dicho que no tenía razón, que lo primero es lo primero.

—¿Qué es lo primero?

—Pues el trabajo.

—Sí, solo para algunos.

—¡Alexa, pon la tele! —ordenó Carmen, dando por zanjada una conversación con todo el potencial para convertirse en pelea—. ¿Qué hora es?

—Pues ya son las cuatro y pico, tengo un hambre que me muero. Los niños han comido en el cole, pero nosotros llevamos sin comer desde las siete de la mañana.

—¡Alexa, *Sálvame Limón*! —gritó mirando el aparato fijamente y con los ojos muy abiertos.

—No sabe lo que es, dile que ponga Telecinco.

—¡Alexa, pon Telecinco! —Carmen sonrió satisfecha al ver que el aparato le hacía caso.

Diana tenía razón. Carmen no entendía del todo a qué se dedicaba su hija mayor. A su manera, la admiraba, incluso presumía de ella. Pero pensaba que su trabajo era un poco de mentira. Veía demasiada flexibilidad, demasiados viajes y demasiada diversión. Con su empleo no se atrevía a compararlo porque, aunque había empezado a trabajar con doce años de recadera para las familias ricas de Sarrià, aparcó su vida laboral cuando se casó. Pero sí podía compararlo con el de su marido: camionero. Un trabajo sagrado al que había dedicado su vida y por el que su mujer y sus hijas habían sacrificado muchas cosas sin saberlo. También un trabajo que le dejó un vacío terrible cuando se jubiló. Diana decía que su padre tenía una depresión de caballo, que para él había sido demoledor dejar de hacer lo que había hecho toda la vida y darse cuenta de que no sabía hacer nada más. Para Alba y Carmen esa tristeza era puro aburrimiento. El marido de Alba, Juan, era gestor inmobiliario, nada que ver con el trabajo de camionero que había tenido su suegro.

Pero, aun así, a Carmen le parecía más serio que el de su hija mayor y el de su otro yerno. Ya solo porque obligaba a Juan a pasar muchas horas fuera de casa, como le pasaba a su marido, a Carmen ese trabajo le parecía más de verdad. También porque dejaba a Alba en una posición similar a la que había ocupado ella desde que se casó. Como si eso fuera así por norma y no una decisión de su hija.

Alba dejó de trabajar cuando se quedó embarazada de su primer hijo. Cuando vio que estaba lo suficientemente gorda como para que le cedieran el asiento en el bus, se despidió de la productora de publicidad en la que trabajaba como fotógrafa. No le dio explicaciones a nadie. Ni siquiera a Juan. Sin hablarlo, casi de forma telepática, Alba y él decidieron que los roles quedarían automáticamente repartidos así: Juan trabajaría y Alba se ocuparía de la casa y del niño, que luego fueron tres. Diana no podía entenderlo, no le entraba en la cabeza que su hermana, a la que veía un talento y un potencial que todo el mundo, incluida ella misma, parecían empeñados en negar, se hubiera retirado solo por ser madre. Le decía mil veces que se buscara un trabajo, que llevara al bebé a la guardería y dejara a sus otros dos sobrinos en el comedor. Incluso, si aún no se veía yendo a trabajar a un sitio y con un horario fijo, que probara un tiempo como *freelance*, que buscara proyectos compatibles con su momento vital. Sabía que lo de ser autónoma era un follón, pero al menos tenía que intentarlo. Le insistía en que era importante que estuviera activa, que hiciera cosas al margen de su familia porque, si estaba mucho tiempo desaparecida, luego le costaría volver a trabajar y recuperar su espacio. Pero Alba siempre le contestaba que no echaba de menos trabajar, y que para gastarse en el comedor del colegio lo que iba a cobrar, prefería estar en casa con sus hijos. Incluso le parecía raro que ella no hiciera lo mismo.

—Hay que ir a Urgencias, el niño se ha tragado un euro —dijo Alba, que irrumpió sofocada por el pasillo con el bebé en brazos. La seguían los otros cuatro niños. Dejó en el suelo al bebé, que se tambaleaba y sonreía como si todo fuera un juego, y le metió el dedo índice en la boca para ver si encontraba la moneda. Diana se acercó y se arrodilló a la altura del niño, que cayó de culo y empezó

a llorar y a apartar la cabeza para que su madre le dejara en paz. Carlos se levantó del sillón e intentó sin éxito separar a los primos y llevárselos a jugar a la habitación, pero estaban demasiado agitados y permanecieron en torno al bebé, riendo nerviosamente y chocando entre ellos de pura excitación.

—A ver, Alba, cálmate un poco, ¿de dónde ha sacado el niño un euro? —preguntó Diana. Cogió al bebé y se incorporó con él en brazos. Los primos, alrededor de ella, acariciaban cariñosamente las piernas del niño y hablaban todos a la vez. Era imposible entenderlos, sus voces de pito se superponían. Carmen observaba la situación en silencio desde el sofá, como si no le sorprendiera.

—Mi suegro les dio ayer dos euros a cada uno para que se compraran algo. Le he dicho mil veces que no les dé dinero a los niños, pero parece tonto —contestó Alba mientras insistía en sacarle la moneda de la boca.

—¡Para ya con el dedo, coño, que le vas a hacer vomitar! —gritó Diana dándole la espalda a Alba para que dejara al bebé en paz—. Mama baja la tele, por Dios, que parece que estéis sordos.

—¡Alexa, *tssss*! —gritó Carmen desde el sofá.

—Y dale. ¡Alexa, apaga la tele! —gritó Alba.

—¿Estás segura de que se lo ha tragado? No es fácil tragarse una moneda, y menos de un euro. Es un niño muy pequeño. Se habría atragantado o se habría hecho daño.

Muy nerviosa, Alba empezó a darle pequeñas palmadas al bebé en la espalda. Lo hacía flojo y con cuidado, pero sonaba como si el niño estuviera hueco.

—¡Que pares! Deja al niño en paz. ¿En serio crees que le vas a sacar el euro dándole golpes en la espalda? Si se lo ha tragado estará ya más cerca del culo que de la boca. Siéntate un momento en el sofá y tranquilízate, que nos estás poniendo nerviosos a todos. ¿No tienes Diazepam? Carlos, mira en mi bolso, que creo que yo llevo alguno. A ver, ¿dónde estaban los euros? —preguntó Diana a los niños.

Guiada por su sobrino mayor y con los otros tres en fila, Diana se dirigió a la habitación de los niños con el bebé en brazos. Aunque estaba convencida de que el bebé no se había tragado nada, le iba

mirando de reojo por miedo a que estuviera morado, tuviera los ojos en blanco o sangrara por la nariz. Esa era su idea del efecto en un bebé de tragarse una moneda.

El cuarto de los niños era la jungla. La cantidad de juguetes que había en las estanterías, amontonados en las literas y tirados por el suelo era algo obsceno. Diana se fijó en que los armarios estaban barrigudos. Alba había sellado las puertas con seguros infantiles, pero lo que había dentro hacía fuerza para salir. Diana dedujo que eran los regalos de Navidad. Brisa le señaló una cajonera baja, sobre la que había tres euros en una esquina.

—A ver, ¿quién ha visto al bebé meterse una moneda en la boca? —dijo Diana controlando la voz y simulando tranquilidad—. No me mintáis, porque si vamos al hospital y se dan cuenta de que es mentira, os meterán en la cárcel y no podréis vernos nunca más. —Los cuatro contestaron a la vez, gritando para que se les escuchara más que al resto.

—Nosotros no lo hemos visto, lo ha visto mi madre cuando ha venido —dijo Juanito, el mayor, imponiéndose al resto. Diana miró hacia la puerta y vio a Carlos, apoyado en el marco con una mano en la barbilla. No dijo nada, solo la miró, pero Diana notó su escepticismo. O quizá se lo estaba proyectando ella.

—Va, a ver si entre todos encontramos el euro, que a lo mejor se ha caído y nos pensamos que el peque se lo ha tragado. El que lo encuentre tiene premio —dijo Diana.

—¿Qué premio? ¿Un juguete del Drim? —preguntó Tomás. —A ver, un juguete no, que mañana viene Papá Noel. Pero otra cosa guay.

—Un libro no, ¿eh?

—No, un libro no.

—¿Chuches?

—Vale, chuches.

Los niños empezaron a rastrear la habitación de forma cómica. De fondo se escuchaba discutir a Carmen y a Alba, pero Diana prefirió centrarse en la situación y no salir a ver qué pasaba. También frenó a Carlos con un sutil gesto con la mano para que se quedara con ella cuando hizo el ademán de ir a investigar. Los primos miraron debajo

de la cama, entre los nórdicos de la litera, en los sacos de peluches, en los portalápices. Brisa incluso miró dentro de la cápsula amarilla de un huevo Kinder. El bebé, que había dejado de llorar y ni estaba azul ni sangraba por la nariz, imitaba a sus primos corriendo en círculos por la alfombra. Brigitte, la hija de Alba, se tumbó boca abajo en el suelo, metió la mano debajo del cambiador del bebé y sacó un cochecito de metal y un euro envueltos en una bola de pelusa gris.

Los niños se arremolinaron en torno a ella para ver su descubrimiento y, acto seguido, corrieron al comedor exultantes para informar del hallazgo. Frenaron de golpe al ver que Alba lloraba en el sofá. Sentada a su lado, Carmen, muy seria, hacía ver que miraba la televisión, sin volumen, con la mirada perdida en la pantalla.

—Ya ha aparecido. El niño no se ha tragado nada —dijo Diana. Cogió la mano derecha de su hermana, le deshizo el puño y le puso la moneda en la palma.

—Hay que ir a Urgencias —contestó Alba sorbiéndose los mocos.

—Alba, que te digo que el niño no se ha tragado nada, que está perfecto. El euro estaba debajo del cambiador. Lo ha encontrado Brigitte.

—Mama, vístete que nos vamos a Urgencias —dijo Alba sin mirar a su hermana.

—¡¿Pero, para qué?! —respondió Diana desconcertada.

—Por si se ha tragado la moneda. Es muy peligroso. Las monedas tienen óxido, es veneno. —Empezó a llorar con más fuerza—. Ha sido el mal de ojo. Es que lo sabía. Las putas viejas. —Diana miró estupefacta a Carmen, que le pidió con una mueca que no preguntara.

—¡Pero que tienes el euro en la mano! ¿Me estás tomando el pelo? —Diana, que había mantenido la calma hasta ese momento, empezó a desesperarse. Buscó el apoyo de su madre, pero había vuelto a perderse en la pantalla de 65 pulgadas. Carlos, pálido, las miraba sin saber muy bien qué hacer.

—Es que ahora no sé si había cuatro o cinco.

—¿Cuatro o cinco qué?

—Euros —contestó Alba limpiándose los mocos con el reverso de la mano. Tenía los ojos rojos e hinchados de llorar, lo que hacía que los síntomas del eccema fueran aún más intensos.

—Deja de llorar que tienes los ojos fatal. ¡No te los toques más! ¿No me has dicho que le dio dos euros a cada niño? —dijo Diana.

—Es que ahora dudo. Creo que también le dio uno al bebé.

—¡Anda ya! ¡Se te va, Alba!

—Lo digo en serio. Ahora dudo.

—¡Pero cómo le va a dar un euro al bebé! ¿Para qué?

—Que sí, que mi suegro hace cosas muy raras para ganarse a los niños.

—Ya, tía, ¡pero los bebés no compran cosas!

—Que creo que le dio uno.

—¿Crees o estás segura?

—¡Que no sé!

—Joder, Alba. —Desconcertada y exhausta, Diana se sentó en el suelo a los pies de su hermana y le cogió los tobillos—. Llámalo y pregúntale.

—Ya lo he llamado, pero no me lo coge. A estas horas sale con la bici. Nos vamos a Urgencias. Mama, vístete.

Sin decir nada, Carmen se levantó del sofá y fue hacia su cuarto a cambiarse. Cuando enviudó se instaló un tiempo en casa de Alba. Después reformó su piso entero, borrando sin ser consciente los recuerdos que le desconcertaban de su matrimonio. Aunque se mudó tras la reforma, mantenía la habitación en casa de su hija porque la requería a menudo. Y porque aún había días que su piso se le caía encima y prefería quedarse a dormir allí. Lo que nunca se había cuestionado cuando vivía su marido la arrolló nada más enterrarlo, pero aún no se atrevía a contarlo. Ni siquiera sabía si realmente lo pensaba. No sabía qué hacer con las dudas sobre la vida que había llevado, sobre lo que no había hecho, sobre lo que había dejado de preguntar por miedo a no tener respuesta o a que no le gustara la que le dieran, sobre lo que había dado por bueno y ahora le parecía un disparate. Tampoco estaba segura de saber quién era ella ahora que su marido no estaba, ni de qué podía hacer sin él. Llevaba más de dos años con esa inquietud en el cuerpo,

abrumada por una sensación incómoda y secreta de insatisfacción, incluso de injusticia. Una sensación especialmente molesta cuando chocaba con el recuerdo de los buenos momentos, que también habían sido muchos. Pero aún no había encontrado la manera de sacar todo eso. En vez de estallar, había dejado en barbecho los interrogantes y se había limitado a replicar conductas de su vida anterior, de la vida antes de enviudar. El vínculo que tenía con Alba no era tan distinto al que había tenido durante décadas con su marido: siempre presente, siempre pendiente, siempre disponible, sin tiempo para ella.

Diana se levantó enfadada y siguió a su madre hasta la habitación. La encontró sentada en la cama poniéndose los pinkies con afán.

—¿No tienes unos calcetines más gordos?

—¿Tú también?

La habitación de Carmen había sido un trastero. Pero Alba y Juan, que no tenían cuarto de invitados, la habían convertido en un espacio muy agradable para que se sintiera cómoda. Habían puesto mucho amor en transformar ese cuarto en la habitación de Carmen, y a Diana, consciente de ello y convencida de que no había estado a la altura con su madre cuando enviudó, se le hacía un nudo en la garganta cada vez que entraba. Habían colocado los trastos en organizadores y estantes, y habían comprado una cama plegable que desde entonces no se había vuelto a cerrar. También una mesita de noche y una caja de luz decorativa que Carmen había personalizado. Había puesto el nombre de su marido en la primera línea, custodiado por dos corazones, y debajo un «¿TE QUIERO?», entre interrogantes. Todos sabían que se había equivocado, que no sabía usar bien los signos de puntuación y en realidad quería poner exclamaciones. Pero nadie se atrevía a decírselo para que no se disgustara. O porque, en el fondo, sospechaban que ese desliz era más una expresión del inconsciente que una prueba de su desconocimiento.

—Mama, el niño no se ha tragado nada —dijo Diana desde la puerta.

—Que lo miren y así se queda tranquila.

—Pero, mama, es que no se ha tragado nada. Es imposible.

—Mira, no quiero escucharla.

—Vais a ir a Urgencias tontamente, encima en vísperas de fiestas, que habrá menos personal y os van a tener esperando cinco horas.

—No creo, a estas horas no.

—¿A las cinco de la tarde? Es cuando más gente hay. ¿No has visto nunca el cartel que hay en Urgencias, el que pone las horas de mayor afluencia? Y ahora hay un montòn de virus por el frío, están todos los niños resfriados.

—No cuesta nada acercarse.

—Sí cuesta, y encima es absurdo. Se van a reír de vosotras cuando vean que el niño no tiene nada. O se enfadarán por hacerles perder el tiempo. Las Urgencias infantiles están saturadas.

—Pues que no se enfaden tanto, que es su trabajo. Y se paga mucho de mutua —dijo Carmen mientras se acomodaba los pinkies a los talones.

—Mama, ¿qué es lo del mal de ojo?

—Nada, que unas viejas se le acercaron ayer en el Finestrelles para preguntarle algo y dice que una le echò un mal de ojo.

—¿Las viejas que están siempre allí?

—Sí, las que parecen hermanas que van siempre de negro.

—¿Las médiums?

—Sí.

—¿Y eso cuándo fue?

—Ayer. Me distraje un momento hablando contigo por teléfono y se le acercaron.

—¿Y qué querían?

—Nada, le preguntaron dònde estaba la salida del centro comercial.

—Pero si están siempre allí.

—Pues por eso dice que se le acercaron aposta, para echarle un mal de ojo.

—Joder, qué mal rollo. ¿Y qué va a hacer?

—Ay, Diana, pues nada. ¿Qué mal de ojo van a haberle echado?

—Joder. Que llame a la tía de Juan, ella cree en esas cosas.

—¿Tú también? Estáis como una cabra las dos.

—Es que es rarísimo. Qué miedo por Dios. ¿Y por qué no me lo había dicho?

—Pues yo qué sé.

—Es raro que no me lo haya dicho. De todos modos, lo de la moneda no tiene nada que ver con el mal de ojo. El niño no se ha tragado nada. No vayáis a Urgencias, no seáis ridículas. —¿Pero a ti qué más te da que vayamos o no?

—Mama, ¡pues que hemos venido hasta aquí para nada! Que Carlos no ha trabajado esta tarde para venir al cumpleaños. Pero, más allá de eso, ¡no puedes hacer siempre lo que dice Alba! Es absurdo. Y muy injusto.

—Ya la conoces. Va a ir de todos modos, le digas lo que le digas.

—Vale, pues que vaya ella.

—Ella sola no va a ir.

—¿Pero para qué tienes que ir tú también? Hace mucho frío para que estés por ahí dando vueltas.

—¿Cómo va a ir sola?

—¡Pues como todo el mundo!

—Como todo el mundo, no.

—¿A mí me acompañas cuando llevo a mis hijos al médico? Nunca. Voy yo sola. O va Carlos. Las pocas veces que te lo pedí cuando eran más pequeños y no me apañaba, no pudiste porque estabas con Alba. —Diana, que había intentado mantener la calma, empezó a exasperarse.

—No empieces. —Carmen, que hasta el momento no había despegado los ojos de sus pies, levantó de golpe la cabeza y miró a Diana muy seria—. No vayas por ahí que ya tengo bastante por hoy.

—¿Que no vaya por dónde? Aún serás capaz de pagar conmigo el puteo que llevas con mi hermana. Mira qué cara de cansancio. Tienes setenta años, mama, no puedes estar todo el día para arriba y para abajo. Vas a petar. Y ponte calcetines de lana, que hace mucho frío para ir con pinkies de media.

—Qué manía le tenéis a mis pinkies. Me molestan las costuras de los calcetines.

—Chica, qué fina eres. También hay calcetines gordos sin costuras. Mama estás cansada.

—¿Cansada de qué? Pero si no hago nada en todo el día.

—Mama, en serio. Basta.

Diana regresó al comedor muy disgustada. Alba ya estaba preparada para salir. Llevaba el anorak puesto y el bolso colgado de un hombro. El bebé, que con tanto trajín se había quedado agotado, estaba tumbado, tapado y dormido en el cochecito. Iba tan embutido en el saquito del carro que apenas se le veían los ojos. A Diana le sorprendió que sus otros dos sobrinos se hubieran puesto los anoraks y las bambas.

—Mama, ¿estás ya? —gritó Alba. Carmen apareció por el pasillo, descolgó el abrigo del perchero de la entrada y se lo puso sin decir nada.

—Id comiendo, te llamo cuando nos atiendan —dijo Carmen dirigiéndose a Diana.

—¿Pero os vais todos? ¿Por qué os lleváis a los niños?

—Porque se quieren venir —contestó Alba. Los niños se escondieron debajo del abrigo de su madre para que Diana no les dijera nada.

—¿Cómo que se quieren ir? ¿Pero dónde vais los cinco a Urgencias? En serio, se os va la olla. ¿En Urgencias infantiles en diciembre? ¡Van a volver todos con mil virus! —Diana se apretó los ojos con los dedos y, al volver a mirar con la vista nublada por la presión, vio un monstruo. Así, borrosa, con su plumas gigante y las piernas y los brazos de sus hijos asomando por debajo, Alba parecía una criatura de otro mundo.

—Sabes que no les gusta quedarse con nadie —contestó Alba.

—¿Con nadie? ¡Pero si soy su tía! ¡Y han venido sus primos a verlos! En serio, hacéis cosas muy raras. Brigitte, quédate con la prima, ¿no? ¿No ves lo triste que se queda porque te vas? Además, vamos a ir a comprar las chuches. —Diana no pudo evitar mirar con rabia a su sobrina, que, igual que su hermano, seguía escondida debajo del abrigo de su madre, con medio cuerpo cubierto y el otro al aire.

—Déjala. Si se quieren venir, que se vengan —añadió Carmen.

—¡Pero son niños! ¡¿Desde cuándo deciden los niños?!

—Ya está aquí el taxi, vamos bajando —ordenó Alba.

—¿Pero vais a caber todos en un taxi?

—Lo he pedido XL.

—Carmen, quédate tú y ya los acompaño yo, que tienen para un buen rato —dijo Carlos haciendo el ademán de coger su chaqueta.

—No, mejor que venga mi madre que los niños se extrañan contigo.

—Flipante. Nosotros nos iremos para casa —dijo Diana—. No vamos a estar aquí esperando a que lleguéis, que pueden ser perfectamente las ocho de la tarde.

—Pues cerrad de portazo —contestó Alba.

Diana se sentó en una silla y contempló, enfadada e impotente, cómo salían por la puerta los cinco en comitiva. Alba iba delante empujando el carrito. Carmen llevaba de la mano a sus otros dos nietos, que ya se habían liberado del anorak de su madre.

—Si no coméis aquí llevaos el arroz en un táper, que se va a pasar —dijo Carmen antes de cerrar de portazo.

—Ese arroz está ya más seco que yo —contestó Diana enfadada.

Diana se giró y vio la mesa puesta detrás de ella. La recorrió con la mirada, deteniéndose en las tapas más absurdas, como unos pimientos rojos minúsculos y rellenos de queso que solo compraba su madre. Jamás los había visto en ningún otro sitio. Notó un bulto en la espalda y vio que era la *tote bag* con el jersey rojo. La colgó de la silla. El comedor estaba en silencio y ella, perdida en sus pensamientos. Miró hacia el sofá y vio a su familia. Carlos la observaba.

—Te juro que no entiendo a tu familia. ¿Por qué lo complican todo tanto? —le preguntó en voz baja. Los niños, superados, se habían acurrucado a su lado. Estaban medio estirados en el sofá, cada uno con la cabeza apoyada en un muslo de su padre.

—Mira, que vaya y así se queda tranquila.

—¿Tranquila de qué? Pero si el niño está perfecto.

—Ya. Pero le mirarán, verán que no se ha tragado nada y se quedará tranquila. Ella y mi madre.

—¿Te has dado cuenta de que tu hermana nunca va sola a ningún sitio? Bueno, nunca hace nada sola.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que nunca hace nada sola, que va acompañada a todas partes.

—Mis sobrinos son así. Como nunca los ha dejado con nadie, no se quieren quedar ni con nosotros. Apenas se quedan con mi madre, que prácticamente los está criando. Los nuestros también son un poco así, eh.

—No, no. Lo digo literalmente. Que tu hermana nunca se queda sola. Si no está con tu madre o con los niños está con tu prima o con otra persona, pero nunca está sola. Nunca la he visto sola.

—Anda, anda...

—De verdad. Dime alguna vez, desde que nos conocemos, que la hayamos visto sola. Nunca.

—Pues muchas.

—¿Seguro?

—Habrá sido casualidad.

—¿Casualidad? Llevamos más de diez años juntos.

—Claro que se queda sola.

—Yo no lo tengo tan claro.

Diana sabía que Alba no se quedaba nunca sola. Era algo que no había compartido con nadie, que le angustiaba y que no sabía muy bien cómo encarar. Le incomodaba mantener ese secreto, sobre todo porque no se veía capaz de sacarlo fuera y le avergonzaba no intentar hacer nada al respecto. Se sentía culpable por no haber planteado la situación y, al mismo tiempo, no tenía ni idea de cómo hacerlo. Llevaba varios años temiendo que alguien se diera cuenta, y cada vez que Carlos se indignaba por algo que tenía que ver con su hermana, temía que le sacara el tema. Le extrañaba que no se hubiera dado cuenta antes. Y, si lo había hecho, que no se lo hubiera dicho hasta ahora. Carlos dirigía sobre todo documentales y tenía una curiosidad y una mirada afiladísimas, pero tenía un punto débil: la familia de su novia. Por mucho que la estudiara por pura deformación profesional, nunca acababa de entenderla. Diana tampoco tenía claro por qué no se lo había contado ella, con él tenía suficiente confianza como para compartirle su malestar. Pero tampoco le había sacado nunca el tema a su madre. Sospechaba que Carmen lo intuía porque lo había sufrido y lo sufría más que ella,

pero suponía que no era del todo consciente —o no quería serlo— de la gravedad del asunto. En cualquier caso, Diana jamás había hablado de eso ni con Carlos, ni con Carmen, ni con la propia Alba.

En realidad no hacía tanto que Diana sabía que Alba nunca se quedaba sola. Por despiste o negación, había pasado por alto a lo largo de los años señales de alarma evidentes. La revelación le llegó seis años atrás, en paralelo a su cataclismo personal cuando nació Tomás y se multiplicaron sus miedos. A la vez que era incapaz de entender las razones de su inquietud y de su malestar, desarrolló una clarividencia extraordinaria para analizar la incomodidad y los comportamientos extraños de los demás. En ese estado de lucidez selectiva, advirtió que su hermana no quería quedarse nunca sola, que siempre se las ingeniaba para estar acompañada. Pensó que era por miedo, y buscó en internet si existía el miedo a quedarse sola. Existía. La autofobia era eso, un miedo irracional a quedarse sola. Pero ni entendía por qué Alba lo sufría ni tenía el valor de preguntarle. ¿Cómo se pregunta algo así? ¿Y cómo se responde? Se había limitado a recopilar pruebas suficientes para confirmar que Alba arrastraba eso, como mínimo, desde la adolescencia.

Cuando aún vivían las dos con sus padres, su hermana dijo de un día para otro que no podía pasar una noche más en su habitación porque entraba frío por la ventana. Alba tenía entonces trece años. Su cama era una de esas altas en las que el colchón está encima de una cajonera, y como estaba puesta debajo de la ventana decía que se le quedaban los pies helados. Dormía desde niña en esa cama, que siempre había estado en el mismo sitio, pero ese día decidió que se filtraba el frío por las juntas de la ventana. Decía que no le había pasado hasta entonces porque, como antes era más bajita y dormía hecha un ovillo, los pies no le llegaban al cristal. Pero no era verdad. Ni había crecido en una noche ni entraba frío por las juntas, esa ventana estaba perfectamente sellada. Mientras Carmen pensaba una solución, Alba salió una noche al comedor con el colchón de su cama a cuestas y dijo que dormiría allí, en el suelo. También dijo que no pensaba dormir sola porque le daba miedo estar tan cerca de la puerta de entrada al piso. La noche siguiente volvió a salir arrastrando el colchón. La siguiente también. Y la siguiente. Salió

todas las noches. Y la solución nunca llegó. Alba durmió toda su adolescencia en el suelo del salón. Y Carmen, que no tardó ni una semana en dejar de buscar la manera de que a su hija pequeña se le olvidara lo del frío, se tiró toda la adolescencia de Alba durmiendo en el sofá a su lado, dándole la mano. Fueron muchas las noches y muchos los años que Carmen dejó a su marido en la habitación de matrimonio para salir al comedor a dormir al lado de su hija.

Diana nunca escuchó a su padre quejarse por eso. Y si lo hizo, nunca fue delante de sus hijas. Ella, que se llevaba seis años con Alba, sí había mostrado su desconcierto alguna vez. Había llamado egoísta a su hermana e intentado hacerle ver a su madre que esa costumbre era absurda y acabaría con su matrimonio. Pero era como darse contra un muro. Carmen y Alba ya habían empezado entonces a usar su técnica de la justificación laberíntica y sin salida para argumentar que la opción de dormir de otra manera no existía. Ahora eran unas auténticas maestras en el arte de la explicación en espiral, expertas en dejar a Diana sin argumentos y sin fuerzas para hacerles entrar en razón o llevarles la contraria. Tenían respuestas para todo, eran rapidísimas tumbando alternativas y soluciones, se blindaban por todos los lados. Por estúpidas que fueran sus explicaciones, eran especialistas en hacer que resultaran imbatibles.

—Va, vámonos, que tengo ganas de llegar a casa —le dijo Diana a Carlos.

—No sé, hacéis cosas muy raras.

—Da igual, se ha puesto nerviosa y ya está. Podría haberme pasado a mí —contestó Diana.

—Por eso digo. Que hacéis cosas muy raras. Las tres.

—¿Yo también?

—A veces sí. Para empezar, ¿para qué hemos venido si teníamos que volver mañana? ¿Qué hacemos aquí solos, sin comer a las cinco de la tarde?

—Yo qué sé.

—Con tu familia nada es nunca normal. Siempre pasa algo.

—Siempre no.

—No sé. Siempre tanto agobio. Algo os pasa. Hacéis cosas delirantes. El número que acaba de montar tu hermana no tiene

sentido. Y aún menos que tu madre la haya acompañado con el frío que hace, y con los tres niños.

—Vale, pero habla de ellas, no me metas a mí.

—Te meto a ti porque ahora estás enfadada pero luego no les dirás nada, lo dejarás pasar hasta la próxima. Que será mañana, o dentro de un rato.

—Ya les he dicho que no fueran. Más no puedo hacer.

—Claro que puedes. Siéntate un día a hablar con ellas en serio.

—¡Pero si hablo con ellas todo el rato!

—Habláis pero no os decís nada.

—Bueno. Vale. Déjalo.

—Es increíble que estéis tan unidas pero tengáis una comunicación tan pobre.

Diana estaba de acuerdo con Carlos en que algo les pasaba, y se había vuelto loca buscando respuestas al estado de alerta permanente, agobio y desconfianza que, de maneras distintas y en grados diferentes, las invadía a las tres. Pero no sacaba nada en claro. La frustración por la falta de motivos le había llevado a pensar que les había sucedido algo terrible que su memoria había borrado, y que el día menos pensado las asaltaría por la calle. Pero lo cierto era que sus vidas habían sido relativamente normales. Si retrocedía más de lo normal en el tiempo, recordaba una infancia convencional, incluso feliz, enganchada a su madre y a su hermana. Tenía muchos recuerdos, y muy nítidos. Se acordaba de cuando iban al mercado de San Ildefonso en Navidad, con los puestos adornados, de hacer el río del pesebre con papel de plata, y, sobre todo, de pasar días enteros en El Corte Inglés. El Corte Inglés había sido su Disneyland, también el de su hermana. Cuando iban de pequeñas con su madre, recorrían todas las plantas, dedicándole un buen rato a cada una, comían en el bufé libre y regresaban a casa en autobús, su hermana con un juguete y ella con un libro. De adulta había comprobado que El Corte Inglés era parte importante de su educación sentimental, y también de la de muchos de sus amigos. Pensaba que quizás también había condicionado el sentido que muchos de ellos tenían del entretenimiento, incluso de la vida. La mayoría había pasado sus

vacaciones de Navidad y de verano en uno, con sus madres y sus hermanos mientras sus padres trabajaban.

Los centros comerciales eran importantes para su familia. Diana recordaba la alegría inmensa que experimentaba de pequeña cuando, de vez en cuando, su madre convencía a su padre de ir al Pryca de la Autovía de Castelldefels y volvían con provisiones para sobrevivir a un apocalipsis. Aún hoy sentía un alivio inexplicable cuando paseaba por El Corte Inglés de Diagonal. Nunca iba por placer, solo cuando buscaba algo concreto, pero una vez allí sentía una extraña paz, sobre todo en la planta de perfumería. El olor, la calefacción altísima, las dependientas con la piel perfecta y atrapadas en el tiempo. Esos trajes de chaqueta, esas mechas. Su madre y su hermana sí que iban al Corte Inglés por placer, al Corte Inglés, al Finestrelles, al Splau, a La Maquinista, al Glòries, a L'Illa Diagonal y a un montón de centros comerciales más. Eran muy fans de los centros comerciales. Diana tenía la teoría de que esos lugares eran una especie de Second Life para ellas. Para ellas y para muchas mujeres como ellas. Mujeres jóvenes que hacían tiempo allí entre semana en horario escolar, siempre acompañadas de sus madres y a menudo de un bebé. Imaginaba que esos espacios eran para ellas lugares seguros, limpios y ordenados, donde todo estaba nuevo, no había nada que hacer y ni nadie sabía quiénes eran ni nadie podía pedirles nada.

Siempre había tenido muy presentes esos recuerdos, pero hasta hacía poco no los había sentido incompletos. Aunque lo incompleto en realidad no era el recuerdo, sino la imagen de la familia. Su padre nunca estaba. Y tampoco lo recordaba en otras muchas situaciones. Ni siquiera en fotos en las que saliera. Cuando era pequeña, su padre era un misterio, como los padres de sus amigas. Pero no era un misterio incómodo, sino dado por hecho. No le preocupaba. Ni pensaba mucho en ello porque su padre no era ni más ni menos misterioso que todos los hombres adultos de su entorno. Todos salían por las mañanas antes de que sus familias se despertaran, volvían de trabajar con ganas de cenar y sin ganas de hablar, y dormían los fines de semana. Habían transmitido con tanta convicción que su misión en la vida era mantener a sus familias, que

nadie les pedía nada más. Nada era tan importante como lo que hacían ellos. Por eso vivían a mesa puesta y ni daban explicaciones ni preguntaban. Sus ausencias no solo estaban permitidas, sino que eran la norma. Su absoluta desconexión de las rutinas domésticas y de la educación de sus hijos, también. Podían limitarse solo a estar —durmiendo la mayor parte del tiempo—, porque su labor era una y estaba clara: traer dinero a casa. Diana asumió eso como algo normal. Nunca le pareció raro que no les acompañara al Corte Inglés, ni que no le hubiera ayudado nunca a hacer los deberes, ni siquiera, siendo adolescente, no haber tenido jamás una conversación con él. Tampoco que evitara hablar con ella por teléfono cuando, ya de adulta, llamaba a casa de sus padres y él se apresuraba a pasarle el auricular a Carmen. Su padre, simplemente, no sabía qué decirle, o no sabía cómo se hablaba con una hija.

Paradójicamente, si Diana había pensado últimamente en esa imagen incompleta de su familia era porque la foto se había completado una vez, hacía unos seis meses, de una forma que no se atrevía a compartir con nadie. Su padre la había visitado la madrugada del día que le hicieron la infiltración en la espalda por la hernia discal. Carlos y ella tenían que estar en el hospital a las seis y media de la mañana, pero, como siempre que tenía que madrugar para hacer algo importante o para viajar, Diana no conseguía pegar ojo. Se levantó al lavabo y, al entrar, lo supo clarísimo. Su padre estaba allí. No escuchó ningún ruido. No creyó verlo reflejado en el espejo. Ni sintió una presencia a sus espaldas ni vio a ningún fantasma. Pero estaba allí, Diana lo sabía. El lavabo olía muchísimo a tabaco. Olía exactamente de la misma manera que el lavabo de casa de sus padres cuando entraba él, fumador de dos paquetes al día desde que era un niño. Sabía que ese olor a tabaco era de su padre, pero aun así no descartó asegurarse. La ventana del lavabo era la única de la finca que se abría al conducto que daba al terrado, con lo que, si llegaba desde fuera, el olor a tabaco solo podía venir de allí. Vivían en un edificio bajo, de cuatro pisos, y hasta donde ella sabía ningún vecino era fumador. Además, era un martes a las cuatro de la mañana, lo que reducía considerablemente las posibilidades de que a alguien le diera por fumar a esas horas. Aun

así, se puso una sudadera y subió de puntillas a la azotea para comprobarlo. Nada, la luz de las farolas de la calle permitían ver que allí no había nadie. Ni siquiera había ropa tendida que pudiera generar una falsa silueta. Volvió a bajar a casa, fue directa al baño y se sentó en la taza del váter cogiéndose los brazos. Todavía olía a tabaco. Apoyó la cabeza en la pared, estiró las piernas y las cruzó sobre el bidé. Estuvo así media hora, convertida en una fumadora pasiva nocturna. No tenía ni idea de por qué no tenía miedo, ni de por qué se sentía tan bien. ¿Por qué estaba tan tranquila? Pensó que su padre había encontrado por fin la manera de comunicarse con ella y le entró la risa. «Joder, papa.» Se tapó la boca con una mano.

—¿Sabes qué? —preguntó Diana a Carlos. Los niños se habían quedado dormidos.

—Dime.

—No sé muy bien quién era mi padre.

—¿Por qué piensas eso ahora? Si no nos vamos a ir ya, dame la manta esa que los tape, que en esta casa hace un frío que pela.

Diana lanzó a Carlos una de las mantas que estaban dobladas en el otro extremo del sofá.

—No sé, me da pena mi madre. Si no se hubiera muerto mi padre, igual ahora estaría con él en su casa, tan tranquila, y no yéndose a Urgencias con mi hermana.

—Diana, tu madre se habría ido a Urgencias igual. Tu padre se habría ido a casa sin decir nada y ella se habría ido con tu hermana.

—Sí, puede ser. Es muy fuerte que en marzo hará ya dos años que murió.

—¿Dos años ya?

—Sí, dos. Vaya misterio, ¿verdad?

—¿El qué?

—Mi padre.

—No es la primera vez que me dices algo así. Una vez me dijiste que en realidad no le conocías.

—¿Cuándo te dije eso?

—No sé, al poco tiempo de que muriera.

—Bueno, igual tampoco es eso. Lo que pasa es que era muy suyo y muy serio. No hablaba mucho.

—No. Y cuando hablaba tampoco es que fuera muy simpático.

—Ya —rio Diana—. Vaya tío.

—Era bastante borde.

—Era seco, sí.

—Seco no, borde —dijo Carlos.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Menos mal que mi madre siempre ha sido muy cariñosa con nosotras. Bueno, menos ahora, que se pasa tres pueblos conmigo. Me da una caña...

—Por eso estáis tan unidas, aunque luego no os contéis las cosas importantes.

—¿Por qué me regañará tanto?

—Pues porque rompiste con la tradición familiar. Te piraste del barrio. Y cada vez que se acuerda te regaña por la tontería que sea.

—¿Tú crees? Pero tardé bastante, ¿eh?

—Ya, pero estabas y no estabas. A ver, fuiste al instituto y a la universidad en el centro, no creo que hicieras mucha vida en Cornellà.

—No, la verdad es que no.

—A ella le gustaría que vivieras aquí, cerca de ella y de tu hermana. Y que hicieras las cosas que hacen ellas. Pero vamos, que ya lo sabes.

—¿Te acuerdas de cómo nos presionaron cuando nació Tomás para que nos viniésemos a vivir a Cornellà?

—A ver, en realidad nunca han dejado de hacerlo.

—Ya.

—De todos modos, tu madre es muy guay. Tienes que estar muy contenta.

—¿Sí, verdad?

—Sí. Es la más maja de las tres.

6

Diana vivía aterrorizada con la posibilidad de que le pasara algo a sus hijos. No era nada nuevo, pero esa sensación se había intensificado coincidiendo con un pico de estrés. Regresaba a casa aterrorizada después de dejarlos en el colegio. Evitaba a toda costa ir al parque por las tardes para ahorrarse el temor a perderlos de vista, o la angustia si se caían o presenciaba algún conflicto con otros niños. No le entraba en la cabeza la brutalidad infantil, detectar en críos de menos de veinte kilos comportamientos de adultos agresivos, desolados y perdidos. Le helaba la sangre que el parque fuera un símil tan evidente, una representación acotada y en miniatura, de una sociedad enfadada y hostil.

Cuando los invitaban a un cumpleaños infantil, proyectaba a Brisa y a Tomás en los peores escenarios antes de decidir si iban. Cuando eran más pequeños se apuntaban a todos, pero ahora que los aniversarios cada vez eran más ambiciosos y se celebraban en rocódromos, campos de fútbol y locales de *jumping* iban a muy pocos. Las pocas ocasiones en que se quedaba sin excusas y tenían que ir, Diana vestía a Brisa y a Tomás con sudaderas fosforitas, y siempre regresaban a casa igual: ellos felices y ella descompuesta. Tres días mala. Había sido siempre así, pero desde hacía unos meses había desarrollado nuevos miedos. Como le había sucedido nada más nacer sus hijos, había vuelto a tener pensamientos intrusivos que auguraban golpes, accidentes y catástrofes. Si en aquellas ocasiones eran desgracias domésticas, ahora eran también escolares. Y eso incluía el secuestro, el temor a que, al llegar al colegio, le dijeran que se los habían entregado a otra persona por equivocación. Había compartido con Carlos el recrudecimiento de sus miedos. Pero lo de imaginar catástrofes, como las veces anteriores, se lo había guardado para ella.

Uno de esos miedos era que le pasara algo a sus hijos durante la noche. Con Tomás lo llevaba mejor porque, como dormía con ellos,

lo tenía al lado y escuchaba su respiración. No había manera de que el niño se quedara en su habitación. Lo habían probado todo, la melatonina, comprarle sábanas bonitas e incluso cambiar, sin necesidad, las camitas que tenían, completamente nuevas, por una litera que le gustó un día que fueron a IKEA. Pero siempre volvía a la cama de sus padres. Al final, por puro agotamiento, Carlos y Diana pospusieron el obligarlo a dormir donde tenía que dormir. No descansaban y tenían contracturas, pero no sabían cómo manejar la situación. Los psicólogos tampoco habían sido de mucha ayuda con el tema. Brisa era otra historia. Se dormía muy rápido y aguantaba la noche entera en su habitación. Era rara la vez que se metía en la cama con ellos. Como no estaba acostumbrada, Diana celebraba con entusiasmo extremo las primeras señales de independencia de su hija. Vivía y compartía como extraordinario algo tan normal como que una niña de cuatro años durmiera en su cama. Sin embargo, esto no le impedía acostarse inquieta porque, por las noches, se sentía demasiado lejos físicamente de Brisa. La habitación estaba pegada a la suya, pared con pared. Y su lado de la cama daba a esa pared. Pero, aun así, sentía como si cada una durmiera en una planta del edificio. Por eso se iba a la cama siempre alerta y nunca dormía profundamente. Y por eso se levantaba seis o siete veces cada noche para comprobar que la niña respiraba y estaba perfecta. Algunas veces lo hacía porque la escuchaba gruñir o golpearse sin querer con las maderas de la cama, pero otras se despertaba bruscamente y sentía el impulso de ir a la habitación de su hija a comprobar que todo estaba bien. Cuando los niños eran bebés utilizaba un truco más viejo: ponerles un dedo debajo de las fosas nasales para notar el calor de su respiración. Pero ahora que eran más mayores corría el riesgo de traumatizarlos si se despertaban y veían a su madre metiéndoles un dedo en la nariz. Así que, en esas visitas nocturnas, cogía la seta de luz del suelo, se acercaba a Brisa como una exploradora somnolienta y la iluminaba con cuidado hasta comprobar que se le inflaban rítmicamente el pecho o la espalda.

Desde hacía unas semanas, se levantaba aún más a menudo a comprobar si Brisa estaba bien porque la niña llevaba una temporada moviéndose mucho. Cuando Diana pasaba por su

habitación se la encontraba en las posiciones más extrañas. Destapada, estirada en la cama en el sentido opuesto, o acurrucada en posición fetal en la colchoneta que conservaban de la guardería y que ponían en el suelo por si se caía. Eso era lo normal, pero varias veces se había asustado de verdad al verla. Una vez, había encontrado a la niña arrodillada en el suelo y con los brazos apoyados en la cama, como si se hubiera quedado dormida en mitad de un rezo. Otra, debajo de la cama, al fondo de todo, pegada a la pared. La vez que más se inquietó, la había encontrado estirada en el suelo, en la otra punta de la habitación, atrapada entre las ruedas del cochecito de muñecas, como si el juguete la hubiera atropellado mientras dormía.

Hacía un rato que habían vuelto de casa de Alba, pero era el primer momento de calma desde que habían entrado por la puerta. Brisa había vomitado en el taxi de vuelta, a la altura del Corte Inglés de Diagonal, y, como siempre, se habían puesto todos muy nerviosos. Daba igual la cantidad de veces que les pasara, cuando la niña decía en un coche que le dolía la barriga y se echaba mano al estómago, se bloqueaban y eran incapaces de manejar la situación. Tres horas después, estaban todos duchados y sus ropas daban vueltas a sesenta grados en la lavadora, preparadas para salir dos tallas más pequeñas. Tomás jugaba con la Play en el salón. Brisa pintaba con témperas. Carlos y Diana improvisaban la cena en la cocina.

—Te juro que estoy por tomarme la melatonina de Tomás —dijo Diana mientras metía una pizza congelada en el horno.

—Pues igual te va bien —contestó Carlos—. Los dormimos en cuanto cenemos, que estarán agotados. A ver si hoy podemos ver algo.

—Ya, pero me da miedo tomármela por si pasa algo y no te despiertas.

—¿Qué va a pasar?

—Pues muchas cosas. A una compañera de trabajo de María le explotó el iPhone mientras dormía.

—¿Y le pasó algo?

—Pues que se han quemado ella y su novio. Están súper graves.

—¿En serio?

—Te lo juro. Muy *heavy*. Se incendió. Lo habían dejado cargando en la mesita.

—Diana, no va a pasar eso. No dejes nada cargando y ya está. Además, si desenchufas hasta el microondas y lo compruebas todo mil veces antes de acostarte.

—¿Y si Brisa se cae de la cama? Tú duermes muy profundo. Nunca te enteras.

—La oirás igual. O vendrá ella a buscarte, ya sabes que viene ella cuando se despierta.

—No siempre. A veces voy yo porque la escucho y me la encuentro despierta. Ya te dije que creo que es sonámbula.

—Cómo va a ser sonámbula.

—En serio.

—De todos modos, la melatonina es solo un inductor del sueño, eh. Te ayudará a dormirte, pero no evitará que te despiertes y te levantes veinte veces.

—¿Y si en mí tiene más efecto que en Tomás? A mí todo me hace mucho efecto.

—No creo, además esas gotas son de niños. Igual deberías comprar melatonina para adultos.

—¿Te acuerdas de cuando me diste una Dormidina y al día siguiente estaba para el arrastre?

—Eso debió ser sugestión. A nadie le hace tanto efecto la Dormidina.

—Pues ya viste.

—Diana, esas gotas se las das a tu hijo de seis años, que no pesa ni veinte kilos. No te van a hacer más efecto a ti que a él. No es un somnífero, solo te ayudarán a conciliar el sueño. Te vendrá bien. Tienes que descansar, que mañana nos espera la segunda parte.

El iPhone de Diana se iluminó sobre la mesita de la cocina.

—Vigila el horno, ¡no te distraigas con el móvil! —Diana salió y se encerró en el estudio. Carlos la escuchó hablar a gritos, pero era incapaz de entender lo que decía. No le preocuparon ni los gritos ni su agitación. Ni a ella ni a los niños, que también escuchaban desde el salón. Todos sabían que esos eran el tono y el volumen habituales

de Diana cuando hablaba con su madre o con su hermana. A los cinco minutos, regresó con el móvil en la mano y exhausta. Dejó el iPhone sobre la repisa de la cocina y, sin decir nada ni mirar a Carlos, sacó un guante de un cajón y abrió el horno.

—¿Todo bien? —preguntó Carlos.

—Bueno, casi se te quema —dijo Diana agachándose para mirar la pizza.

—Con tu familia. ¿Está todo bien?

—Sí.

—¿Quién era? ¿Tu madre o tu hermana?

—Mi madre.

—¿Y?

—Todo bien. Ahora iba mi cuñado a recogerlos.

—¿Al hospital? ¿A las nueve de la noche? ¿Llevan cuatro horas en Urgencias con los tres niños?

—Sí, acaban de salir.

—¿En serio?

—Te lo juro.

—¿No podía ir antes tu cuñado al menos a recoger a tu madre y a tus sobrinos?

—No ha podido salir hasta ahora de trabajar.

—No —dijo Carlos.

—Sí —respondió Diana.

—¿No ha podido salir hasta ahora? Venga, va. Como ha ido tu madre con tu hermana se ha quedado tranquilo. Flipante.

—Bueno, lo importante es que el niño esté bien. Le han hecho una radiografía y no tiene nada. Están esperando a que les den el informe para poder irse a casa —contestó Diana mientras sacaba la pizza del horno.

—¿Me lo dices en serio?

—¿El qué?

—Que lo importante es que el niño esté bien.

—Sí, claro. Es lo importante, ¿no?

—Diana, se te va, en serio. Sabes perfectamente que al niño no le pasaba nada. No entiendo por qué disculpas ahora a tu hermana.

—Yo no la disculpo.

—Sí, diciendo eso, que lo importante es que el niño esté bien, la estás disculpando.

Media hora después, Tomás, que estaba viendo vídeos de YouTube en el móvil de su madre, le devolvió el teléfono porque entraba una llamada.

—Soy yo —dijo Alba.

—¿Ya os han dado el informe?

—Sí, vamos en el coche hacia casa. Si se corta es porque vamos por los túneles. ¿Oye tú sabes cómo se quita un mal de ojo?

—Pues no, ni idea. ¿Le has preguntado a la tía de Juan?

—No, está en Australia visitando a su hijo, se ha ido toda la Navidad.

—¿Y por qué no la llamas?

—Porque llamar allí es muy caro.

—Anda ya, tía. Eso era antes. Ahora hay tarifa plana, cuesta igual de caro que llamar a Barcelona. O hazle una llamada de WhatsApp desde casa y te quedas tranquila.

—No tiene WhatsApp.

—¿Cómo no va a tener WhatsApp si su hijo vive en Australia? ¿Y qué hace su hijo en Australia?

—Que no, que no tiene. Pues el hijo se echó un novio de allí y se mudó.

—Es imposible que no tenga WhatsApp.

—Que te he dicho que no. ¿Se te ocurre alguien que pueda saber cómo se quita?

—¿Pero estás segura de que te han echado un mal de ojo?

—Segurísima. ¿No te lo ha contado la mama?

—Muy por encima, me ha dicho que se te acercaron ayer las médiums en el Finestrelles.

—Una me miró rarísimo.

—¿Pero funciona así?

—¿Cómo que si funciona así?

—Que si es así de literal. ¿Los males de ojo funcionan así? ¿Se echan mirando mal a alguien?

—¡Yo qué sé! Sí, ¿no? ¡Quiero que me lo quiten!

—¿Has mirado en Google?

—No. No me atrevo a ponerlo en Google por si me pasa algo. Ponlo tú, porfa.

—No, no, yo tampoco me atrevo.

—¿Y qué hago?

—No sé, Alba, déjame pensar a ver si se me ocurre alguien que sepa de esas cosas.

—¿Y tu amiga la productora?

—¿Nuria?

—Sí. Siempre sabe lo que hay que hacer y adónde hay que ir.

—Ya, tía, pero una cosa es que te ayude a encontrar un hotel y otra cosa es un mal de ojo. Un mal de ojo es algo muy personal... ¿no?

—Llámala, porfa.

—Mañana la llamo. Pero no te agobies porque seguro que son imaginaciones tuyas.

—Que no, Diana, que lo vi clarísimo.

—¿Pero te dijeron algo raro, o solo te preguntaron cómo salir? Me dijo la mama que solo te preguntaron por dónde se salía.

—La que no es bizca me dijo que algún día yo tampoco sabría por dónde salir.

—Joder, qué mal rollo.

—Llámala ahora. A Nuria. Porfa.

—No, Alba, que es tardísimo. Te prometo que la llamo mañana por la mañana.

7

Diana escuchó un ruido en la habitación de Brisa. Alargó el brazo para coger el iPhone de la mesita, se levantó y fue hacia la habitación de la niña iluminándose con la linterna. La seta de la habitación de Brisa estaba siempre encendida, pero había olvidado cargarla durante el día y esa noche se había apagado antes. Vio desde la puerta que la niña estaba de pie junto a la cama. No pisaba directamente en el suelo, sino la colchoneta. Diana se acercó a Brisa, que le daba la espalda. Estaba de pie en dirección a la ventana que había frente a la cama. Como hacía poco que se habían mudado, no tenían cortinas. Y la imagen mental de su hija vista desde el piso de enfrente le inquietó tanto como la que tenía delante.

—Cariño, ¿qué pasa? Acuéstate. —Brisa no contestó—. ¿Tienes pipi?

Al intentar cogerla por los hombros para girarla hacia sí, Brisa cayó sobre la colchoneta. Se derrumbó como si se hubiera desactivado, como si la energía que la mantenía rígida se hubiera cortado de golpe. Diana se agachó corriendo a cogerla.

—¿Estás bien, cariño? Te has caído —dijo, arrodillándose a su lado.

Brisa se puso de pie y miró a su madre, pero no parecía entender lo que le decía.

—Brisa, ¿estás bien? ¿Te has hecho pupa? —Diana vio que, aunque tenía los ojos abiertos, estaba dormida. Desconcertada, la ayudó a estirarse en la cama y la tapó con el edredón. Fue entonces cuando Brisa se despertó.

—Tengo sed.

Diana fue a la cocina a por un vaso de agua y, al regresar, la niña se había dormido. Dejó el agua sobre la cajonera, se sentó en el borde de la cama y le puso la mano en la espalda para ver si respiraba bien. Al ver que estaba perfectamente, caminó a su

habitación. Intentó despertar a Carlos para contarle lo que había pasado, para decirle que ahora sí que estaba segurísima de que Brisa era sonámbula, pero no lo consiguió. Volvió a la habitación de su hija. Estaba preocupada por lo que había sucedido y enfadada porque no había habido manera de despertar a Carlos. Envidiaba que pudiera dormir tan profundamente. Sacó del armario uno de los sacos de dormir de las colonias de los niños, se estiró en la colchoneta y alargó el brazo para coger la mano de Brisa, que dormía boca abajo. Diana estaba inquieta y desvelada. Soltó la mano de Brisa y se cubrió los ojos con el antebrazo. Aguantó así unos segundos. La niña se movió y Diana estiró el brazo para calmarla poniéndole a tientas la mano en la espalda. Se le encogió el estómago al no saber qué estaba tocando. Era el calor de Brisa, pero no parecían ni su espalda ni su pecho. Medio a oscuras, con el corazón en la garganta, la miró. Era como si Brisa se hubiera hecho un nudo. De cintura para arriba estaba estirada boca abajo, pero las rodillas y los dedos de los pies apuntaban hacia el techo. Diana se levantó de golpe y corrió a encender la luz de la habitación. Volvió a mirar a Brisa. Estaba en una postura incómoda pero no antinatural, para nada como había creído ver. De pie en la puerta de la habitación, con una mano en la boca y las piernas temblando, dudó qué hacer. Fue al estudio a por los AirPods, se puso un podcast y pasó la noche en vela sentada al lado de Brisa, que no volvió a moverse.

24 de diciembre
Nochebuena

8

Les pasaba igual cada Nochebuena. Se proponían salir de casa con tiempo para coger el metro cuando todavía no fuese muy lleno, pero al final se les echaba la hora encima. Siempre acababan decidiendo a grito pelado si preferían el estrés del transporte público en fiestas o la angustia de viajar en taxi con Brisa, una botella de nitroglicerina, programada para vomitar. Todo eso dando por hecho que lo segundo era una opción, cuando muchas Nochebuenas no habían encontrado taxi ni por teléfono, ni con la aplicación, ni saliendo a la calle. Ese día podrían haber ido Cornellà en metro tranquilamente, pero como Diana había vuelto tarde de hacer las últimas compras navideñas, el tiempo se les había echado encima de nuevo. Así que estaban histéricos, como todos los años, discutiendo cuál era la mejor opción aun sabiendo que acabarían pidiendo un taxi.

—¡No te creo! Gritó Diana desde el cuarto de la lavadora. —¿Ahora qué pasa? —preguntó Carlos en voz baja, casi para sí mismo. Caminó hacia ella y la encontró arrodillada en el suelo con la palangana que usaban para subir a tender.

—Iba a poner una lavadora y mira.

—¿Pero para qué pones una lavadora ahora si nos vamos ya?

—¡Mira!

—¿Qué quieres que mire?

—Mi mano, ¡mira! —Diana sostenía en la palma de la mano un pendiente plateado de aro.

—¿El qué? —Carlos tardó en darse cuenta de lo que le estaba diciendo.

—Otro pendiente.

—¿Como el del otro día?

—Idéntico.

—¿Y estaba en el mismo sitio?

—Sí, en la palangana.

—¿No los habrás arrastrado sin querer de la mesa del terrado? La vecina siempre deja ahí un montón de trastos.

—Qué va.

—¿Le has preguntado a Brisa? A lo mejor se los ha dejado alguna amiguita.

—Pero si tiene cuatro años y no tiene agujeros en las orejas.

—¿Seguro que no son tuyos, Diana?

—Que te juro que no, que estos pendientes no son míos.

—Ay, Diana, yo qué sé. Igual no te acuerdas y son tuyos. No creo que los extraterrestres estén intentando decirnos algo dejándonos pendientes en una palangana.

—¡Reconoce que es raro!

—A ver, sí. Pero debe haber alguna explicación —dijo Carlos.

—¡¿Cuál?! ¡No la hay! O es un fantasma o ha entrado alguien en casa.

—¿Quién va a entrar a dejarte unos pendientes?

Diana dejó la lavadora a medio cargar y salió disparada al baño para acabar de arreglarse. Minutos después, entró en el estudio y, al ver la montaña de bolsas de regalos que tenían que llevarse, reservó un taxi con la aplicación sin avisar a Carlos.

—En cinco minutos está aquí el taxi. ¿Estáis listos?

—¿En cinco minutos? ¿Por qué no nos has dicho que ibas a pedirlo ya? Aún no estamos preparados —contestó Carlos.

—¿Qué más quieres preparar? Llevamos dos horas preparándonos. Parece *El ángel exterminador*, cada vez nos cuesta más salir de casa. Va, poneos los abrigos.

Carlos ayudó con las chaquetas a los niños, que estaban especialmente nerviosos porque esa noche venía Papá Noel. Diana, mientras, se aseguró de que no se olvidaban nada. Comprobó varias veces, hasta que recibió el aviso de llegada del taxi, que la

calefacción estaba quitada, la plancha del pelo no rozaba nada y los botones de la encimera y del horno estaban en la posición correcta.

Hicieron parte del trayecto sorprendentemente tranquilos. Como habían pedido un taxi grande, Carlos viajaba detrás con Tomás a su lado, cada uno sentado en su sitio, y Diana iba en los asientos de delante con Brisa en brazos. Los niños estaban entretenidos con los móviles de sus padres. Solo se escuchaba el sonido de los vídeos que veían —una maraña de voces muy agudas con acento latinoamericano—, y muy de fondo, el disco de Fito & Fitipaldis que tenía puesto el taxista. La niña se enfadó al ver que entraba una llamada en el móvil de su madre. Para no disgustar a Brisa y no acabar con esa extraña paz, Diana alargó el dedo para colgar y dejó que siguiera viendo vídeos. El móvil volvió a sonar y Diana colgó otra vez.

—¿Quién es? —preguntó Carlos desde el asiento de atrás.

—Mi madre. No sé qué querrá ahora.

Entró otra llamada y Brisa estampó el iPhone contra el suelo.

—Brisa, no, el móvil no se tira. —Diana se agachó con la niña en brazos y, como pudo, cogió el móvil y colgó otra vez—. Si lo vuelves a tirar no te lo dejo más, estas cosas valen mucho dinero.

Al segundo, volvió a sonar. Sonó cuatro veces más, y Diana lo colgó las cuatro veces.

—Llámala, es raro que insista tanto. Igual le ha pasado algo —comentó Carlos—. Mira, yo también tengo dos llamadas perdidas de tu madre.

—Le pasa que es pesadísima. Son pesadísimas las dos. Mi hermana y ella. Será alguna tontería. Que se espere, que ya llegamos.

Volvió la tranquilidad. A Diana le inquietó tanta calma y se le puso la piel de gallina. Pero no hizo ningún comentario por miedo a gafar el momento. Carlos inclinó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y desconectó un par de minutos. Despertó con los gritos de Diana.

—¡Nos bajamos aquí! —Estaban solo a unos metros de coger la Ronda de Dalt, a unos siete minutos de casa de Alba.

—En plena Diagonal no puedo parar —contestó el taxista con muy mala leche.

—Pues pare cuando pueda. Pare más adelante. La niña tiene ganas de vomitar.

Carlos se inclinó hacia delante y vio que la niña estaba perfectamente. Miró a Diana sin entender nada. Estaba tan sorprendido que no sabía qué decir.

—¿Y si vomita? —gritó el taxista.

—Pues si vomita, vomita. No se preocupe que llevo una bolsa. No le manchará nada. Pero pare cuando pueda porque está mareada y necesita que le dé el aire —contestó Diana con la voz alta y rota.

—No estoy mareada —dijo Brisa.

—Calla, cariño. —Diana acarició a su hija en una mejilla.

—No está mareada, ¿por qué dices que está mareada? La vas a sugestionar —dijo Carlos en voz baja, intentando no contribuir a la tensión que se empezaba a notar en el taxi.

Tomás seguía absorto en el móvil, no se había dado cuenta de lo que estaba pasando, pero Brisa, sin decir nada, intercalaba miradas a su madre y a su padre intentando descifrar qué sucedía.

—Puedo parar ahí, enfrente de la universidad. En el césped de delante.

—Ahí perfecto —contestó Diana mirando al frente, evitando el contacto visual con Carlos a través del retrovisor.

—Diana, que la niña está bien, que no está mareada. ¿Por qué quieres bajar? Estamos a unos minutos de casa de tu hermana. ¿Te encuentras mal tú? —le dijo cogiéndola del brazo, gesto que ella rechazó con brusquedad.

—Gracias, aquí está perfecto —dijo Diana cuando el coche se detuvo.

—Diana, es Nochebuena, ¿sabes lo que nos va a costar volver a encontrar un taxi? ¿En medio de la Diagonal?

Ella seguía sin mirarlo.

—Todavía es temprano —dijo—, encontraremos otro seguro. ¿Qué le debo?

—No es temprano —respondió Carlos—, son casi las ocho. Esta zona es muy hostil, está muy despejada. Los niños van a coger frío.

—Que no van a coger frío, que es solo un momento. Van súper abrigados.

—Pues que nos espere el taxista.

—No, no, yo no les puedo esperar. Ya estoy de retirada —se apresuró a decir con un tono de voz desagradable.

—¿Qué le debo? Pago con tarjeta.

Mientras Diana echaba el cuerpo hacia delante para pasar la tarjeta por el datáfono, Carlos bajó del taxi. Cogió a Brisa de los brazos de su madre y la puso en el suelo con cuidado. Después desabrochó el cinturón de seguridad de su hijo y lo ayudó a salir. Tomás miró a su alrededor y, al no reconocer el escenario, preguntó sorprendido si ya habían llegado. Intentando ser amable pese al cabreo, Carlos pidió al taxista que abriera el maletero para sacar las bolsas. Este le dijo por señas que se sirviera él solo y, cuando ya estaban todos fuera del taxi, arrancó sin preguntarles si estaban bien.

—Vaya capullo —dijo Carlos muy enfadado—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué manía es esta de bajar de golpe de los medios de transporte? Diana, tía, se te va.

—Estaba manchando el taxi.

—¿Quién? ¿Brisa?

—No.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿De qué?

—De sangre —dijo Diana bajando la voz.

—¿Te ha venido la regla?

—No. No sé qué me pasa. Creo que me sale sangre de la barriga. —Diana lo miró a la cara por primera vez en un rato. Carlos se sorprendió al ver lo tranquila que estaba. Su mirada transmitía serenidad. Era insólito en ella, más aún teniendo en cuenta lo que le estaba diciendo.

—¿Te has hecho daño con algo? ¿Había algo en el taxi? ¿Te has clavado el cinturón? —se preocupó.

—No. Pero me sale sangre. No me duele, pero me sale sangre. Me he desabrochado el pantalón porque me apretaba mucho y me estaba empezando a agobiar, y he notado que tenía la barriga

mojada y caliente. Pensaba que era sudor pero no. —Diana estiró el brazo y le mostró una mano. Tenía los dedos manchados de sangre.

Los niños se habían sentado en el césped de los jardines de la universidad y estaban entretenidos con las bolsas de regalos, intentando adivinar para quién era cada uno. Tomás leía en voz alta, equivocándose todo el rato, los nombres escritos con prisa en las etiquetas de los paquetes. Carlos cogió a Diana con cuidado de un brazo y, sin perder de vista a los niños, la condujo hasta detrás de un coche para ver qué había pasado. Le quitó con cuidado la chaqueta y la puso en el techo del vehículo. Al ayudarle a subirse el jersey, le fallaron las rodillas. Se apoyó en el coche para no caerse.

—Ay, mi madre.

Diana se subió sola el jersey por encima de la cintura y agachó la cabeza para mirarse. Se observó durante unos segundos, completamente serena, y volvió la vista a Carlos, que estaba descompuesto.

—¿Pero cómo te has hecho eso, Diana? —preguntó con una mano en la boca—. Hay que ir corriendo al hospital.

—Es Nochebuena.

—¡Qué más da que sea Nochebuena! —Carlos miró hacia la carretera para ver si venía algún taxi e hizo el gesto de salir corriendo a parar el primero que pasara. Diana le frenó.

—Espera. No me duele.

—¿Pero cómo no te va a doler? ¿Has visto cómo tienes eso? —dijo Carlos mirándole la barriga. Estaba descompuesto, pálido. Lo único que evitaba que se desmayara eran las voces y los movimientos de sus hijos de fondo.

—Que no me duele. Y no hables tan alto, que los vas a asustar.

Diana se soltó el jersey y miró hacia los niños, que habían abierto sin permiso un paquete que no llevaba nombre. Era una batidora para hacer zumos, pero ellos todavía estaban intentando adivinar de qué se trataba. Tomás no despegaba la vista de la caja. Brisa, en cambio, miraba de reojo a sus padres. Diana, que tenía la habilidad de leer todas y cada una de las emociones de sus hijos, le guiñó un ojo para tranquilizarla.

—¡Ahora vamos, Brisa! ¡Que papa me está contando una cosa de mayores!

—¿Pero tenías algo antes? ¿Te habías visto algo estos días? Una herida, un sarpullido... No te puede haber salido algo así de golpe —insistió Carlos.

—Te juro que no, no tenía nada.

—¿Te lo has hecho tú?

—¿Qué me voy a hacer yo? Yo no me he hecho nada. ¿Cómo me voy a hacer algo así?

—Pero es que es muy fuerte.

—Cuando me he vestido para salir, no lo tenía. Pero de verdad que aunque esté feo no me duele.

—¡Es imposible que no te duela! ¿Has visto el daño que llevas ahí? —Carlos empezó a sollozar y llevarse las manos a la cara.

—Tranqui, en serio, que no me duele. —Le retiró las manos de la cara—. Te lo juro. Ven, tápame un momento con el abrigo pero tú no mires. Prométemelo, que si te desmayas, la liamos del todo.

Diana se quitó el jersey a pesar del frío y se subió bien la camiseta térmica que llevaba debajo. Carlos cerró los ojos e intentó controlar la respiración para no marearse. Diana recorrió la herida con las yemas de los dedos. Era un corte abierto, de unos cuatro dedos de ancho y en carne viva, que le rodeaba la cintura como si fuera una correa de pulpa y sangre. Tanto el borde del pantalón como los bajos de la camiseta estaban teñidos, pero la herida no goteaba. Supuraba y estaba a la vez en calma. La zanja que Diana tenía debajo del estómago se alimentaba de sí misma.

9

Uno de los bolsillos traseros del tejano de Diana vibró y se iluminó. Dejó de explorarse y cogió el móvil, sin preocuparle tener la mano manchada de sangre. Respondió, escuchó y no contestó. Volvió a meterse el iPhone en el bolsillo.

—No encuentran a Alba.

—¿Cómo? —contestó Carlos, todavía tapando a Diana con el abrigo abierto.

—Que no encuentran a Alba.

—¿Cómo que no encuentran a Alba?

—Que Alba ha desaparecido.

10

En cuanto el taxi se detuvo, vieron el coche de Juan. Pasaban las nueve de la noche y los alrededores del centro comercial Splau, que ya había echado el cierre, estaban prácticamente despejados. Los coches salían con cuentagotas del parking. Los clientes que habían aparcado en la calle terminaban de cargar sus compras en el maletero. Y a algunos metros, varios empleados del centro comercial hacían cola para coger el autobús. Los que llevaban uniforme seguían llevándolo. No se habían cambiado para llegar antes a casa. Todo el mundo huía de allí rapidísimo para llegar a la cena de Nochebuena, lo que confería a los alrededores industriales del Splau el aspecto de un decorado de cine casi vacío. El coche de Juan, un monovolumen de siete plazas que Alba se había empeñado en comprar «nuevo de trinca» al nacer su tercer hijo, estaba aparcado en el arcén a unos metros, al lado de la explanada de césped que daba acceso a la entrada principal. Tenía todas las puertas abiertas y las luces interiores encendidas. Varias figuritas de distintos tamaños y estaturas se movían alrededor. Parecía un pesebre desordenado y *customizado* por un niño. A Diana le chocó esa imagen incompleta de su familia. Sacó las gafas del bolso y se las puso. Contó, señalando una a una a cada persona con el dedo índice, y eran cinco, no seis. Faltaba Alba. Y, probablemente porque faltaba ella, estaban más separadas de lo normal las unas de las otras. No recordaba haber visto tantos metros de distancia entre los miembros de su familia. Nunca había considerado, como en ese momento, que eran personas autónomas. Incluso el bebé, que hacía la croqueta a

varios metros del resto. Era posiblemente la primera vez que Diana no se sentía frente a una masa uniforme.

Las farolas iluminaban la explanada con intensidad y violencia, lo que permitía ver el cuadro desde lejos con total claridad. Carlos pagó el taxi, habían tenido suerte y un taxista que iba de retirada hacia El Prat les había cogido al ver que iban con los niños. Los pocos coches que había cuando el taxi se detuvo ya no estaban. Y el autobús acababa de irse. Diana hizo una visera con sus propias manos, todavía manchadas de sangre, para concentrarse en esa imagen, para que nada la distrajera y no perderse ni un detalle. Pensó que era una visión hermosa. El césped estaba extraordinariamente verde, casi fosforito, algo muy extraño para esa altura del año. Lo normal hubiera sido que estuviera seco, o que solo hubiera tierra y hierbajos. Las farolas proyectaban una luz irreal y, de vez en cuando, unos surtidores de agua se activaban alternativamente y deformaban con timidez, como si fueran pequeños tornados, distintos puntos de la imagen. También era raro que el sistema de riego estuviera activado en diciembre. La forma en la que su familia estaba repartida en el plano que cerraba con sus propias manos parecía estudiada y preparada. Parecía que un artista con sentido de la proporción y buen gusto había dispuesto y coreografiado la escena.

Carlos caminó a su lado con Brisa en brazos y Tomás de la mano. Estaba muy ansioso. Todavía no entendía por qué le había hecho caso a Diana y, en vez de obligarla a ir al hospital, habían acabado allí. Era incapaz de comprender qué hacía en Nochebuena en el Splau con su mujer partida por la mitad.

—¿Te duele?

—No. Cero.

—Déjame verte.

—Que no.

—¿Seguro que no te duele?

—En serio. No me preguntes más.

—¿Qué te duele, mama? —preguntó Brisa.

—Nada, cariño, antes me dolía un poco la barriga pero ya se me ha pasado.

Pese a su nerviosismo, Carlos también se quedó embobado con la inesperada estampa bucólica que tenía delante. Pero el asombro le duró menos, apenas unos segundos. La imagen era impresionante, pero le desconcertaba la tranquilidad que mostraban todos los que aparecían en ella.

—Habrá aparecido porque no se les ve muy nerviosos, ¿no? —dijo Carlos.

—Supongo que sí. Pero no la veo por ningún sitio. —Diana volvió a contar las siluetas con el dedo.

—No, no está —confirmó él.

—Ya.

—A lo mejor está en el coche.

—Puede ser, pero no parece.

Carlos dejó a Brisa en el suelo y fueron los cuatro de la mano hacia la explanada. Los niños corrieron con sus primos, que nada más verlos fueron hacia ellos. Diana y Carlos caminaron hacia donde estaba Juan, que fumaba nervioso apoyado en el coche. Carmen estaba estirada en el césped, a unos metros de distancia.

—Déjame ver la herida —dijo Carlos intentando subirle el jersey a Diana.

—¡Para! Que estoy bien, en serio. —Le dio un manotazo.

—Déjame verte, que ahora no nos miran los niños.

—Que pares —le ordenó Diana.

Al acercarse a Juan, vieron que estaba descompuesto, fuera de sí. No estaban habituados a verlo así. Juan era motivo de broma en el mejor de los casos, y de irritación, de manía, en el peor porque siempre estaba tranquilo y parecía tenerlo todo bajo control.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Diana.

—Pues que no da señales de vida —contestó Juan.

—¿No te coge el móvil?

—No lo lleva. Es que ha sido visto y no visto. Nos hemos separado dentro y yo pensaba que estaba con tu madre y tu madre pensaba que estaba conmigo.

—¿Pero hace mucho rato?

—Qué va. Hará tres cuartos de hora. Como avisaban por megafonía de que estaban a punto de cerrar, nos hemos dividido

porque tu hermana tenía que acabar de comprar unos regalos y no quería que los vieran los niños. Estoy convencido de que ha vuelto a ir al MediaMarkt a preguntar por los mandos de la Switch. Yo he ido tirando con Brigitte y Juanito para cargar el coche.

—Qué pesada con los mandos. ¿No os dijeron ayer que estaban agotados?

—Sí, pero nos dijeron que, aunque era poco probable, igual llegaba alguna partida a última hora. Ya la conoces. Es muy cabezona. Si no lo comprueba, revienta.

—Joder, es insoportable.

—Yo qué sé. Hemos quedado en encontrarnos aquí fuera, en el coche. Y ha aparecido tu madre sola con el bebé en el carrito.

—¿Y por qué no lleva el móvil?

—Porque lo tengo yo.

—Joder, Juan, qué manía tenéis de prestaros los móviles. Es rarísimo. Los móviles son muy personales.

—Me lo había dado hacía un momento para que llamara a mi padre porque yo estaba sin batería.

—Entonces, solo hace media hora que no sabéis dónde está, ¿no? —intervino Carlos—. El Splau hace media hora que ha cerrado, ¿no? ¿No cierra a las ocho y media?

—Sí, pero hace casi una hora que no sabemos nada de ella.

—Ya, pero hasta que han cerrado el centro estaría comprando. No podéis dar por desaparecida a una persona adulta porque haga media hora que no sabéis dónde está.

—¿Y mi madre qué dice? —preguntó Diana ignorando el comentario de su novio.

Juan, que en todo ese rato había evitado el contacto visual, alzó los ojos hacia Diana y su cuñado. Estaba exhausto.

—Ahora está tranquila. Demasiado tranquila, de hecho. Pero ha pasado una cosa increíble. Aún estoy flipando. Si os soy sincero, estoy más preocupado por tu madre que por tu hermana, la verdad.

—¿Por? —Diana miró hacia su madre. Le pareció muy curioso y entrañable que hubiera replicado en el césped del Splau su postura habitual en casa, solo le faltaba la tele gigante delante. Estaba estirada con las piernas cruzadas y tapada con su propio anorak

como si fuera una manta. Se había recostado en unas bolsas de la compra y tenía un brazo en la nuca a modo de almohada. Con la otra mano jugaba al Candy Crush. Como siempre, la delataba el sonido de tragaperras, que al chocar contra el silencio de la noche resultaba aún más metálico e irreal.

—Pues está muy tranquila, ¿no? —dijo Carlos.

—Venid —le indicó Juan.

Carlos y Diana siguieron a Juan, que les pidió con gestos que miraran bien el coche. Inmediatamente vieron que estaba manchado de sangre. La huella de una mano con los dedos abiertos lo recorría de forma intermitente desde una de las puertas laterales hasta el maletero. La marca se veía perfectamente. En el suelo, mal escondida debajo del vehículo, asomaba una especie de sábana también empapada de sangre. Carlos intentó sacarla con un pie, pero Juan intervino y se lo impidió.

—Déjala ahí, que no la vean los niños. Luego vemos lo que hacemos con eso. Ha sido muy fuerte. No os lo vais a creer. Cuando ha llegado Carmen y ha visto que Alba no estaba conmigo se ha quedado blanca, como si intuyera que había pasado algo muy malo. Cuando se ha dado cuenta de que no había manera de contactar con ella, se ha agobiado muchísimo. Tendríais que haberla visto cuando la ha llamado y ha sonado su móvil en mi bolsillo. Casi le da algo. Ha empezado a sudar y a caminar de un lado a otro, como si le faltara algo. He intentado tranquilizarla diciéndole que seguro que había ido al lavabo y salía ahora, o que se habría encontrado con alguien. Pero no había manera de hacerla entrar en razón, ni de que me explicara por qué estaba tan nerviosa. Te ha llamado un montón de veces y, como no contestabas, se ha angustiado todavía más.

—Íbamos en el taxi con los niños y no podía cogerlo —contestó Diana.

—Os juro que nunca la había visto tan ansiosa y angustiada. ¡Quería que llamara a la urbana! Le he dicho que era una locura, que esperara un poco porque solo hacía unos minutos que no sabíamos nada de ella. Entonces, no sé por qué, se ha tranquilizado de golpe. Ha sido visto y no visto. He flipado. Ha sido rarísimo, parecía que le habían inyectado morfina. Le ha cambiado la cara y

me ha abrazado, pero no con cariño, sino como si necesitara apoyarse en algo. Entonces he notado calor en un pie. Pensaba que se había hecho pis de los nervios, pero al mirar al suelo he visto que era sangre. Pero mucha sangre. A chorros. —Juan buscó con el pie la luz de la farola para que Carlos y Diana vieran la mancha de su zapatilla—. Os juro que se estaba desangrando encima de mí. Le he pedido a Juanito que vigilara a los pequeños porque tenía que decirle una cosa importante a la abuela y me la he llevado detrás del coche para que no la vieran así. La he sentado como he podido en el maletero y, al abrirle el abrigo y subirle el jersey para ver qué le pasaba, casi me desmayo. Tenía la barriga destrozada, tenía una herida terrible. Ahí solo había jirones de carne y coágulos de sangre. Como si la hubieran atacado con una batidora, como si hubieran intentado separarla en dos partes.

Sin decir nada, Diana puso rumbo hacia donde estaba su madre. Caminaba despacio, estaba tranquila.

—¿Le cuento eso y ni se inmuta? ¿No me pregunta nada más? De verdad que flipo muchísimo con ellas.

—Déjala. Está preocupada. También llevamos una tarde complicada —dijo Carlos.

—Ya, pero es que es muy fuerte. Joder, nunca pensé que vería algo así. La he limpiado como he podido y he intentado hacer presión sobre la herida con una manta que tenía ahí atrás. Eso es lo que hay debajo del coche. Pero lo más fuerte es que decía que no le dolía, que estaba bien, y ha empezado a darme manotazos para que la dejara en paz. No ha habido manera de convencerla de ir al hospital, ni de acercarla al ambulatorio de aquí al lado. Ni siquiera he conseguido retenerla en el coche para que no cogiera frío. Se ha puesto el abrigo y se ha ido.

Juan, sin fuerzas, apoyó la espalda en un lateral del coche y se deslizó hasta sentarse en el suelo.

—Mírala, ahí está. Lleva desde entonces tan pancha, tirada en el suelo jugando al Candy Crush. No le debe doler mucho porque le da todo igual. Tampoco ha vuelto a preguntar por Alba. ¿Tú la habías visto alguna vez así?

—Así, ¿cómo?

—Así de relajada.

—No —contestó mirando a su cuñado desde arriba—. Tampoco la había visto nunca sin Alba al lado.

—Cada vez que se le acerca alguno de los niños le pega un bufido para que la deje en paz. Los tiene acojonados a los pobres.

—Por eso no te preocupes. Están acostumbrados a los gritos. —Eso es verdad. ¿Por qué gritan tanto? —Juan sonrió sutilmente mientras se encendía un cigarro. Conocía a su cuñado desde hacía diez años, pero era la primera vez que le escuchaba un comentario directo sobre ellas.

—¿Siempre han sido así? —le preguntó Carlos—. Tú las conoces desde hace mucho más que yo.

—Sí. Siempre. Es de locos. Ahora, también es de locos que no os haya sorprendido mucho lo que os he contado. A ti tampoco. Joder, ¿qué os pasa? Estáis fatal. Pensaba que tú eras más normal, pero estáis todos zumbados.

Carlos buscó a Diana con la mirada y la vio estirada al lado de su madre, las dos en la misma posición. Hablaban. Le sorprendió la intimidad de la imagen y la paz que transmitía dadas las circunstancias. No recordaba haberlas visto así nunca.

Madre e hija hablaban a diario, casi siempre un par de veces, muchas por videollamada. Pero en realidad no se decían nada. Con Diana y su hermana sucedía lo mismo. Las tres intercambiaban resúmenes telefónicos de lo que habían hecho cada día, poniendo el foco en los percances y en la dificultad para llegar a todo. A veces cotilleaban sobre otros y siempre, absolutamente siempre, se exigían cosas: vente al festival de gimnasia de Brigitte, el domingo comes aquí y le coges el bajo a los pantalones de Tomás, mírame en internet cuánto cuesta el AVE barato a Madrid. Pero nunca hablaban de cosas importantes. Diana jamás quedaba con su madre o con su hermana para tomar un café, comer o pasear sin más objetivo que pasar un rato juntas. Nunca se citaban para compartir lo que realmente les pasaba o les preocupaba. Carlos no lo entendía, no le entraba en la cabeza que no hicieran algo tan normal como eso. Le parecía rarísimo que estuvieran tan unidas y fueran tan dependientes, pero en realidad no supieran mucho las unas de las

otras. Lo que sabían era por suposición o intuición, no porque lo hubieran compartido.

Diana sostenía que no siempre había sido así, que cuando las dos vivían aún en casa de sus padres se lo contaban todo. Y que antes de que Alba y ella tuvieran hijos, quedaban mucho las tres para ponerse al día. Pero, en realidad, tenía que retroceder todavía más en el tiempo para llegar a un momento de verdadera intimidad. En ningún recuerdo reciente aparecían las tres juntas sin que hubiera nadie más, sin una misión que llevar a cabo o sin que una estuviera más por obligación que por ganas. Diana no recordaba la última vez que había hecho planes con su hermana, solo con ella, no en familia. Y no lo recordaba porque, de adultas, nunca habían hecho planes juntas las dos solas. Diana no había quedado con Alba porque Alba no se movía a ningún sitio sin compañía. Últimamente había intentado visualizar a su hermana sola saliendo del metro, sentada en una cafetería o haciendo cola en los probadores de una tienda, pero no lo conseguía. En vez de la cara de Alba le venía a la cabeza la de alguna actriz o alguna conocida de la edad aproximada de su hermana que le llamara la atención.

Con su madre era más complejo. Hasta que nació Tomás, Carmen había tenido debilidad por Diana. Proyectaba en ella sus fantasías. Diana iba por libre, como a Carmen le habría gustado, aunque nunca se atrevió ni a pensarlo. Para Carmen, su hija se dedicaba al cine, un mundo que tenía absurdamente idealizado. Por eso siempre la había animado a salir, a viajar, a ir perfecta a todas partes. Su hija había sido independiente económicamente desde muy joven, pero Carmen corrió con varios gastos que consideraba básicos para crecer profesionalmente: billetes de avión y habitaciones de hotel para cubrir festivales, o ropa y zapatos adecuados para asistir a un estreno, a una gala... Extras que ninguna periodista cultural podía permitirse y que Carmen financió con orgullo. Pero el hechizo se rompió cuando Diana fue madre por primera vez y se convirtió en calabaza. Para Carmen ya no era especial, ahora era otra madre. Como ella y como todas las demás. Ya no tenía sentido que saliera, que viajara, que fuera perfecta a los sitios, ni siquiera que creciera a nivel profesional. Sus prioridades, para ella, habían pasado a ser

otras. Carmen dejó de golpe de idealizar a su hija para pasar a verla como a una igual. Esa fue la verdadera razón del distanciamiento entre ambas. Más aún que su decisión de irse del barrio y montarse una vida distinta. Carmen se había pasado años animándola a crecer, a huir, para luego desear que se quedara quieta a su lado. Ese era el motivo de que la reprendiera tan a menudo y por las cosas más simples. ¿Cómo se había atrevido Diana a comprometer su fantasía?

—¿Se habrá quedado encerrada en el Splau? —preguntó Carmen.

—No creo. Se habrá entretenido con algo al salir y estará viniendo. —Diana miró bien a su madre y vio que tenía el anorak manchado de sangre. Se inclinó para mirar mejor y, sin que Carmen opusiera resistencia, le retiró el abrigo y le subió el jersey. Una herida como la suya, oscura y todavía fresca, le cruzaba el estómago. No dijo nada y volvió a taparla. Achuchó el bolso que se había puesto de almohada para estar más cómoda y se estiró otra vez.

—Ya, pero ¿y si se ha quedado dentro? Es muy cagona. Igual habría que avisar a la urbana —contestó Carmen colocándose bien el abrigo.

—Vamos a esperar diez minutos, que acaban de echar el cierre. ¿Cómo vamos a llamar a emergencias tan rápido? ¿Qué les decimos?

Juan se acercó a ellas.

—Voy a dar una vuelta a ver si veo a Alba. Yo creo que no hay más puertas de salida, pero voy a mirar por si al ser fiestas, han abierto alguna más por detrás para que el centro se vacíe más rápido. Está Carlos con los niños, pero echadles un vistazo igualmente.

Diana y Carmen asintieron sin decir nada, y Juan vio claro que ninguna de las dos tenía intención de estar pendiente de los críos, que seguían correteando por el césped.

—No sé. Si se ha quedado encerrada le va a dar un ataque de ansiedad ahí dentro sola y a oscuras —insistió Carmen. El contraste entre su tranquilidad y la gravedad de lo que presuponía tenía un efecto cómico.

—No, piensa que el Splau está al descubierto, es como una ciudad. Debe entrar toda la claridad de la calle. Mira cuánta luz hay

aquí. Pero, vamos, que es imposible que se haya quedado encerrada. Se habrá encontrado con alguna vecina, y ahora vendrá.

—Pues seguro —hizo una pausa—. Pero tampoco es imposible que se haya quedado encerrada.

—No, imposible no es. Pero es poco probable. Tienes que ser muy tonta para quedarte encerrada en un centro comercial, encima un día que hay tanta gente.

—¿Y si se ha mareado?

—No creo. Nunca se marea.

—¿Cómo que nunca se marea? —respondió Carmen.

—¿Se marea?

—Un montón.

—Ay, no sé, mama, la habría visto alguien y le habría ayudado.

—Pero es un día que la gente va loca perdida, con muchas prisas.

—Ya, mama, pero por mucha prisa que tengas, no ves a una persona mareada y te vas.

—Uy, no sabes tú cómo es la gente.

—Ay, mama, que no. No sé por qué sois tan desconfiadas. Si no aparece en cinco minutos, vemos qué hacemos. Pero no voy a llamar a la urbana, se van a reír de nosotras.

—Es la primera vez en años que se queda sola —dijo Carmen después de una larga pausa.

Diana se incorporó y miró fijamente a su madre, asombrada. Volvió a estirarse con una sonrisa de satisfacción en la boca.

—Menos mal. Por fin lo dices.

—¿El qué?

—Que Alba no se queda nunca sola.

—Lo he dicho mil veces.

—Venga va, mama. —Diana se giró hacia su madre con los ojos como platos. Carmen sonrió sin mirarla.

—Pues, como no se haya encontrado con alguien, sola está.

—¿Pero cuándo te has separado de ella? ¿Qué os ha pasado para liaros tanto?

—Yo qué sé, no me acuerdo. Había muchísima gente. Yo creo que se me está empezando a ir la cabeza.

—¡Qué se te va a estar yendo la cabeza! Lo que pasa es que estás agotada, no sé cómo aguantas. No es normal que sigáis de compras el mismo día de Nochebuena a última hora.

—Ya la conoces.

—Mama —Diana hizo una pausa—, ¿sabes cuándo fue la última vez que mi hermana estuvo sola? Sola de verdad, quiero decir, sin ninguno de nosotros pegado a ella.

—No.

—Pues yo sí.

—¿Cuándo?

—Cuando íbamos al camping.

—Anda, mujer, de eso hace más de quince años.

—¿Qué? ¿Más de quince? Mama, hace casi treinta.

—¿Tanto? Uy, pues imagina si hace tiempo.

—Ya, pero ella sigue allí, no lo ha superado. Para ella, lo más cercano a la felicidad fueron los veranos en el camping.

—Sí, claro, más que tener a sus hijos. Anda, no digas tonterías, Diana.

—Es distinto, mama. Ella en el camping era feliz. Y, como era feliz, pues iba a su bola y no nos necesitaba para nada.

—Bueno, se lo pasaba bien allí. No como tú, que había que llevarte a rastras.

—Calla. Vaya infierno.

—No sé por qué no te adaptaste.

—Pues porque cuando empezamos a ir al camping yo ya era adolescente y era obesa. Allí todos se conocían desde niños y yo era la gorda que acababa de llegar.

—Anda ya. No sé por qué has tenido siempre tantos complejos. ¿Por qué te quieres tan poco?

—Mama, era gorda. Reconócelo.

—No eras gorda. Eras rancia, como ahora.

—Yo no soy rancia —dijo Diana.

—A ver, muy simpática no eres. No eres simpática como yo.

—¡Sí que soy simpática! ¿Por qué siempre decís que soy rancia? Se lo ha acabado creyendo toda la familia y no es verdad.

—Porque lo eres, hija. Rancia, y pija.

—Pues no. Pregúntale a mis amigos. Soy súper graciosa.

—Sí. Me parto contigo.

—¡Mama! Pero no me cambies de tema. En serio, ¿cómo puede ser que siga pensando que el Filipinas era el sitio más increíble del mundo? No es normal que recuerde los veranos en el camping como la cumbre de su vida. Yo creo que sigue allí.

—Se te va la olla.

—No. ¿Y sabes por qué sigue pensando eso? Porque nunca se lo pasa bien.

—Pero si tu hermana no para de hacer planes, está todo el día para arriba y para abajo. Hace muchas más cosas que tú.

—¡Pero siempre en familia! ¡O con los vecinos! ¿La has visto alguna vez salir con sus amigas? ¿Irse a cenar con Juan? ¿Hacer algo juntos en plan novios? Jamás.

—Sí, claro. Y me quedo yo con los niños, ¿no? Solo me faltaba eso.

—No, puede llamar a una canguro.

—A tu hermana no le gustan las canguros.

—Claro, porque te tiene a ti. Mi hermana no sabe lo que es pasárselo bien desde el Filipinas. Por eso todavía se acuerda del camping como si fuera ayer.

—No seas exagerada, anda. Yo no la he oído hablar nunca del camping.

—¡Anda que no! Y, si te fijas, su terraza es un poco la réplica del módulo del camping. Todo apretado y lleno de cosas. ¡Tiene hasta una nevera de playa! ¡Y una tumbona y una sombrilla abierta! ¿Para qué quiere una sombrilla si ya hay toldo?

—Anda, anda, no digas tonterías.

—¡En serio!

—Diana, por favor, que cuando íbamos al camping tu hermana era una niña. Me estás hablando del Pleistoceno.

—¿De dónde has sacado tú esa palabra? —rio Diana—. ¿De Pasapalabra?

—Pues muy buen programa —Carmen suspiró sonoramente.

Era verdad. La terraza de Alba era una réplica del módulo que tenían en el camping Filipinas. Con la misma forma rectangular y

unas dimensiones parecidas. Alba era incapaz de deshacerse de las cosas y tenía tendencia a acumular. Diana, consciente del amago de Diógenes que caracterizaba a todo un linaje de mujeres de su familia —incluidas su madre y su abuela—, se había ido al extremo opuesto. Tenía una obsesión patológica por el orden, y se deshacía de todo lo que percibía inútil o viejo. Cada vez que tenía la tentación de conservar algo innecesario, recordaba el rechazo que le provocaba de niña el cajón de los cubiertos de su casa, en el que convivían sin orden ni concierto tenedores, cuchillos, gomas elásticas, viejos juegos de llaves y paquetes de pilas. O el caos de la mesa del salón, a la que nunca quitaban el hule y sobre la que siempre había un millón de cosas. A la hora de comer y de cenar, su madre arrinconaba bruscamente a un lado con un brazo los objetos que había encima para hacer espacio y poner los platos y los cubiertos. Diana se esforzaba para no mirar de reojo, mientras comía, el cenicero lleno de colillas, la caja de los hilos, el mando de la tele o los lápices de colores. Alba, en cambio, no había logrado escapar a esa tradición familiar, y la prueba más clara era la terraza.

Como decía Diana, era una miniatura del Filipinas, no solo del módulo, sino del camping en sí. En ella había un sofá de dos plazas, dos sombrillas de playa, una piscina desmontable que siempre estaba montada, dos tendederos, las bicicletas, los patinetes y los patines de los niños, el *hula hoop* de Brigitte, dos neveras de playa, una tumbona de rayas, el frigorífico que tenían antes reciclado en despensa, y montones de objetos amontonados en los huecos: cubos, escobas, toallas y juguetes viejos. Si el camping Filipinas estaba al lado de la autovía de Castelldefels, la terraza de Alba tenía las vistas a la Ronda de Dalt. Ambos universos se desplegaban al lado de carreteras inmensas y grises que nunca estaban vacías.

Cada noche, después de cenar, Alba salía a su terraza. Aunque retiraba la cortina para ver a Juan y a los niños desde fuera, esa parte del día era lo más parecido a su momento de desconexión. No hacía nada, solo estar allí. A veces sentía el deseo de fumar, vicio que heredó demasiado pronto de su padre y que soltó en la adolescencia. Pero ni lo contaba ni lo aceptaba. Simplemente se apoyaba en la baranda metálica y miraba el paisaje mientras se

mordía las uñas, girándose de vez en cuando para comprobar que su familia seguía ahí. Frente a ella, al fondo, los edificios espantosos de la Ciudad de la Justicia. Más cerca, a la izquierda, el campo de fútbol en el que entrenaba su hijo mayor, súper iluminado, un rectángulo verde fosforito en medio de la oscuridad. Y la Ronda de Dalt, los coches, las luces, las vallas publicitarias. Hacía tiempo que no cambiaban los anuncios de esas vallas. Uno era de McDonald's, del McAuto de la Carretera de l'Hospitalet, y el otro, de una marca de juguetes eróticos. Días antes de que se la comiera el Splau, Alba salió como cada noche a la terraza. Recorrió con la mirada el paisaje de siempre pero, por alguna razón, se detuvo un buen rato en el letrero del McDonald's. Lo miró fijamente y vio cómo se transformaba en un letrero blanco, con las letras rojas y la cara sonriente de una niña asiática con un sombrero cónico y una trenza larga. La eme amarilla y el fondo rojo de la franquicia de comida rápida se volvieron líquidos y resbalaron hacia abajo, dejando a la vista el letrero del Filipinas. Alba cerró los ojos y, al volver a abrirlos, el letrero del camping seguía allí. Entró en casa y echó las cortinas.

—¿Te acuerdas de lo pesada que era tu hermana con Camela? Todo el día los tenía puestos en el camping —apuntó Carmen.

—Ya. ¿Los sigue escuchando?

—Qué va. No escucha música, solo la que ponen los niños en YouTube.

—Mama, Alba nunca ha sido tan independiente como entonces. No necesitaba de nadie. ¡Hasta se iba con una amiga los fines de semana que nos quedábamos en Barcelona! La niña aquella de las orejas de soplillo, la de la caravana de la parcela de al lado.

—Qué faltona eres. Pues nos la encontramos un día en el Alcampo con su marido y los niños y está monísima. ¿Seguirán en la Autovía de Castelldefels los letreros de los campings? Eran bonitos.

—Sí, eran chulísimos. Pero ni idea, hace años que no paso por allí. Supongo que los habrán respetado, ¿no? Esos letreros deben tener su valor histórico, ¿no? El de La Ballena Alegre me encantaba.

—Ese camping también lo cerraron.

—¿Cerraron todos los campings de la autovía?

—Hace muchísimo. Los cerraron todos más o menos a la vez. Bueno, creo que quedó uno, pero no sé si aún estará abierto. Menudo drama para los que tenían las parcelas que parecían mansiones.

—Qué pena. ¿Dónde irían todos esos niños?

—¿Qué niños? —preguntó Carmen.

—Pues los del camping.

—Yo qué sé. A otros campings.

—¿Tú crees? Igual no, eh. No creo que fuera tan fácil llevarse un módulo a otro sitio. Una caravana quizá, ¿pero un módulo?

—Ya. No sé si se podrá hacer eso. Y si se puede, debe de ser carísimo.

—Además, la mayoría de las familias que veraneaban en ese camping era porque estaba al lado de Barcelona y los padres podían ir a trabajar cada día. —Diana hizo una pausa y volvió a mirar a su madre—. Ahora en serio, mama. ¿Cuándo has vuelto a ver a Alba dormir sola fuera de casa? Jamás. Yo diría que no ha pasado en su vida una noche sola en un hotel, ni siquiera en casa de una amiga.

—Porque no le ha hecho falta.

—Que no, mama. En el camping estaba feliz y no le daba miedo nada. Y la verdad es que no lo entiendo porque ese sitio era terrorífico.

—Uy, sí... Menudo miedo daba... Estás como una regadera.

—¡Te lo juro!

—Anda ya.

—¡Daba miedo! ¿Te acuerdas del matrimonio aquel que robaba aceite y luego lo vendía en el camping?

—Robaban aceite y todo lo que pillaban porque el hermano de él era transportista. Tenían la caravana muy cerca de la nuestra.

—Esos. Pues ella hacía cosas rarísimas.

—Pobre mujer, si el marido la tenía martirizada. Ese hombre tenía muy mala leche. Menos mal que se murió y la dejó tranquila.

—¿Se murió?

—Sí, poco después de las últimas vacaciones que estuvimos allí. Se mató en un accidente de trabajo. Se cayó de un andamio. Cuando pasó aquello tus tíos vivían cerca de ellos.

—¿En serio?

Carmen asintió.

—Pues igual fue culpa de su mujer. Bueno, culpa..., que igual tuvo algo que ver, vamos.

—Ay, calla, pobre mujer.

—Esa mujer hacía un bingo en su caravana los viernes. ¿Te acuerdas? Un bingo para mujeres.

—Sí. La Mari iba.

—¿Y tú por qué no ibas nunca? ¿No te invitaban?

—Sí, pero a tu padre no le hacía gracia que fuera.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Pero por qué?

—Ay, yo qué sé. Ya sabes cómo era el papa.

—Joder con el papa. Por cierto, anoche estuvo en mi casa.

—¿Quién?

—El papa —respondió Diana.

—Anda, que estás loca perdida.

—De verdad. Me levanté para ir al lavabo y me di cuenta de que había estado allí.

—¿Por qué? —preguntó Carmen.

—Porque el baño olía como cuando él entraba, a tabaco.

—Mira que fumaba ahí dentro. Daba igual si iba a ducharse o a cagar, después siempre olía a tabaco.

—Pues eso. Nosotros no fumamos, de algún sitio tenía que venir ese olor.

—Igual era algún vecino.

—¿A las cuatro de la madrugada? Imposible. No tenemos ningún vecino que esté despierto a esas horas. Era el papa. No es la primera vez que viene, eh. Y siempre en fechas señaladas. La noche antes de que me hicieran la infiltración de la hernia también vino.

—¿Y lo has llegado a ver alguna vez? ¿O te ha dicho algo?

—No, solo sé que está ahí, o que ha estado ahí.

—Pues vaya.

Diana pensó que Carmen querría saber más. Pero, al ver que no le insistía y seguía tranquila mirando las estrellas, siguió.

—Bueno, te cuento lo de la caravana. Todavía estoy traumatizada con eso.

—¿Con qué?

—Con lo de la caravana de la que hacía el bingo. Qué miedo pasé.

—¿Qué te paso, que ahora no me acuerdo?

—No te acuerdas porque no te lo conté.

—Pues es raro que no me contaras algo que te diera miedo, con lo cagona que eres.

Diana odiaba pasar por delante de esa caravana las tardes que había bingo. No le quedaba más remedio porque quedaba de camino a los baños comunitarios, no había otra ruta posible. Y la hora del bingo siempre coincidía con la de la ducha después de un día de playa y piscina. Sabía, además, que era exactamente la hora del bingo porque cuando pasaba, las cortinas estaban echadas, las puertas y las ventanas cerradas, y se escuchaba a una mujer cantar los números. También porque había un folio pegado con celo en la entrada:

SILENCIO. NO MOLESTAR. SE HACE EL BINGO.

Siempre era los viernes por la tarde a las ocho. El evento estaba estratégicamente programado ese día de la semana y a esa hora porque los viernes, los maridos *plegaban* antes de trabajar y, después de la siesta, en cuanto se iba el sol, se instalaban en el bar del camping hasta que cerraban, o hasta que los echaban. Las mujeres duchaban a los niños a primera hora de la tarde, les hacían un bocadillo y los mandaban a la zona de recreativos, donde corrían y jugaban hasta que empezaba la discomóvil.

Estirada en la tumbona de la parcela mientras fingía hacer crucigramas, Diana había estudiado varios viernes la hora a la que los campistas de las caravanas de alrededor iban a ducharse. Su plan era salir a la vez que ellos y no pasar sola por delante del bingo. Cuando veía que los vecinos más o menos de su edad, con los que no se relacionaba, se echaban la toalla al hombro y cogían el neceser, agarraba sus cosas y salía corriendo para unirse a la

procesiòn hacia las duchas. Nadie parecía darle importancia al bingo. Los chavales pasaban por delante confiados, bromeando. Las chicas, conscientes de su atractivo, fingían ir a su rollo e ignorar a los chicos. Ellos se pavoneaban y hacían bromas malísimas para llamar su atenciòn. Diana, invisible para unas y para otros —algo que agradecía profundamente—, caminaba unos metros detrás de ellos mirando al suelo. Cuando pasaba por la caravana, siempre notaba algo raro. Si conseguía no mirar, solo notaba una sensaciòn desagradable. Pero las veces que le podía la curiosidad y miraba de reojo, su cuerpo reaccionaba de maneras insòlitas. Lo más común era que le pitaran los oídos, algo que atribuía a los nervios porque también le pasaba cuando tenía un examen, o cuando entraba sola a una tienda o a un bar. Pero también había sentido cosas más extravagantes y difíciles de explicar. Una vez que iba más rezagada del grupo de lo normal, al dejar atrás la caravana sintiò un peso en la espalda, calor en la nuca y dolor en los tobillos, como si alguien se le hubiera subido a caballito y le hubiera obligado a caminar más rápido. Desde entonces, cuando pasaba por la caravana del bingo, solo miraba al frente. Excepto el día que no supo contar lo que había visto.

Sin saber muy bien por qué, Diana había pensado mucho en ese día los últimos años. Hasta entonces, lo que le sucediò había permanecido en su cabeza como un recuerdo borroso, como la memoria de algo que no supo interpretar cuando pasò, ni entender con la distancia, pero que, por alguna razòn, seguía incomodándole. Pero, de un tiempo a esta parte, volvía a menudo a esa viñeta del pasado. Aquella tarde, hizo sola el trayecto a las duchas. Se acercaba el final de las vacaciones y, aunque ni ella ni su hermana lo sabían, ese iba a ser su último año en el Filipinas. Como era la despedida del verano, ese viernes se celebraba la final de la liga de fútbol juvenil del camping: los chicos jugaban y las chicas miraban desde las gradas. La zona de los mòdulos y de las caravanas estaba despejada. Era inquietante escuchar el silencio en un lugar en el que siempre se superponían el sonido de los cacharros de cocina, los hits de radiofòrmula, las discusiones familiares y los gritos infantiles. Carmen había bajado ese día a Barcelona a arreglar unos papeles,

que es lo que hacían las mujeres del camping cuando necesitaban escaparse unas horas. Y Alba, que entonces tenía 12 años, solo pasaba por la parcela para comer, para merendar o si llovía mucho. Diana estaba sola y nadie podía acompañarla. Se planteó saltarse la ducha, pero le había venido la regla y estaba incómoda. Pensó que, de todos modos, se encontraría a alguien en el camino hacia los baños. El camping era muy grande, no iba a tener tan mala suerte. Cogió una toalla, el neceser, unas bragas del tendedero de la parcela y salió hacia allí. Hizo la mitad del trayecto a solas, deseando cruzarse en algún momento con alguna mamá con sus hijos, o con algún padre que hubiera salido más tarde del trabajo. Pero nada. Se escuchaba trastear en algún módulo, pero nadie salía al camino en dirección a las duchas. A punto de llegar a la caravana del bingo frenó en seco. Eran pasadas las ocho, por lo que daba por supuesto que el bingo ya había empezado.

—No estaban dentro. Estaban en el jardín de la parcela —dijo Diana.

—¿Estaba la Mari? —preguntó Carmen, como si eso hubiera sucedido antes de ayer.

—No. Estaban aquellas dos hermanas que eran del barrio. Las que vestían igual y tenían las caravanas idénticas al lado de nuestro módulo.

—Ah, ya. Una de esas también se quedó viuda al poco tiempo de irnos del camping.

—¡No! ¡Júramelo, mama! —Diana se incorporó de golpe y se sentó con las piernas cruzadas frente a su madre. Al hacerlo, notó un latigazo en la barriga e hizo una pequeña mueca de dolor.

—Te lo juro. También se cayó de un andamio. Ninguna pena, eh. Otro gilipollas. Una vez la vi con un ojo morado y me dijo que se le había caído un bote de garbanzos en el súper, no se lo creía ni ella.

—¿También se cayó de un andamio? ¿Me lo dices en serio?

—Sí, sí, que te lo juro. También se cayó de un andamio.

—Flipo mucho.

—Fue muy seguido del Manolo. Pero antes era muy normal que los hombres se cayeran de los andamios.

—¡Mama!

—De verdad, era un tipo de muerte muy normal.

—¿Pero cómo iba a ser normal eso? —preguntó Diana.

—Que sí, que era normal. No había tanta seguridad en las obras como ahora. Solo del camping se mataron varios así. Si no el mismo año, por ahí andaría —aseguró Carmen.

—Pero, mama, desarrolla eso, por Dios. —Diana no daba crédito.

—Ay, chica, qué quieres que desarrolle. Se caían y ya. Va, cuéntame lo que me estabas contando. —Carmen cerró los ojos dispuesta a concentrarse en el relato de su hija.

—Mama, es que ahora con eso me he despistado.

—Que sigas con las del bingo, va.

Diana titubeó. Pero al ver que Carmen no tenía ninguna intención de desarrollar esa historia, siguió con la suya.

—Estaban, sentadas en la mesa de mármol de la parcela, las dos hermanas que te decía y otra que me llamaba mucho la atención porque vendía cosas de Avon, ¿sabes quién te digo?

—Ahora no caigo. —Carmen se colocó mejor el anorak por encima.

—¿Tienes frío? ¿Le pregunto a Juan si lleva alguna manta en el coche?

—No, estoy bien.

—¿Seguro? Ahora hace fresco.

—Estoy bien —dijo con una mueca de dolor.

—Te duele, ¿verdad?

—No, no me duele.

—¿Seguro?

—Que sí.

—Mama, te duele porque a mí me duele.

—¿El qué te duele?

—La barriga. A mí también me ha salido eso. —Diana se levantó el jersey para enseñarle la herida a su madre.

—Eso no es nada. Ya se está secando.

—¡¿Que no es nada?! Mama, por Dios, tiene una pinta horrible. ¿A ver la tuya? —Le quitó el anorak de encima y le levantó el jersey —. La tienes aún peor que antes. Igual deberíamos acercarnos al hospital. O al ambulatorio. ¿Está abierto a estas horas?

—¿El ambulatorio? Cierra a las ocho.

—¿En serio?

—Acaba de contarme eso.

—No, luego te lo cuento. Vámonos al hospital.

Diana hizo el gesto de levantarse, pero Carmen le estiró del jersey y la obligó a sentarse otra vez. Miró a los ojos a su hija con una autoridad que Diana no le conocía.

—No vamos a dejar a tu hermana aquí sola.

—Mama, pero es que a mí me está empezando a doler mucho. Y si me duele a mí, a ti también te está doliendo.

—Yo de aquí no me muevo.

—Que se quede Carlos aquí con los niños por si Alba aparece y que nos acerque Juan en el coche. Le digo a Carlos que llame al 112.

—Que no. Yo no me voy a ningún sitio sin tu hermana. Acaba de contarme eso. —Carmen volvió a cerrar los ojos dispuesta a seguir escuchando el relato de Diana.

Dolorida pero segura de que iba a ser incapaz de mover a su madre de allí hasta que volviera Alba, Diana siguió con su historia. Temía que el dolor le pusiera difícil darle forma.

—Como me dio miedo, me escondí detrás de un seto de la parcela de al lado.

—Miedo, ¿de qué? —dijo Carmen con los dientes apretados. Preguntaba porque quería saberlo de verdad, porque no lo entendía. Pero el dolor hacía que pareciera que estaba muy enfadada, que estaba recriminándole a su hija haber tenido miedo de una tontería.

—Yo qué sé, mama. Era raro. Una de las hermanas estaba llorando y las otras dos intentaban consolarla. Me quedé allí agachada, detrás de los arbustos, viendo entre las ramas lo que hacían. Entonces apareció la del bingo con un cubo.

—¿Mama estás bien? A mí me está empezando a picar mucho.

—¿Quieres dejar de preguntarme y seguir? —contestó Carmen conteniendo la respiración.

—Jo, es que me cuesta porque me duele al hablar. Mama, te lo cuento luego. Va, vámonos al hospital.

—Diana que no me voy a mover de aquí sin tu hermana.

—Pues nada. La binguera llevaba uno de esos vestidos de tul y pedrería que se ponían las mujeres en las comuniones de sus hijos. Las otras iban normal, con ropa de camping. Dejó el cubo en la mesa y sacó de dentro una tabla de cortar de madera, de las de la cocina, unas velas rojas altas, como de iglesia, y una navaja. Lo puso todo en el centro de la mesa. El silencio era increíble. —Diana hizo una pausa larga para aguantar la respiración y controlar el dolor —. Solo se escuchaba el viento y los árboles moverse. Estaba aterrorizada por si hacía algún ruido sin querer y me pillaban allí escondida. Entonces la del bingo puso las velas en círculo y las encendió, y todas empezaron a cantar una canción rarísima, incluso la que lloraba. Parecía que estaban rezando. ¡Mama no te duermas!

—Pero cómo me voy a dormir. Te estoy escuchando. Solo cierro los ojos para concentrarme e imaginármelo mejor.

—Y una mierda. Los cierras porque te duele que flipas, como a mí. Y no sé qué más hicieron porque la binguera me daba la espalda y se puso de una manera que no podía ver lo que hacían. Pero escuché como un hachazo, como cuando cortan la carne en la charcutería, y agua, o lo que fuera, gotear contra el plástico del cubo. Luego oí un llanto. Y siguieron cantando, o rezando, no sé qué decían. Me tapé los ojos y, cuando los abrí, de la mesa salió una luz hacia el cielo, por encima de los árboles. Muy intensa, rosa o violeta. Y todo empezó a vibrar.

—¿Y solo te diste cuenta tú? —preguntó Carmen, esta vez mirando a su hija.

—Ya, eso es raro, pero a esa hora estaba todo el mundo en la zona de recreativos. Me hice una bola en el suelo y, cuando dejé de notar el temblor y el calor de la luz, volví a mirar. Ya no estaban en el patio y habían vuelto los sonidos normales del camping. La caravana estaba como siempre, como todos los viernes que había bingo, cerrada y con el letrero en la puerta: SILENCIO. NO MOLESTAR. SE HACE EL BINGO. Y se escuchaba a una mujer cantar los números. Pasé corriendo por delante y fui directa a las duchas.

—Hija, de verdad, eres Antoñita La Fantástica.

—Es loquísimo, pero es verdad.

—Me extraña que tú no dijeras nada. Con lo cagona que eras.

—Yo qué sé. ¿Cómo iba a explicarte eso? Te lo he contado treinta años después y no te lo crees, imagina si te lo hubiera contado entonces.

Diana vio a Carlos caminar hacia ellas y se levantó. Había dejado de dolerle de golpe la barriga. Se palpó el estómago por encima del jersey y lo notó entumecido. Carlos llevaba al bebé dormido en brazos. Sus hijos y sus otros dos sobrinos seguían jugando en el césped, pero se les veía cansados y tenían las manos y la nariz rojas del frío. El bebé había aguantado mucho rato el ritmo del resto, pero al final había caído rendido.

—Me acaba de llamar Juan. Está con Alba, vienen hacia aquí.

—¿Dónde estaba? —preguntó Diana acariciándole un moflete al bebé.

—No me lo ha dicho.

—Vale, ¿pero está bien?

—Vamos hacia el coche y les esperamos dentro, que los niños están congelados. Espero que no hayan cogido frío —contestó Carlos tirando balones fuera. Miró a Diana indicándole que luego le contaba.

—Nosotras esperamos aquí —dijo Carmen.

—No, mama, vamos al coche. Carlos, ahora sí que hay que ir al médico. Estamos fatal las dos.

—¿Te duele mucho?

—Hace nada sí, y a mi madre también. Ahora parece que no. Se me ha pasado de golpe, pero tiene una pinta horrible.

—Llamo al 112.

—Sí, llama. ¿Se puede pedir directamente una ambulancia?

—No lo sé, yo diría que no, que hay que llamar primero al 112.

—¿Cómo podéis ser tan inútiles? —dijo Carmen con un hilo de voz. Los dos la miraron asombrados.

—Mama, yo qué sé, son los nervios. Tú tampoco lo pones fácil. ¿A quién llamamos?

—A nadie. Yo no voy a ningún sitio hasta que vea a tu hermana aparecer.

—Pero que ya nos ha dicho Juan que vienen hacia aquí, que está con ella. Aunque llamemos van a llegar antes ellos que la

ambulancia.

—Por si acaso, no llames aún, que las ambulancias son muy rápidas.

—Vale, pero al menos vamos al coche, que aquí hace mucho frío.

—No.

—¿Pero qué más te da esperarla en el coche que aquí?

—Que no me muevo.

—Carmen, basta ya, no seas tozuda. —Por primera vez en su vida, Carlos le alzó la voz a su suegra. Por primera vez, Carlos alzó la voz en general. Con mucho esfuerzo, Diana y él intentaron ponerla de pie, pero no había manera. Cuando la agarraban por debajo de las axilas para levantarla, dejaba el cuerpo muerto para que no pudieran levantarla.

—Jo, mama. Colabora.

—Que te he dicho que no, que hasta que no vea a tu hermana aparecer no me muevo de aquí.

Carlos llamó a los niños y caminó con ellos hasta el coche, Juan lo había dejado abierto. Puso al pequeño, aún dormido, en la sillita portabebés. Se quitó el abrigo y lo tapó con él. Los otros cuatro se sentaron sin rechistar en los asientos traseros, estaban demasiado cansados para oponerse. Vio una *tablet* en el asiento del copiloto. Por el tipo de funda, rosa y acolchada, supo que era de los niños. Agradeció que, nada más encenderla, saltara YouTube Kids y, sobre todo, que estuviera cargada. Se la dio a Juanito, el mayor, para que la controlara y, automáticamente, los otros se apretujaron contra él mirando la pantalla. Como no tenía ni idea de cómo funcionaba un coche, no se atrevió a intentar poner la calefacción. Le daba miedo tocar algo raro y que el coche arrancara y se fuera con los niños dentro.

—No os peleéis por los vídeos, los elige Juanito, que es el más grande. Se lo mando yo.

Carlos caminó otra vez hacia su novia y su suegra. Carmen seguía en el suelo. Había vuelto a estirarse con el bolso a modo de almohada y miraba hacia el cielo. No estaba para otra partida de Candy Crush. Diana la observaba de pie, sin decir nada. Al ver a Carlos por el rabillo del ojo fue hacia él.

—¿Cómo estás?

—Mejor. Estoy fundida pero no me duele, y supongo que a mi madre tampoco. —Carlos intentó levantarle el jersey para ver la herida, pero Diana le frenó con un cachetazo en la mano.

—Jolín, Diana, qué difícil lo ponéis.

—Tardan mucho, ¿no?

—Sí, no sé. Un poco.

—¿Pero qué te ha dicho Juan?

—Poca cosa.

—¿Poca cosa qué?

—Que Alba está bien, pero que no nos asustemos cuando la veamos.

24 de diciembre
Nochebuena desde el otro lado

11

Entre la pared y la taza del váter había una bolsa de papel del MediaMarkt. Alba la veía borrosa, pero por los colores y las letras estaba bastante segura de que era una bolsa pequeña de papel del MediaMarkt. Sentada en el suelo, recuperaba poco a poco la visión, pero todavía no sabía dónde estaba. Ni siquiera había empezado a preguntárselo. Estaba desorientada pero tranquila. Intentó levantarse agarrándose al váter con una mano y apoyando la otra en el suelo, pero el suelo estaba viscoso y resbaló. Se golpeó la cabeza con la pared y regresó a la posición inicial. Descansó unos segundos. Miró otra vez la bolsa, volcada hacia un lado. Ya veía mejor y no había duda: era la bolsa roja y blanca de papel del Media-Markt. Arrugó los ojos y vio que asomaba la caja de los mandos de la Nintendo Switch. Llevaba tantas semanas obsesionada con ellos que no le costó identificarlos. Miró a su alrededor. Estaba encerrada en un lavabo del Splau, no había ninguna duda, era un espacio que conocía. No era ni la zona común de los lavamanos ni el lavabo grande con cambiador, al que solía entrar cuando iba con los niños. Era uno de los cubículos individuales. Pensó que el techo estaba demasiado alto y la base del váter, a su altura, demasiado sucia para tratarse del Splau, donde los baños solían estar sorprendentemente limpios. Su abrigo, una mochila infantil con forma de rana y una bolsa de H&M colgaban del perchero que tenía a la izquierda, en la puerta. Se miró las piernas y vio un charco de sangre a su alrededor. Bajó la tapa del inodoro, se apoyó en él como pudo y alargó la mano para coger la bolsa. Volvió a su posición inicial y la apretó contra su vientre.

Se apagó la luz. Dio una palmada al aire para que volviera a encenderse, tal y como le había enseñado a hacer a sus hijos. Los sensores de los lavabos de los centros comerciales reaccionaban al más mínimo movimiento, pero, a modo de juego, le había dicho a los niños que tenían que saltar, bailar o aplaudir hacia arriba, estirando los brazos lo máximo que pudieran, para que volviera la luz cuando se apagara. Cada vez que entraba al baño con ellos y se apagaba la luz era una fiesta. Actuaban como si estuvieran en una discoteca infantil. Sin ser consciente, había reproducido sola ese juego. El lavabo volvió a iluminarse. Miró hacia abajo y vio que la bolsa estaba arrugada y manchada de sangre. Sin plantearse que la sangre fuera suya, sacó la caja de los mandos y la puso encima de la taza del váter para protegerla. Hizo una pelota con la bolsa y la dejó a su lado. Se apagó la luz otra vez y volvió a aplaudir. Se miró la barriga, tenía el jersey y los tejanos empapados de sangre. Cogió instintivamente la caja de los mandos y la deslizó por la ranura que comunicaba con el exterior, lo suficientemente ancha para que el lavabo no provocara claustrofobia pero demasiado estrecha para que un adulto pudiera entrar o salir por ahí. La dejó, eso sí, pegada a la puerta para no perderla de vista. Todavía no sabía por qué estaba cubierta de sangre, ni qué hacía allí, pero tenía claro que los mandos de la Switch eran importantes y, como el lavabo estaba asqueroso, no podía dejar que se mancharan. Tenía la esperanza de que afuera estuvieran a salvo. Las misiones había que llevarlas a cabo aunque el mundo estuviera en llamas, y ella, como tantas madres esa Navidad, se había propuesto que Papá Noel le trajera esa noche a su hijo mayor unos mandos nuevos de la Switch. Se secó las manos en las perneras del pantalón e intentó levantarse apoyándose en el váter y en la pared e impulsándose hacia arriba, pero las piernas le fallaron y cayó de culo. Descansó unos segundos para recuperar la respiración y volvió a intentarlo.

Probó varias veces hasta que consiguió mantenerse en pie. Le temblaban las piernas. Alargó un brazo para sacar el móvil del bolso, pero antes de llegar a meter la mano se acordó de que lo tenía Juan. Se lo había dejado para que llamara a su padre. Pensó en su hermana, incapaz de entender por qué ella y su marido

intercambiaban los móviles. «¡Son algo muy personal!», le decía. Se sentó en el váter y observó el charco, las huellas de sus manos en la pared, su ropa, la bolsa del MediaMarkt hecha una bola, ya marrón. Había sangre por todas partes. Miró alrededor con calma y curiosidad. La estampa era horrible pero no estaba asustada. Vio su reflejo borroso en la placa metálica que cubría parte de la puerta, un rectángulo invertido plateado donde estaban los colgadores, uno encima de otro. Ella solo había utilizado el de abajo. La placa era demasiado mate para devolverle un reflejo nítido, pero al menos le confirmaba que estaba viva, que se movía. Se quitó el jersey y la camiseta, observando sus movimientos lentos y borrosos en la superficie de metal. Pensó que cuando le contara a Diana que se había desnudado en un lavabo público no la creería. Cuando hacía pis en los baños de un centro comercial, Alba metía la ropa en la lavadora nada más llegar a casa. Se duchaba y, aunque hubiera meado en cuclillas, sin sentarse, se frotaba las nalgas y las piernas con un guante de crin —por si hubiera rozado algo—, y se daba unas friegas de alcohol. Los baños del Splau no tenían nada que envidiar a los de un hotel de cuatro estrellas, estaban nuevecitos y solían estar impecables, pero a ella le daba lo mismo. Si meaba allí se frotaba el culo igual. Se miró la barriga y vio que tenía una herida espectacular debajo del estómago. Una línea recta. Se levantó de golpe de la impresión. La tensión la mantuvo tiesa pese a su debilidad. Siguió la herida con la mirada. No se acababa nunca. Miró por debajo de su axila y por encima de su hombro. La rodeaba por completo, como un cinturón. Era una lesión horrorosa, pero no le dolía. Estaba partida en dos por una autopista de unos tres dedos de ancho, sanguinolenta y viscosa, pero Alba no notaba nada. Tenía la cintura completamente dormida. Se quitó el sujetador para mirarse mejor. Ni las estrías lilas del pecho, hinchado por la lactancia, ni unos pezones oscuros e inmensos de tanto amamantar podían rivalizar con ese surco. De hecho, por contraste se habían vuelto bonitos. Se habían vuelto lo que eran: bonitos y perfectamente normales. Acarició la hendidura con cuidado. La recorrió despacio con los dedos desde el ombligo hasta la espalda. Notó las texturas en las yemas de los dedos. Pensó en el *slime* con el que jugaban sus

hijos. Al llegar a la espalda, regresó al punto de partida. Se miró las manos durante unos segundos, no podían estar más rojas. La luz del baño se apagó y volvió a dar una palmada al aire. Bajó los brazos y los relajó hasta dejarlos muertos y, segundos después, dirigió las manos a la hendidura, a la altura del ombligo. La rozó de nuevo con los dedos, pero esta vez acabó metiendo las manos. Poco a poco fue notando la viscosidad y el calor del interior de su cuerpo. Estuvo dentro de sí el tiempo suficiente para quedarse otra vez a oscuras. Al sacar las manos, volvió la luz y dos tiras pesadas rodaron por sus muslos. Las recogió, las exploró intentando entender qué parte de su cuerpo era —¿eran sus tripas?—, y las enroscó como pudo. Las metió en el hueco del que habían salido. No sabía qué eran, no entendía por qué tenían ese color, ni por qué brillaban. Y, definitivamente, no comprendía por qué no le dolía.

Exhausta, volvió a sentarse en el váter y apoyó la cabeza en la pared para descansar. Le brillaba la cara del sudor. No se escuchaba absolutamente nada. Estuvo así unos minutos, a oscuras, agotada y adormecida, desnuda de cintura para arriba. La luz se encendió y Alba se puso tensa. No había hecho ningún movimiento para que eso sucediera. No tenía ni idea de qué hora era, pero intuía que no debía de quedar mucha gente en el centro comercial. Los fines de semana y los días clave, como ese, los lavabos del Splau estaban siempre a tope, incluso solía haber cola. Si no había nadie, era porque estaban a punto de cerrar. O porque ya habían cerrado, pensó. Escuchó que caminaban hacia ella y dedujo que sería alguien de seguridad comprobando que los lavabos estaban vacíos. O quizás el personal de limpieza.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Nadie contestó.

—Estoy en uno de los lavabos, creo que he tenido un accidente.

Se agachó y cogió la ropa del suelo. Se puso como pudo la camiseta y el jersey. Alargó la mano y metió el sujetador en el bolso. Se levantó del váter, quitó el pestillo e intentó abrir, pero no podía. Pensó que era porque la puerta pesaba demasiado para ella —para ella en ese estado—.

—¿Puedes ayudarme? Creo que no tengo fuerzas para abrir.

Alba escuchaba a alguien moverse por el baño, incluso creía oír su respiración, pero nadie decía nada. Volvió a empujar la puerta, que se abrió apenas dos centímetros. Se apoyó de costado e hizo fuerza con todo el cuerpo, pero no había manera. Retrocedió y volvió a sentarse en el váter.

—¿Hola? —insistió.

Nadie contestó. Volvió la oscuridad. Cuando se recompuso intentó abrir otra vez, pero no había manera. La puerta se abría un par de dedos y algo la hacía retroceder. Tuvo la sensación de que la persona que estaba fuera empujaba desde el otro lado, pero no podía ser. ¿Por qué iba a hacer eso? No entendía nada. Dudó unos segundos. Se agachó y miró por la rendija de abajo. Los mandos ya no estaban. Se incorporó de golpe.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —dijo, todavía arrodillada en el suelo—. ¡Estoy aquí encerrada! Esos mandos son míos.

Silencio.

Desconfiada, volvió a asomarse por el hueco de la puerta y vio unos tobillos desnudos. Parecían de una niña, quizá de una adolescente. Parecía estar apoyada en la puerta, bloqueándola. Llevaba unas zapatillas blancas de verano y una pulsera tobillera con chupetes de plástico de colores. La niña, o la adolescente, pisó con fuerza y los abalorios tintinearon. A Alba se le subió el corazón a la garganta.

—Déjame salir.

—No —respondió una voz infantil.

—En serio —le tembló la voz—, déjame salir.

—Que te he dicho que no.

Alba retrocedió y se sentó en el váter. La luz volvió a apagarse. Permaneció quieta al menos un minuto. Escuchó sus propios latidos. Los escucharon ella y el sensor del baño, que le devolvió la luz. Empezó a sentir un hormigueo desagradable en la herida, como cuando la anestesia empieza a dejar de hacer efecto. Se agachó, esta vez con esfuerzo, dolorida y con miedo. Volvió a mirar por la rendija y ya no vio solo unos pies. Desde la ranura podía ver a una niña estirada en el suelo mirando hacia el techo. Llevaba un bañador rojo y las zapatillas blancas que había visto antes, unas Victoria

sucias y gastadas, sin cordones. Era muy delgada, huesuda, y estaba bronceada. Entre la piel morena y el filo del bañador se veía una tira de su verdadero color de piel. Su coleta rubia, lacia y quemada, probablemente por el sol y el cloro de la piscina, se extendía por el suelo. Tenía la postura de alguien que está estirado en la toalla, ha empezado a agobiarse por el calor y planea saltar a la piscina. No podía ver bien su cara porque se cubría los ojos con un antebrazo, pero por la estatura aparentaba once o doce años. Tenía la caja de los mandos de la Switch encima del estómago.

Alba se levantó e intentó abrir otra vez, pero no pudo. Alguien o algo seguían haciendo presión y era imposible que fuera la niña porque no le había dado tiempo a levantarse del suelo y llegar hasta la puerta. Volvió a agacharse. La niña seguía en el mismo sitio, estirada, con la caja de los mandos en la barriga. Pero esta vez tenía la cabeza girada hacia ella y la miraba. La cara redonda, dos mechones de pelo tiesos y simétricos enmarcándole el rostro, manchas solares en la nariz, un estallido espectacular de pecas, y aretes plateados en las orejas. A Alba se le heló la sangre. Aunque hacía años que la recordaba borrosa e indefinida, aunque no le conocía esa mirada hueca, sabía quién era. Como todo el mundo, había fantaseado con encontrársela y que le pidiera explicaciones. Lo que no había imaginado es que se la encontraría así, tumbada en Nochebuena en el lavabo de un centro comercial. Tampoco que la miraría con tanto odio.

—¿Tú de qué vas? —le preguntó con desprecio mientras acariciaba la caja de los mandos—. No te voy a dejar salir.

—¿Por qué?

—Porque me caes mal.

—¿Y por qué te caigo mal?

—Porque ya no te acuerdas de mí.

La luz volvió a apagarse.

Alba sintió escozor en la herida. Se levantó como pudo y volvió a hacer fuerza con todo el cuerpo para intentar salir. No pudo, la puerta seguía bloqueada. Insistió, pero cada vez era más consciente del corte que la cruzaba. El dolor era más machacón. Sintió un calor intenso en el vientre y volvió a notar húmedo el jersey. Se sentó en

el váter y se lo subió para mirarse bien. La herida ya no estaba en calma. Sangraba, latía, se removía. Además, Alba sentía que algo empujaba desde dentro. Sin levantarse, tiró como pudo de su abrigo. Hizo una bola con él, cerró los ojos y se lo apretó contra la barriga, ya no con la intención de frenar la hemorragia, sino con la esperanza de hacer desaparecer la herida. Hizo algo parecido a lo que hacía de niña cuando jugaba al escondite con su hermana. Se sentaba en una esquina del sofá y se tapaba los ojos con las manos. Como ella no se veía, pensaba que tampoco la veían los demás. Creía que había desaparecido, hasta que Diana se sentaba a su lado y la pellizcaba en un muslo. Alba siguió haciéndolo incluso cuando ya no era tan pequeña y parecía imposible que siguiera creyendo que así podía esfumarse. Todos pensaron durante un tiempo que lo hacía a propósito, que era una broma recurrente. Pero un día se dieron cuenta de que iba en serio. De verdad creía que si se tapaba los ojos bien y estaba lo suficientemente quieta y concentrada, podía desaparecer. En el baño del Splau, justo antes de desmayarse por el dolor, Alba deseó que Diana se sentara a su lado y la pellizcara.

Despertó a oscuras. Estaba sentada en el váter, con las piernas estiradas y la cabeza apoyada en la pared. No sabía cuánto tiempo llevaba en esa postura. Al incorporarse, se encendió la luz. Tardó unos segundos en acordarse de la niña. Temerosa, empujó la puerta con un pie y esta se movió un palmo. Se levantó como pudo y, esta vez, pudo abrir sin esfuerzo. Se puso el abrigo, empapado de sangre, se colgó el bolso y la mochila infantil con forma de rana y cogió la bolsa de H&M. Salió del cubículo. No había nadie en la zona común de los baños. Los lavamanos, blancos y sofisticados, estaban encharcados y llenos de bolitas de papel y chorretones de jabón. Nadie parecía haber leído la pegatina de debajo de los espejos: «¡Cuida tu entorno y no te pases ni una gota!». El suelo, marrón claro, era directamente un lodazal. En el centro se intuía un borrón donde había estado estirada la niña, como si antes de retirar un cadáver hubieran dibujado su silueta con dos dedos. Como era Nochebuena, el centro cerraba dejándolo todo tal y como estaba, y el personal de limpieza posponía su misión a primera hora del día siguiente. Alba miró a su alrededor hasta que se encontró con su

propio reflejo. Caminó hacia el espejo y se observó. No se acercó demasiado a los lavamanos porque el espejo estaba bastante alto y se veía mejor desde cierta distancia. Se vio pálida y envejecida.

—¿Adónde vas, ridícula, con la bolsa de H&M? ¿Sigues de compras? —dijo mirándose al espejo. Soltó la bolsa y dejó que el bolso, la mochila y el abrigo resbalaran por sus brazos hasta caer al suelo roñoso de los lavabos. No necesitaba nada de eso.

Vio que tenía los párpados en carne viva y pensó que ya no podía posponer más la visita al dermatólogo, que escribiría a Diana para volver a pedirle el teléfono. Estaba dispuesta a destetar al bebé si era necesario que se pusiera una pomada con antibiótico, o con cortisona. Empezó a sollozar y se llevó las manos a los ojos. Apretó. Cuando se las quitó veía borroso, apenas un manchurrón de su misma altura. Tardó unos segundos en recuperar la visión y volvió a reconocerse en el espejo.

—A ver, tampoco soy tan fea. Ni tan vieja —rio. Y volvió a llorar.

El jersey crujió cuando se lo levantó. La camiseta se le había pegado al cuerpo y le hacía un efecto extraño a la altura del estómago, como si alguien intentara respirar por la boca con una bolsa de plástico en la cabeza. Cuando consiguió despegar la tela de su cuerpo, vio que estaba partida en dos. Un fajín de carne desgarrada, roja y brillante le rodeaba la cintura, más estrecha de lo normal, como si hubieran empezado a comérsela por los costados y la hubieran dejado a medias. En la barriga tenía un agujero redondo a través del que podía ver su propio interior. No podía dejar de mirar ese insólito boquete, perfecto y absurdo, no podía dejar de mirarse las tripas. La luz se apagó y Alba contuvo la respiración unos segundos. Cuando los focos del techo volvieron a encenderse con su movimiento, vio cómo unos tentáculos plateados se enroscaban a sus intestinos. Abrió bien los ojos. Brillaban tanto que parecía que estaban cubiertos de purpurina, o de lentejuelas. Ella, que había olvidado lo que era una fiesta, que llevaba sin bailar desde el día de su boda, tenía una bola de espejos en la barriga. Se quedó hipnotizada con el danzar de los tentáculos hasta que, en un espasmo, le apretaron con fuerza las tripas. Sintió un dolor terrible. Le fallaron las piernas y cayó de rodillas. Contó mentalmente hasta

treinta, aguantando sin respirar y apretando los ojos todo lo que pudo, y volvió a coger aire cuando paró el dolor. Gateó hasta el lavamanos y se cogió a él para levantarse. Volvió a subirse el jersey y la camiseta. Todo seguía igual. Esos brazos delgados y plateados jugueteaban con sus intestinos. Sentía algo parecido a cuando estaba embarazada y sus hijos se movían dentro de su barriga. Aunque no eran las circunstancias ideales, era la primera vez en años que se miraba al espejo durante tanto rato sin pensar en nada más que en ella. Estuvo así unos cinco minutos, observándose alucinada, hasta que los tentáculos volvieron a apretarle las tripas. Rabió de dolor, pero esta vez se mantuvo erguida y siguió mirando. Alba no se lo creía. Tenía unos tentáculos brillantes oprimiéndole las entrañas sin piedad. Como no tenía ni móvil ni reloj, contó en voz alta mientras se observaba. Siguió el mismo ritual que cuando contaba sus contracciones de parto: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, y así hasta treinta. Aguantó un tercer arreón y calculó que los tentáculos la estrujaban por dentro, aproximadamente, cada cinco minutos. Era una secuencia que le estaba provocando el dolor físico más grande que había sentido en su vida. Más grande que los dolores con los que su cuerpo se había preparado para cada uno de sus tres partos.

Si no hubiera sentido un dolor tan bestial, Alba habría pensado que estaba delirando. El hábito de pellizcarse ante lo extraño le dejaba claro que estaba despierta, pero igual estaba despierta y delirando. Aunque ese nivel de dolor no podía estar solo en su cabeza, por muy habituada que estuviera su cabeza a imaginar cosas feas. Le vino entonces la imagen de los mandos de la Switch sobre el bañador rojo y caminó hacia la puerta de salida de los lavabos. La necesidad de recuperarlos se impuso al miedo a volver a ver a la niña, que sabía perfectamente que seguía cerca. También a sus ganas de salir del Splau, a sus ganas de salir del Splau viva. Los mandos de la Switch, con su diseño perfecto, uno rojo y otro azul, simétricos pero con los botones invertidos, eran el objeto más bello del mundo y lo más importante para ella. Como lo habían sido, aunque nadie la entendiera, las dos últimas semanas.

Salió de los lavabos y caminó despacio por la planta 0 del centro comercial. No recordaba la última vez que había paseado sola por un centro comercial, ni siquiera estaba segura de haber hecho eso alguna vez. Miró a su alrededor, miró hacia arriba. Le sorprendió que las escaleras mecánicas funcionaran, aún más sin nadie cerca que las activara con su movimiento. También le pareció raro que los adornos de Navidad, las luces blancas que recorrían los balcones de la primera planta y las estrellas gigantes de colores que colgaban del cielo, estuvieran encendidas. Demasiado gasto para un centro comercial cerrado. Se tumbó en el suelo al notar que volvían las contracciones y, rota de dolor, con las lágrimas deslizándose por la comisura de los párpados, contempló las estrellas. Visto desde ahí, el alumbrado de Navidad —una de las cosas que más le gustaban del mundo—, era una maraña monstruosa de alambres y bombillas. Temió que el cuerpo celeste de mentira que tenía justo encima, una estrella con volumen y las puntas afiladas, cayera sobre ella y la partiera definitivamente en dos. Se retiró unos centímetros en cuanto pasó el dolor. Desde allí también podía ver que los escaparates de la primera planta estaban iluminados. Pero Alba estaba en la zona donde se concentraban, sobre todo, tiendas de complementos y bisutería, y aquí no había apenas luz. Se preguntó qué clase de lógica absurda seguía el Splau con sus luces cuando cerraba las puertas a los clientes.

Se incorporó y vio que estaba al lado de la tienda de bisutería Bijou Brigitte. Le pareció muy mal que precisamente ese rótulo que contenía el nombre de su hija estuviera apagado. Unos metros delante, salía luz de un comercio. Visualizó mentalmente ese pasillo por el que había pasado tantas veces. El mismo que, hacía solo un rato, había recorrido en busca de unas tiaras de princesa para que se las cagara el Tió a Brigitte y a Brisa. Pensó que la tienda que estaba iluminada debía ser Calzedonia, quizá Claire's. De pronto, alguien empezó a cantar. Era una voz infantil y parecía salir del mismo lugar que la luz.

Ya no puedo sentirla a mi lado,
ni su cuerpo ya podré tocar.

Ella ya no está, ella ya no está.
Siempre que me acuerdo yo de ella,
mis ojos se empiezan a inundar de lágrimas de amor,
de lágrimas de amor.

Alba reconoció la canción. Caminó hacia allí. El comercio iluminado era Claire's, una tienda de bisutería, abalorios y complementos baratos destinados, sobre todo, a niñas y adolescentes. Al llegar, las puertas correderas de cristal se abrieron y sonó un timbre, el chivato que indica cuando alguien entra o sale de un comercio. La recibió un estallido de luz, color y purpurina que hizo que le lloraran los ojos. Era un local cuadrado y saturado de objetos. Las paredes de los laterales estaban forradas de diademas, de antifaces de unicornio, de fundas brillantes para el móvil, de horquillas y coleteros de todas las formas y colores posibles, de postizos para el pelo de un rosa extraterrestre, de pulseras de tres vueltas y de pendientes con forma de corazón y de animales. La visión de Claire's sin clientes, la misma tienda que a Alba le parecía divertidísima cuando iba con su hija, en la que podían tirarse una hora y de la que se iban con un arsenal de joyas y objetos preciosos que perdían su valor según salían de la tienda, la abrumó. Caminó hacia el fondo. Estaba mareada y fue cogiéndose a los expositores del centro para avanzar. Primero se apoyó para coger aire en el de los kits de maquillaje y pintaúñas, después en el que se concentraban la mayoría de los objetos navideños. Unos pasos más adelante, en el de las uñas postizas.

—Qué barbaridad —dijo al ver la cantidad de uñas que había. De mil colores, formas y medidas. Brigitte aún no sabía lo que eran las uñas postizas, y ella nunca se había fijado. Pensó que cuando ella era pequeña no existían esas cosas.

Avanzó y, al llegar al final de la tienda, sintió que volvían las contracciones. Se sentó en el suelo y se dejó caer a un lado. Desde allí, encogida y rota de dolor, contempló el panel frontal de la tienda y el rótulo lila con purpurina, bien brillante, donde se leía Claire's escrito en blanco. Debajo, una colección increíble de alas de mariposa de tul, de antenas con pompones, de tutús con los colores del arcoíris y de varitas mágicas. Pensó que si seguía sometiendo

sus ojos a ese nivel de estrés se le acabarían cayendo. Cuando los tentáculos dejaron de apretarle las tripas, volvió a incorporarse sin dejar de mirar el expositor. Había sido abducida por esa psicodelia, se había quedado bizca ante ese mural caleidoscópico en el que se multiplicaban y movían las alas, los tutús y los pegotes de purpurina.

Escuchó un golpe, un crujido dentro de su cabeza, detrás, y todo se volvió negro.

La niña sujetó a Alba por la espalda y la arrastró con esfuerzo y con cuidado hasta una zona despejada de la tienda. Seguía llevando el bañador rojo y las Victoria raídas, pero se había adornado los antebrazos con pulseras rígidas de colores y se había puesto un pompón en la coleta. Colocó a Alba con las piernas rectas y los brazos pegados a ambos lados del cuerpo, y le puso un cojín debajo de la cabeza. Las pulseras hacían que todos sus movimientos tintinearan. Se dirigió a uno de los expositores e investigó durante un buen rato los sets de pendientes. Recorrió con un dedo las hileras de aretes. Pasó deprisa por encima de los más baratos y se detuvo en los que tenían la pegatina «Plata 1ª Ley». Eligió los más sencillos, los que no tenían ni pedrería, ni colgantes, ni grabados, ni esmalte de color. Cogió varios pares de aretes básicos de distintos tamaños y fue hacia Alba. Se sentó detrás de ella, retiró con cuidado el cojín y se puso la cabeza de Alba sobre las piernas. La observó detenidamente. La cara lavada, sin una gota de maquillaje. La piel demasiado seca. La boca y la barbilla, perfectas. La nariz, un poco torcida pero muy bonita. Unas cejas preciosas, sin depilar. Los ojos, en carne viva. Le acarició los párpados y notó cómo se le saltaban las lágrimas. Rechazó su propia compasión llevándose las manos a la cara y frotándose los ojos con violencia. Se recompuso. Respiró hondo y, con mucho cuidado, empezó a sacar los pendientes de los cartones. Hizo un montoncito con ellos a su derecha. Cogió uno de los más grandes y, con suma diligencia, como una profesional, empezó a perforar la oreja derecha de Alba con el espigo hasta atravesársela. Lo hizo con lo puesto. No utilizó una pistola para poner pendientes, ni un cubito de hielo para insensibilizar la zona. Se limitó a apretar con saña contra la carne pálida de Alba. Le puso cinco pendientes en una oreja y empezó a hacer lo mismo en la otra.

Presionaba con insistencia, apretando los labios a cada nuevo envite, sin rendirse hasta que veía salir el pendiente por el otro lado del lóbulo o del cartílago. Tenía las manos llenas de sangre. Cuando los aretes se le resbalaban y no podía seguir, se las limpiaba con el cojín. Mientras llevaba a cabo su tarea, tarareaba, muy bajito, la canción que había llevado a Alba hasta la tienda.

Sueño contigo, ¿qué me has dado?
Sin tu cariño no me habría enamorado.
Sueño contigo, ¿qué me has dado?
Y es que te quiero y tú me estás olvidando.

La niña no había terminado aún su tarea cuando el cuerpo de Alba comenzó a sacudirse y la parte delantera de su jersey empezó a crujir. Al ver cómo la tela se hinchaba, la niña se detuvo. Dejó en el suelo el pendiente que tenía en la mano y, con toda la calma del mundo, le subió el jersey y la camiseta tirando de las sisas para ver qué pasaba. Liberados de la presión de la tela, los tentáculos de la barriga de Alba se alzaron hacia el cielo. Durante unos segundos, la niña contempló hipnotizada el baile de esos apéndices plateados y centelleantes. No había dejado de sujetar la cabeza de Alba —que seguía inconsciente— y trataba de aplacar sus sacudidas haciéndole presión sobre los hombros. De pronto, el movimiento de los tentáculos frenó en seco. El cuerpo de Alba se relajó entonces, como si la hubieran desenchufado. La niña escuchaba la respiración de las dos, la de Alba y la suya, perfectamente sincronizadas. Sin perder la calma, esperó a que esos apéndices, todavía más extraños cuando estaban quietos, volvieran al sitio del que habían salido. «¿Qué es eso? ¿Por qué se meneaban así? ¿Por qué brillan tanto?», pensó. Los tentáculos se impulsaron de golpe hacia ella, como si quisieran abrazarla. O, tal vez, estrangularla. Tuvo reflejos de echar el cuerpo hacia atrás y arrastrarse de culo unos pasos, haciendo que la cabeza de Alba golpeara contra el suelo. Apoyada en el expositor de las uñas de plástico, la niña vio cómo el cuerpo de Alba volvía a sacudirse y los tentáculos que le brotaban del estómago intentaban alcanzarla sin éxito. Se replegaban para coger impulso y se lanzaban

contra ella. Una y otra vez. Disparaban a chorros y en todas las direcciones la sangre de Alba. La que se les había enganchado al acariciarla por dentro y la que brotaba de su cuerpo a cada nueva sacudida. Las embestidas iban acompañadas de explosiones de un rojo intenso, tan intenso que parecía un color inventado, que pintaban sin piedad los amables aparadores de Claire's.

Cuando parecía que el cuerpo de Alba se iba a partir de tanto arquearse, los dos apéndices volvieron a su posición inicial y se le replegaron con gentileza en el vientre.

12

Alba despertó a oscuras. Seguía tirada en el suelo de la tienda de bisutería, pero no recordaba dónde estaba. La luz regresó gradualmente. Podía escuchar cómo alguien golpeaba rítmicamente los interruptores y la tienda se fue iluminando por fases. Recibió el exceso de brillos y colores como una patada. Volvió a cerrar los ojos unos segundos. Se incorporó con mucho esfuerzo y, al abrirlos, la imagen del escaparate que tenía enfrente terminó de destrozarla. Ese mundo de fantasía al que tantas veces había ido con su hija estaba manchado de sangre. Sintió un dolor brutal en la cabeza. Se llevó las manos y frenó en seco antes de tocársela. Le daba miedo que no estuviera, o que no estuviera entera. Miró al frente y a los lados. A la derecha vio su reflejo en un espejo para calzado. La cabeza estaba, pero desde ahí se veía el pelo enmarañado y la cara como un borrón oscuro. Se arrastró hacia el espejo como pudo. Le faltaba el aire y se sentía más débil que nunca. No sabía que las últimas sacudidas habían durado demasiado. Vio que tenía la cara ensangrentada y las orejas llenas de pendientes. Contó hasta nueve aros de distintos tamaños. Cinco en una oreja y cuatro en la otra. Juraría que eran plateados, pero no podía asegurarlo porque todo estaba cubierto de sangre reseca. Tenía costras marrones y negras que indicaban que la sesión de *piercing* había sido hacía un buen rato, poco higiénica y bastante cruel.

Ella ya se marchó de mi lado,
y un recuerdo solo me dejó.
Y una espina clavada en mi corazón,
y una espina clavada.

Alba se giró al escuchar la canción. La niña estaba allí, apoyada en un expositor con su bañador rojo y las piernas larguísimas. Sostenía con las dos manos, a la altura del estómago, la cajita de los mandos.

Alba fingió que no se había dado cuenta, o que no le daba importancia. Rodeada de tanta monería, de tanto pompón y tanta purpurina, todavía parecía más pequeña. Alba miró con nostalgia su nariz, respingona y perfecta. Recordó cómo la había perdido poco tiempo después de que cerraran el camping, cuando un golpe de columpio en el parque le desvió el tabique. Nunca se había atrevido a ir a que se lo enderezaran y se había acostumbrado a una nariz más vulgar, menos mona.

—Sé lo que estás cantando —le dijo a la niña.

—Claro. Pero no te acuerdas de la letra.

—Sí que me acuerdo.

—No, no te acuerdas.

—Sí.

—A ver. ¿Cómo sigue, lista?

—No sé dónde te has quedado. Vuelve a empezar y te sigo.

—No. Da igual.

—No, no, en serio. Canta y te sigo —insistió Alba.

—Canta el trozo que quieras.

Y aunque te sigo queriendo y tú no haces caso.
Y todos mis intentos son un fracaso.

—Eso no es cantar, eso es hablar. ¡Canta! —le ordenó la niña. Alba cantó con un hilo de voz:

Sueño contigo ¿qué me has dado?
Sin tu cariño no me habría enamorado.

—¡Más fuerte!

—No puedo. Me duele todo. Me hago daño.

—Pues puede.

Intentó cantar más alto, pero se le rompía la voz:

Sueño contigo, ¿qué me has dado?
Y es que te quiero y tú me estás olvidando.

—Eso es el estribillo. No vale.

—¿Por qué no vale?

—Porque el estribillo se lo sabe todo el mundo. Es una canción muy conocida.

—No se lo sabe todo el mundo, esa canción es muy antigua.

—Se la sabe todo el mundo porque es eterna —dijo la niña.

—¿Qué me has hecho en las orejas? —Alba se sentó como pudo sobre un colchón de tutús de tul, con la espalda apoyada en el frontal de la tienda y las piernas estiradas.

—Ponerte unos aros plateados.

—Unos cuantos.

—Nueve. Y si no hubiera sido por el puto pulpo, te habría puesto unos cuantos más —le dijo enfadada, alzando la voz.

—Sigues siendo una malhablada. Y una chillona.

—Como tú.

—Sí, eso no ha cambiado.

—Ves.

—¿Por qué lo has hecho? —dijo Alba señalándose las orejas.

—Para que te acuerdes.

—¿Para que me acuerde de qué?

—De que te gustaban mucho esos pendientes.

—Ya sé que me gustaban mucho. Aún me gustan.

—Pues nunca llevas.

—Porque no me acuerdo de ponérmelos, o no tengo tiempo.

—No. Es porque te estás olvidando. De eso y de todo lo demás.

—¿De qué me estoy olvidando?

—De los pendientes. Del Filipinas. De mí.

—No, no me estoy olvidando. Ojalá pudieras ver mi balcón.

—Lo he visto. Pero no es suficiente.

—¿Por qué no es suficiente?

—Porque he empezado a desaparecer. Como desapareció el camping, como desaparecieron las caravanas y la piscina, como desaparecieron todos. Ya quedamos muy pocos.

—Ojalá hubieras desaparecido antes.

Sin que Alba tuviera reflejos para cubrirse, la niña caminó hacia ella y le arrancó de un tirón los pendientes de una oreja. Lo hizo con

tanta fuerza que algunos aros se abrieron, pero otros le rajaron el lóbulo. Después le dio una patada en un costado con las Victoria raídas. Alba lloró hecha un ovillo.

El Filipinas se lo llevaron por delante en 2005 las obras de ampliación del aeropuerto de El Prat. Pero, cuando cerró sus puertas, se quedaron los fantasmas de los que habían sido muy felices allí, tanto de los que aguantaron hasta el cierre como de los que habían pasado por el camping en algún momento de su vida. Lo mismo sucedió con otros campings de alrededor, como el Toro Bravo y La Ballena Alegre, otros campings con nombres y letreros increíbles. Mientras los antiguos campistas seguían con sus vidas en Cornellà, L'Hospitalet, Bellvitge, Gavà o El Prat, una versión de ellos continuaba de vacaciones en el Filipinas. Eran los fantasmas de quienes habían sido realmente felices allí, o de quienes lo habían sido en contraste con sus vidas fuera del camping. Abarcaban prácticamente todas las edades, pero la mayoría eran niños y adolescentes —entre ellos la Alba de doce años—, que estaban siempre bronceados. Aunque hiciera frío. Aunque fuera enero.

El Filipinas no se desvaneció de la noche a la mañana. El camping se vio obligado a cerrar sus puertas, pero su desaparición fue un proceso lento. Los fantasmas tomaron las caravanas y los módulos abandonados. Aquellos que, por desgracia, sus dueños habían tenido que dejar atrás porque no querían malvender o no podían asumir el gasto de trasladar hasta otro camping. O porque con el disgusto daban por cerrada su etapa de campistas. O, tal vez, por un extraño sentido de fidelidad a ese lugar: el Filipinas o nada. Muchos de esos módulos y caravanas estaban hechos polvo porque sus propietarios habían decidido destruirlos personalmente el día que los dejaron atrás, con todo el dolor que eso conllevaba. No podían soportar la idea de que otros saquearan en su ausencia lo que para ellos había sido tan importante. Los meses posteriores al cierre todo siguió más o menos igual. Alimentados por los recuerdos de sus originales allá donde estuvieran, por la felicidad retrospectiva de los antiguos campistas, por esa sensación que no habían podido

sacudirse de haber pertenecido a un lugar y a una comunidad, los fantasmas hicieron como si nada hubiera sucedido. Esa versiṅn del Filipinas seguía existiendo. Los padres hacían timbas de cartas en el bar y jugaban a la petanca. Las madres preparaban los bocadillos de sus hijos y les obligaban a comérselos fuera para no llenar de migas la caravana. Y los viernes, pasara lo que pasara, lo dejaban todo para ir al bingo. Los niños y los adolescentes seguían adelante con la liga de fútbol y, después de los partidos, se tiraban a la piscina para refrescarse aunque ya no hubiera agua, aunque estuviera vacía y las baldosas del fondo hubieran empezado a picarse. Las niñas y las adolescentes bailaban «El Venao» en la discomȯvil, todas coordinadas en una coreografía perfecta, sin moverse de su baldosa, con la piel morena, el pelo quemado por el sol y brillo en los labios. Daba igual que ya no fuera verano, daba igual que anocheciera a las seis de la tarde, daba igual que hiciera un frío que pelaba.

Según pasaban los años, los fantasmas del Filipinas se iban adaptando a los cambios del lugar y naturalizaban las ausencias repentinas. Algunos desaparecían de golpe porque sus originales habían perdido la memoria, o la cabeza, o habían muerto. La muerte les encontraba nadando en el mar, celebrando un gol, maquillándose a escondidas en los baños comunitarios. A otros se les veía cada vez menos porque habían empezado a olvidarse de ellos, porque los antiguos campistas habían dejado de acordarse de esa felicidad estival, de sus vacaciones de tres meses, de sus eternos veranos en el Filipinas. A muchos se les había complicado demasiado la vida como para pensar en algo más que en cȯmo salir adelante en el presente. El camping se fue transformando. Primero fue un camping abandonado. Después, un camping saqueado. Más adelante, unas instalaciones desiertas. Al poco, un descampado lleno de ruinas. Y los veinte años que siguieron, el lugar que alguna vez había sido el Filipinas. Alba, con doce años, su bañador rojo y el pelo quemado por el sol, seguiría vagando por aquel no lugar durante mucho tiempo.

Sentada en el suelo con las piernas abrazadas, Alba lloraba y se sentía profundamente ridícula por llorar en un lugar tan absurdo como ese. «¿Qué clase de persona llora en el Claire’s? ¿Quién llora

rodeada de pompones?» De espaldas a ella, la niña recorrió con un dedo las hileras de un expositor y, tras dudar en voz alta entre varios sets de uñas, eligió unas de color lila tornasoladas. Se sentó en el suelo y abrió la cajita.

—Ay, espera —dijo mirando a Alba, y se puso los mandos de la Switch debajo del bañador, a la altura del estómago. Después empezó con la manicura. Puso un punto de pegamento sobre cada uña de su mano izquierda y se enganchó las postizas con cuidado, dedicando un buen rato a cada una para que quedaran perfectas. Cada vez que se ponía una nueva, estiraba el brazo y separaba los dedos para ver su obra con un poco de distancia.

—¿Te gustan? Son monas, ¿no?

Si Alba se había refugiado tanto tiempo en el recuerdo del Filipinas era porque fue allí donde se había sentido totalmente libre, serena y autosuficiente por última vez. Solo había vuelto a sentir algo parecido, de forma muy esporádica y durante unos minutos, en algún centro comercial. Todo había ido muy rápido, todo se había complicado en un visto y no visto. Se había casado con su novio del colegio, se habían comprado un piso con plaza de parking, habían tenido su primer hijo, había dejado de trabajar, habían tenido su segundo hijo y celebrado que fuera una niña, *la parejita*, había perdido a su padre, se habían comprado un televisor de 65 pulgadas, habían tenido su tercer hijo, otro niño, se habían comprado un monovolumen y, entremedio, había organizado obsesivamente todos los cumpleaños, todas las navidades y todas las fiestas que considerara más o menos razonable celebrar. En todos esos años, había olvidado lo que era ser autónoma: Alba solo existía como prolongación de los que tenía cerca. O dependía de alguien o alguien dependía de ella. Si esto último no pasaba, lo exigía.

No había una explicación clara para esa dinámica ni, hasta el momento, manera de romperla. Como tantas otras mujeres, por inercia o por imitación de las que habían venido antes, había sido absorbida por esa forma de vida. No se creía oprimida. No sentía que la hubieran obligado a vivir así o hubieran decidido por ella. No le desagradaba su día a día: al contrario de lo que creía Diana, sí

había sido muchas veces más feliz que en el Filipinas. Pero el runrún del camping siempre había estado ahí. El recuerdo de la existencia de un lugar donde podía pausar durante tres meses lo que le preocupaba, donde no tenía más responsabilidad que pasárselo bien y donde podía olvidarse hasta de que tenía padres. Sin ser consciente de hasta qué punto, Alba llevaba más de veinte años añorando esos paréntesis, echando de menos la posibilidad de aislarse, de una vida más sencilla al menos a ratos, de un tipo muy particular de belleza: la suya. Solo la suya.

Pero desde hacía poco, ni los recuerdos de esos veranos, ni la imagen mental del letrero que había en la entrada del camping, ni su balcón saciaban el anhelo que tenía Alba de una pausa que la aliviara. Esos recuerdos habían dejado de ser suficientes. Ya no le valían. Cuando se sentía contrariada o infeliz, el cuerpo le pedía con violencia algo más.

—Quieres que me muera —sentenció la niña.

—No, no quiero que te mueras.

—Pero quieres olvidarte de mí, y si me olvidas me moriré. Como se han ido muriendo todos.

—No quiero olvidarme de ti. Me quiero acordar de muchas cosas.

—¿De qué?

—Del bañador rojo y las zapatillas Victoria rotas. De mi nariz respingona y llena de pecas, y de mi melena teñida por el sol. De la discomóvil, de escuchar los casetes de Camela en la playa, y los de El Último de la Fila que ponía Diana en el módulo. De cómo me maquillaba en los lavabos para que no me vieran los papas, de las cruces de Caravaca que se pusieron de moda un verano. Ni siquiera quiero olvidarme de lo malo, como cuando la mama se desmayó en la playa y Diana y yo dormimos abrazadas muchos días del susto que nos dimos. O cuando me quedé sin piscina una semana por dejarme hacer un *piercing* en el ombligo con un imperdible y un cubito de hielo.

—Todo eso son tonterías.

—No, no lo son. Me acuerdo mucho de esas cosas.

—Ya, pero ahora te parecen poco. ¿De qué más te acuerdas?

—Me acuerdo del letrero del camping, con la china de la trenza.

—No lo viste oxidarse. Ni cómo se lo tragaron los árboles.
—A la niña se le empañaron los ojos.
— Hace unos días lo vi derretirse desde mi balcón.
—Ves, eso es porque has decidido olvidarnos.
La niña cantó:

Y es que te quiero y tú me estás olvidando.

Miró con pena a Alba. Se levantó del suelo y le dio la espalda. Caminó hacia la puerta y salió de la tienda. Alba se recompuso como pudo y la siguió. Andaba despacio, con mucho esfuerzo, apoyándose en los expositores del centro de la tienda para coger aire y avanzar. Llegó a la entrada de Claire's y, con toda la bisutería chillándole a las espaldas, la vio caminar ya a unos metros de distancia hacia las escaleras mecánicas.

—¡Espera, no te vayas! —gritó Alba con la poca fuerza que le quedaba en el cuerpo.

La niña se giró, le guiñó un ojo y siguió avanzando. Avanzó haciendo la rueda. Hizo cuatro perfectas. Las ruedas de Alba habían sido un orgullo para la familia, pero nadie se acordaba ya de ellas, cosa que le dolía. La niña llegó a las escaleras mecánicas en cuestión de segundos y se subió. Alba se apresuró a seguirla. Le desesperaba no poder avanzar más rápido, y le angustiaba la posibilidad de perderla de vista. Cuando llegó al pie de las escaleras, la niña ya estaba arriba y la observaba apoyada en la barandilla de uno de los puentes de la primera planta. Alba tomó las escaleras sin dejar de mirarla. Le vio las intenciones.

—Ni se te ocurra —lloró Alba advirtiéndole con un dedo. Intentó subir caminando las escaleras para ganar tiempo, pero no tenía fuerza en las piernas. Cuando por fin llegó a la primera planta, la niña había abandonado el puente desde el que la observaba y caminaba por el corredor hacia el siguiente. Alba la siguió todo lo rápido que pudo —que era muy lento—, pero las separaban varios metros. La vio entonces darle la espalda y subirse a la barandilla.

—No, por favor, ¡espera!

Allí estaba la niña, subida de pie en la barandilla, estilizada, con el culo respingón y la coleta rubia cayéndole por la espalda, perfecta. Cuando notó la respiración acelerada de Alba a sus espaldas, empezó a levantar los brazos para saltar al vacío.

Entonces el cuerpo de Alba rugió.

Los tentáculos salieron con fuerza de su barriga. Le rompieron el jersey y la camiseta y le destrozaron, ya del todo, las entrañas. Alba se desmayó y cayó de espaldas por la sacudida, pero los apéndices siguieron por su cuenta. Se desplegaron y se extendieron hasta el cuerpo de la niña, que esta vez no pudo esquivarlos, aunque se apresuró a lanzar algo al vacío. La abrazaron, le peinaron el cabello, la acariciaron y la arrastraron hasta el vientre de Alba, que la devoró sin saberlo mientras dormía.

13

Alba caminó hacia la barandilla y se asomó. En el suelo de la planta 0, justo debajo de donde recordaba haber visto por última vez a la niña, había una zapatilla blanca, sucia y raída, con la cajita de los mandos de la Switch dentro. Se separó unos pasos de la baranda, se miró los pies y se descalzó bruscamente. Como si le doliera llevar puestas sus zapatillas de lona, ahora marrones porque la sangre las había pintado. Lo hizo sin usar las manos, pisando cada talón con la punta del otro pie, como hacían sus hijos para descalzarse al llegar a casa y a ella tanta rabia le daba.

Volvió a asomarse. Desde donde estaba, la planta 0 del Splau era una superficie de cemento tímidamente decorada con maceteros altos y custodiada por dos hileras de comercios con las persianas bajadas. Podía ver, al fondo, el árbol de Navidad gigante que daba la bienvenida al centro comercial. Le gustaba mucho ese árbol, era su árbol de Navidad de centro comercial favorito. Más bonito que el de Finestrelles, y más que el de L'Illa Diagonal, por muy lujoso que fuera. Era de noche, pero como no había techo se filtraba la claridad de la calle. Entre eso y la luz de algunas tiendas, Alba podía ver ese lugar por el que había pasado tantas veces con una definición asombrosa. Los perfiles de las cosas eran tan nítidos que parecía que alguien las había recortado y pegado. Sin gente, en silencio e iluminado así, el Splau, un sitio al que iba todas las semanas —algunas más de una vez—, y del que conocía cada uno de los rincones, le resultaba completamente ajeno. Tenía para ella una cualidad onírica, incluso fantasmal.

Llevaba el pecho y la barriga al descubierto. Lo que quedaba de la camiseta y del jersey apenas le cubría los hombros y la espalda. Se miró el vientre. Lo tenía destrozado. Un revoltijo oscuro y que sentía adormecido. El aspecto era lo último que le preocupaba, solo deseaba que el dolor no volviera nunca más. Cuando se disponía a regresar a las escaleras mecánicas para bajar a recuperar los

mandos de la consola, escuchó unas risas infantiles a sus espaldas. Se puso rígida, notó un sudor frío y escuchó sus propios latidos en las sienes. No se atrevía a girarse. No quería ni respirar. Las risas eran cada vez más fuertes y tenían un punto metálico, como si estuvieran grabadas y las reprodujera un viejo magnetófono. En cambio, los ruidos que las acompañaban —unos sonidos de roces y de pisadas—, no tenían ningún filtro, eran completamente reales. Cada vez escuchaba esas risas más altas. Más cerca. Permaneció completamente quieta, rígida. Apretó los ojos y deseó que no regresara el dolor. Sabía que si eso pasaba quedaría delatada. Sus sacudidas no eran silenciosas. El daño era demasiado fuerte para que su cuerpo no gimiera, no se lamentara. Tenía esas voces debajo. Sin moverse un milímetro, ni acercarse a la barandilla, esperó a que entrara en su campo de visión lo que fuera que tuviera que deslizarse bajo sus pies. Vio a una mujer, de espaldas, asomar por debajo del puente. Las risas continuaban, Alba sentía cómo le subían por las piernas y le hacían cosquillas en la columna. Primero le vio la melena, larga, oscura y desordenada. Llevaba una coleta, pero la goma que le sujetaba el cabello estaba a punto de caer. La mujer caminaba en línea recta, despacio, aparentemente tranquila, sin mirar hacia atrás. Las risas que la sucedían no tenían ningún efecto sobre ella. Aterrorizada por si la descubría, Alba rezó para que no volviera el dolor. La observó sin moverse. Caminaba muy despacio. Llevaba puesta una bata polar de estar por casa. Alba pensó que era de Primark. Estaba bastante segura porque ella tenía unas cuantas iguales, de distintos colores. Esas batas se habían convertido en su uniforme de invierno —y en el de sus hijos—, porque eran bastante más baratas que la calefacción. La bata estaba vieja y sucia, sobre todo por la parte inferior, pero desde donde ella estaba no podía distinguir ni de qué color era ni de qué estaba manchada. La mujer avanzó unos pasos y Alba vio que, por debajo de la bata, asomaban unos faldones largos, muy largos, que barrieron a su paso la zapatilla y los mandos de la Switch. Al caminar sobre los topos de luz que proyectaba el cierre metálico de una de las tiendas, las faldas, blanquísimas, brillaron. Parecía un vestido de fiesta.

Desde su posición de mirona aterrorizada, Alba pensó que esa prenda no tenía fin. No se acababa nunca. Hasta que vio la tela alzarse tímidamente y, acto seguido, asomaron las manos que la sostenían. Eran cuatro minúsculas manitas de niño. Dos en cada extremo. Estaban manchadas de sangre. Las risas metálicas continuaban. Alba sintió de golpe como si una ventosa le absorbiera la barriga desde la espalda. Había vuelto el dolor, esta vez más fuerte que nunca. Cayó de rodillas y, tal como cayó, rezó por que no la hubieran escuchado y para que no la escucharan. Permaneció unos minutos en posición fetal, retorcida de dolor. Intentaba ver algo desde donde estaba, pero era imposible. Paró el dolor y volvieron las risas que el pitido de sus oídos había silenciado. Culebreó hacia la barandilla, dejando un reguero de sangre en el suelo, y entonces lo vio.

La mujer seguía caminando en línea recta en dirección a las escaleras mecánicas que conectaban con la primera planta. Eran las mismas escaleras que habían subido Alba y la niña. A la mujer la seguían en fila india unos niños diminutos. Estaban desnudos, cubiertos de sangre y de una capa blancuzca de grasa. Iban cogidos a la cuerda en la que se convertía la cola del vestido: una guirnalda deshilachada y sucia. Las dimensiones de esos niños no eran normales. Sus movimientos y su agilidad no se correspondían con el tamaño de sus cuerpos. Parecían grandes para su edad y daban la impresión de que habían nacido sabiendo caminar. La mujer se detuvo, se quitó la goma del pelo, se peinó la melena con los dedos y se hizo una coleta de nuevo. Se remangó la falda del vestido y se puso en cuclillas. Entonces, empezó a gritar. Todos empezaron a gritar. Sus gritos adultos se confundieron con los de los niños, metálicos y tan agudos que Alba se tapó instintivamente las orejas. Estuvieron así unos cinco minutos, cinco minutos en los que el hilo musical del Splau fue esa banda sonora de aullidos insoportables. Después la mujer se calló de golpe. Los niños también. Paradójicamente, el silencio de ahora era tan insoportable como el griterío infernal. Alba se arrastró unos centímetros hacia la barandilla de metacrilato para ver. La mujer se incorporó poco a poco, se remangó el vestido, esta vez con esfuerzo, y dejó salir de debajo de

las faldas a una criatura como las otras, ensangrentada y viscosa. Esta caminó en línea recta, sin titubeos, hacia el final de la fila. Aunque estaba bastante lejos, Alba podía verla bien. Era exactamente lo que había creído ver. Tenía el cuerpo de un bebé grande, de esos bebés de seis o siete kilos que salen en el libro Guinness de los récords, pero caminaba como un adulto. Alba, que todavía tenía muy fresco el recuerdo del nacimiento de su tercer hijo, sintió náuseas al ver cómo un cuerpo que en el mundo real no se sostiene por sí mismo andaba con la rigidez y los movimientos de una persona adulta, con un equilibrio perfecto, moviendo rítmicamente los brazos hacia delante y hacia atrás. Bajo la capa de sangre y porquería que cubría a la criatura, Alba pudo distinguir una piel azulada. Temía que ese ser mirara hacia arriba y la viera allí tirada, espiando algo tan horrible como extrañamente íntimo y cercano para ella. No sucedió. El niño no alzó la cabeza, lo que permitió a Alba detenerse en su rostro. Sus rasgos eran normales, normales en un bebé que acaba de nacer. Tenía cara de viejo, como todos los bebés, y una mata de pelo negra y espesa. Algunos bebés de la fila no tenían pelo, pero ese tenía muchísimo. Estaba hinchado y sus ojos eran como los de un boxeador después del combate: dos líneas rectas que apenas podían separarse. Parecía que el bebé sabía perfectamente cuál era su sitio, a dónde debía dirigirse. Cuando lo tuvo más cerca, Alba se fijó en que la piel de alrededor de sus ojos era más oscura y estaba escamada, como si un antifaz de tela se le hubiera fundido a los párpados y alguien hubiera hecho un estropicio al intentar quitárselo. La criatura llegó al final de la fila y se agarró a la cuerda como las otras. Como una más.

Alba sintió que los retortijones regresaban, reculó unos centímetros y volvió a ovillarse. La mujer y los niños empezaron a cantar. Aunque solo tarareaban una melodía, Alba identificó que la retahíla de *na-na-nas* era uno de los villancicos que sus hijos habían cantado en el festival de Navidad del colegio. Las voces metálicas de las criaturas se imponían a la de la mujer, que aun así no dejaba de cantar. Alba escuchó esa sinfonía terrible, desafinada e irreal, que silenciaba los quejidos de su cuerpo, mientras los tentáculos la estrangulaban por dentro.

De repente, paró el dolor, paró la canción y Alba sintió un pellizco en el muslo.

Al incorporarse, vio que la mujer y las criaturas habían avanzado varios metros y habían dejado atrás las escaleras mecánicas. La procesión pasó por delante de la FNAC, del Media-Markt, de La Casa de las Carcasas. Alba avanzó por un corredor para alcanzarla desde arriba. Caminaba despacio, sin fuerzas y descalza. A unos metros de distancia, vio como la mujer se detenía frente a la juguetería Drim y volvía a acuclillarse. El ritual de parto se repitió, y regresaron los alaridos de otro mundo. Mientras duraron los pujos y los lamentos, sincronizados con los gritos de las criaturas, Alba avanzó por el pasillo de la primera planta dispuesta a llegar a la altura de la parturienta. No creyó necesario agazaparse porque estaba convencida de que durante el alumbramiento no iban a notar su presencia. Nadie iba a mirar hacia arriba. Mientras avanzaba con muchos esfuerzos, vio una vez más desde la primera planta del Splau, su palco privilegiado, cómo la mujer expulsaba a una nueva criatura, se levantaba los faldones para dejarla salir y se incorporaba y recomponía el cabello con las manos. Con la dignidad de un adulto muy seguro de sí mismo, el neonato fue dejando atrás al resto, unas quince criaturas, para ponerse al final de la fila y agarrarse a la cuerda en la que se convertían las faldas del vestido.

Estaba casi a la altura de la mujer cuando gritó. Alba gritó de manera inconsciente.

El dolor de barriga era tan grande, tan insoportable, que su cuerpo chilló sin pedirle permiso. Las cabezas minúsculas se giraron hacia ella, en un movimiento seco. Quieta, ensangrentada y medio desnuda sintió las miradas de las criaturas como si fueran agujas. Ya no tenían la cara de dormidos que tienen los bebés. Ya no miraban como miran los bebés. Tenían los ojos abiertos y no se les desviaban. Enfocaban, veían bien. Y sus ojos, con la piel de alrededor ahumada, dañaban. El rostro de Alba se llenó de pequeños puntos rojos, como si le hubieran clavado cientos de alfileres. Una explosión de motas de sangre le cubrió los párpados, la nariz y las mejillas.

Desvió un poco la mirada. Vio el rostro de la mujer, hermosa y rota, y se reconoció en él. Justo después, se desplomó.

El ruido del cuerpo de Alba al caer y agitarse se confundió con el de la estampida que se desató. Mientras ella, inconsciente, se retorcía en el suelo porque los tentáculos la estrujaban por dentro, las criaturas se soltaron del vestido de la mujer y corrieron hacia las escaleras mecánicas. Eran ágiles y sus movimientos, seguros. Se empujaban unas a otras en su afán por llegar hasta Alba lo antes posible. Una cayó al suelo y se lastimó, le sangraron las rodillas. Respondió con un llanto metálico. Su carne y su piel sí eran delicadas, sí eran las de un bebé.

Cuando despertó, estirada en el suelo boca arriba, los bebés la cubrían como una manta. Se habían acurrucado sobre ella de maneras distintas, en posturas infantiles, la mayoría en posición fetal, en busca de su calor. Alba levantó la cabeza con esfuerzo y los vio, azulados, pegajosos, cubiertos de grasa y agarrados a ella. Como si les perteneciera, o como si ellos le pertenecieran a ella. Uno se le había enganchado a un pecho y succionaba con los ojos cerrados mientras le apretaba con los dedos, jugueteando, el otro pezón.

—Estáis con mamá —escuchó.

Volvió a apoyar la cabeza en el suelo. Desde donde estaba, estirada e inmovilizada sobre las baldosas de cemento del Splau, vio una sombra recortada contra las luces del alumbrado de Navidad. Cuando sus ojos se acostumbraron al contraste, apareció el rostro de la mujer. Cada vez la veía más nítida. Confirmó lo que ya sabía, que tenía su misma cara. El mismo óvalo facial, todavía definido, todavía joven. Las dos tenían el óvalo facial que Diana tanto envidiaba. «No lo des por hecho —le decía—, desaparece a los 41». Las dos tenían la misma nariz, bonita pero un poco torcida. Pensó que desde ese ángulo todavía se le notaba más la desviación. Las dos llevaban el pelo recogido de la misma manera, con la raya en medio, los dos mechones enmarcándoles el rostro y una coleta baja peinada con los dedos. Las dos lo llevaban manchado de su propia sangre, sucio y apelmazado. Lo único que las diferenciaba eran los ojos, aunque a esas alturas Alba no tenía claro que eso fuera así.

—¿Puedes quitármelos de encima? —le preguntó Alba mirándole el cabello y los labios. No quería volver a cruzarse con su mirada. No podía soportar ver sus propios ojos en ese estado.

—¿Por qué? Son tuyos.

—No, no son míos.

—Sí lo son —sentenció, y empezó a caminar alrededor de ella sin dejar de mirarla.

Alba apoyó los codos en el suelo y se incorporó todo lo que pudo para verla mejor, que no era mucho porque tenía demasiado peso encima. La mujer llevaba la bata de Primark, ya no tenía ninguna duda, y lo que asomaba debajo era su vestido de novia. La larga cola, que la mujer se había enroscado en un brazo como si fuera un vendaje siniestro, le había despistado hasta ahora. Pero era el vestido de su boda. El mismo con el que tantos disgustos familiares provocó al querer ir solo con su madre y con Diana a elegirlo, sin avisar a su suegra. Tampoco la invitó a ninguna de las pruebas posteriores, en las que el corsé se adapta con alfileres a los niveles de ansiedad de la novia. El vestido de la mujer era su vestido de Rosa Clará. Su vestido de crepé blanco —ahora tieso y manchado—, con escote corazón y cubierto de lentejuelas que simulaban las escamas de la cola de una sirena.

—Quítamelos, por favor.

—¿Por qué? ¿No era lo que querías?

—¿El qué?

—Tener hijos y cuidarlos.

—Ya tengo hijos. Tengo tres.

—Pues ahora tienes más.

—No quiero tener más.

—Sí quieres.

—No, no quiero.

—Tienes que querer porque tres no es suficiente, y en nada los tuyos serán mayores y no te darán trabajo.

—Antonio es solo un bebé.

—Pero pasa muy rápido.

—No tanto.

—Sí, pasa rápido. ¿Qué vas a hacer entonces? ¿En qué vas a ocupar el tiempo? No sabes hacer nada.

La mujer se agachó y le retiró con cuidado el pelo de la cara. Le acarició una mejilla y le quitó al bebé del pecho. Este buscó por su propio pie otro rincón del cuerpo de Alba en el que cobijarse. La mujer eligió a otra criatura, la levantó cogiéndola por la cintura y la acercó al pecho descubierto de Alba hasta que vio que se enganchaba y mamaba sin dificultad.

—La abuela tuvo once hijos, uno detrás de otro. Y tan contenta.

—¿Estaba contenta?

—Mucho.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Es imposible que te lo dijera. Cuando murió eras muy pequeña.

—No me lo dijo, pero lo sé.

—¿Once partos y estaba contenta? Lo que no sé es cómo le aguantó el cuerpo.

—Pues estaba contenta.

—Pero yo no soy la abuela.

—¿Eres mejor que ella?

—No, pero no soy la abuela.

—Pero eres como ella. Y como tu madre.

—No.

—Ah, ¿ahora ya no?

La resistencia de Alba a liberarse de la idea distorsionada de entrega al otro se rompió de golpe. Era una idea que planeaba sobre su familia, incluida Diana, quien decía habérsela quitado de encima pero en realidad solo la había sustituido por un sentimiento de culpa. Alba decidió decir basta y la razón había sido, por un lado, los ojos de la mujer, redondos, infinitos, tan dañados que no podía cerrarlos. Y, por otro, el peso y el calor gelatinoso de las criaturas. Quería huir de ahí y del sacrificio resignado, incluso feliz, que se había autoimpuesto. Quería escapar de la elección de dedicarse al otro hasta desaparecer. De hecho, por eso estaba siempre acompañada. Porque necesitaba que alguien le recordara que no se había evaporado, que no la había consumido esa misión que ahora le

parecía excesiva. Necesitaba que otro, sobre todo Carmen, le confirmara con su compañía, también con sus gritos y con su afecto, que seguía allí. Tumbada en Nochebuena en el suelo del Splau, con el cuerpo roto y cubierta de bebés monstruosos, quiso recuperar lo que era suyo y, por primera vez, no sentía incompatible con todo lo demás: su tiempo, su cuerpo, su intimidad, sus ojos, las ganas de mirarse en los espejos de las tiendas. Aunque dudó si ya no había nada que recuperar. Si era verdad que a esas alturas no sabía hacer otra cosa. Si ya no sabía hacer nada. Tampoco estaba segura de si le quedaría energía para salir del centro comercial y comprobarlo.

Alba estaba muy débil, pero lo que la estrujaba por dentro, no. El bicho que había permanecido en su barriga, dormido pero expectante durante tanto tiempo —quizás años—, tenía fuerzas para dar y regalar. Su cuerpo se arqueó de golpe.

Alba se dobló hacia atrás en un puente perfecto, como los que hacía cuando era niña, y los tentáculos salieron disparados de su vientre hacia arriba, dejando a su paso chorros de sangre y destellos. Los bebés se desprendieron de ella por la sacudida y cayeron a ambos lados de su cuerpo. Algunos rodaron, otros se lastimaron, todos se unieron en un llanto intenso y metálico. Alba no controlaba sus movimientos. Sentía que levitaba mientras escuchaba esos lamentos como si tuviera una radial encendida dentro de la cabeza. Miró hacia un lado y el escaparate de la tienda de videojuegos GAME, un santuario para su hijo mayor, le devolvió la imagen borrosa de una mujer colgada del alumbrado de Navidad por los intestinos. Estuvo así unos segundos hasta que se desplomó.

Al despertar, levantó como pudo la cabeza y vio a la mujer a unos metros de ella. Estaba sentada en el filo de un macetero. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Sabía que lo que tenía delante haría gritar a cualquiera, a ella misma no hace mucho. Sin embargo, la imagen la conmovió. La mujer se había bajado el vestido hasta la cintura y amamantaba a una de las criaturas. Una cicatriz le cruzaba el vientre. La bata, sucia y raída, le protegía los hombros. De cintura para abajo, su cuerpo estaba cubierto por un faldón de criaturas azuladas y pegajosas. Alba no entendía por qué esa imagen atroz le parecía tan hermosa y, de alguna manera, le provocaba ternura.

Pensó en las estampitas religiosas que su suegra llevaba en el monedero. Reconocía en el rostro, en las heridas y en la hechura de esa mujer, cuya postura denotaba tanta dignidad como agotamiento, algo que ella experimentaba todo el tiempo: la sensación de estar incómoda en su propio cuerpo. El sentirse molesta en su propia piel. Hacía años que le dolía todo sin dolerle nada en concreto, que a las diez de la mañana ya estaba agotada. Todos los días.

—Veo que va en serio. Quieres escaparte —dijo la mujer. La dignidad que había mostrado hasta ahora se desvaneció. Se la veía exhausta.

—No quiero escaparme, solo quiero salir de aquí. Y seguir.

—¿Quieres otra vida? ¿No te gusta la tuya?

—No quiero otra vida. Quiero la mía. Y quiero irme a casa.

Alba se levantó. No a la primera, cayó dos veces al suelo antes de mantenerse en pie. Esta vez los tentáculos no habían vuelto a entrar en su cuerpo, colgaban centelleantes de su barriga al suelo. La mujer dejó sobre sus faldas al bebé que amamantaba y se subió el escote del vestido. Se levantó también. Algunas criaturas cayeron al suelo con su movimiento, pero la mayoría siguieron enganchadas al vestido. Se aferraban a la tela, a esa piel falsa de sirena, con sus manitas manchadas de sangre. Gemían y lloraban porque las lentejuelas les cortaban las yemas de los dedos y se les clavaban entre las uñas y la carne. La mujer caminó hacia Alba con dificultad porque el vestido pesaba muchísimo. Y Alba caminó hacia ella con dificultad porque todo le pesaba muchísimo: los tentáculos, el dolor, la tristeza y la sospecha de que nunca saldría del Splau.

¿Cómo sería la Navidad sin ella?

¿Quién empezaría a comprar los regalos en septiembre?

¿Quién se enteraría de cuándo empieza la oferta del 30 % de Carrefour?

¿Quién no pararía hasta encontrar el último ejemplar del juguete o del videojuego más solicitado esas Navidades?

¿Quién se pelearía con más determinación que ella con los dependientes de MediaMarkt?

Cuando estuvieron una frente a otra, las criaturas se repartieron entre las piernas de ambas. Algunos bebés se abrazaron a las

piernas de Alba en busca del espacio y del calor que les faltaba en las concurridas faldas del vestido de la otra. Esta vez, el escaparate de la tienda GAME devolvía una imagen nueva: la de dos mujeres idénticas, rotas de maneras distintas y sostenidas por bebés gigantes, recortadas contra los videojuegos más vendidos de esa Navidad. Alba la miró directamente a los ojos y la abrazó. La mujer la abrazó a ella. Estuvieron así unos minutos. Los tentáculos apartaban a los bebés, demandantes y emberrinchados, y se peleaban con el vestido para no quedarse enganchados. En un momento dado, los apéndices plateados y brillantes se unieron al abrazo. Fueron mucho menos delicados que Alba. Apretaron, apretaron y apretaron la cintura de la mujer hasta que se partió por la mitad. Se escuchó un chasquido, se apagaron las luces de todo el centro comercial y desapareció entre los brazos de Alba. Con ella también se fueron las criaturas y sus gritos.

Alba sintió una desolación infinita. Estuvo unos segundos paralizada, con los ojos cerrados, casi sin respirar. Alzó los brazos y dio una palmada al cielo, como hacía con sus hijos cuando se apagaba la luz de los baños públicos, y el alumbrado de Navidad volvió a encenderse. Miró hacia arriba y contempló las estrellas de mentira y las guirnaldas de leds que colgaban del cielo. Volvieron a parecerle la cosa más bonita del mundo. Pensó que quería volver a coger el metro con sus hijos hasta el centro de la ciudad para ver el alumbrado y pasear bajo las luces mirando al cielo. Cuando bajó la mirada, estaba sola otra vez. Completamente vacío, a media luz, el centro comercial que se sabía de memoria volvía a resultarle un espacio ajeno, apenas reconocible. El umbral entre el lugar que fue y el lugar que pronto volvería a ser, cuando amaneciera y entrara el personal de limpieza. «¿Quedará algo de mí cuando lleguen?», pensó. Miró hacia el suelo y vio, junto a sus pies descalzos y ensangrentados, la zapatilla Victoria y la cajita de los mandos de la Switch.

Alba se agachó a cogerlos. Buscó un trozo de su pantalón que no estuviera manchado para limpiar la caja, pero no lo encontró. No había un centímetro de tela sobre ella que no estuviera manchado y apelmazado por la sangre. Al levantarse, los tentáculos volvieron a

entrar en su barriga, esta vez con suavidad. Alba volvió a sentir su peso y sus movimientos en el vientre. De momento solo le acariciaban las tripas, un cosquilleo al que se había acostumbrado. Caminó hacia las escaleras mecánicas para bajar a la planta 0. Al subirse, tuvo una sensación horrible cuando la superficie metálica de los escalones, rayada y fría, se le clavó en las plantas de los pies. Al llegar abajo, siguió con la mirada el rastro que habían dejado en el suelo la mujer y las criaturas. Era una línea bastante recta y oscura, desdibujada en algunos puntos por unas huellas minúsculas. Alba volvió a recorrer la planta 0 del Splau siguiendo descalza ese caminito de sangre. Culebreaba por el agotamiento y el dolor, pero se esforzaba en no salirse de él. A lo largo de ese trayecto, creyó adivinar el patrón de las luces del centro comercial: estaban encendidos el alumbrado y los comercios a los que solía ir. También el árbol de Navidad de la entrada. Las tiendas que no frecuentaba o en las que nunca había entrado estaban cerradas o a oscuras. Al pasar por Claire's, se desvió del camino para entrar. Atravesó las puertas de cristal y el brillo volvió a cegarla. Miró los expositores, con muchos objetos manchados de sangre reseca, y localizó sin dificultad el de las bailarinas. Había de todos los colores y brillos. Eligió las más discretas —que aun así estaban decoradas con tachuelas plateadas—, y buscó unas de su número. Se sentó en el suelo y se las puso mientras miraba hipnotizada, una vez más, el frontal de la tienda.

Estaba a punto de terminar de calzarse cuando escuchó un grito que se sostuvo en el tiempo.

Salió de Claire's y miró a ambos lados. El grito venía de su derecha. Caminó hacia el sonido pero este se detuvo. De repente, aparecieron unas siluetas. ¿Quiénes eran? ¿Qué era aquello que se removía?

14

Diana y Carlos los vieron llegar desde lejos. Vieron llegar a Alba, rota, desde lejos.

Juan estaba descompuesto. Descompuesto y desconsolado. Daba igual que estuviera lejos, su lividez y la preocupación que tenía en los ojos podían verse a leguas. Iba en mangas de camisa y sostenía por los hombros a Alba, diminuta y perdida en el anorak oscuro de su marido. Al pasar por debajo de una farola, los pies de ella brillaron, las bailarinas centellearon. Carmen, estirada en el suelo con los ojos cerrados, aún no se había dado cuenta de que Alba estaba viniendo. Cuando la tuvieron más cerca, Diana y Carlos advirtieron que caminaba con dificultad, que su melena era una maraña indescifrable y su cara, una mancha oscura. La tenía totalmente cubierta de sangre, o de lo que antes había sido sangre y ahora era un esmalte pegoteado y oscuro. Carlos caminó hacia su cuñada. Con los ojos llorosos, le dio un beso en una mejilla y, sin decir nada, puso rumbo al coche con urgencia. No corrió para no asustar a nadie. Quería saber cómo estaba Alba, quería preguntarle, pero no podía permitir que los niños la vieran así. Al escuchar movimiento detrás, Carmen abrió los ojos y se incorporó. Se giró y la vio.

—¿Dónde estabas?

—En el Splau.

—¿Has encontrado los mandos?

—Sí. —Alba sacó del bolsillo del anorak la cajita—. Se han ensuciado un poco.

—No te preocupes, eso no es nada. Se va con alcohol. Guárdalos bien, que no los vean los niños.

Juan no entendía nada. ¿De verdad lo más importante era saber si había encontrado los mandos? Diana tampoco entendía mucho, pero estaba más acostumbrada a la lógica incomprensible de su madre y de su hermana.

—Juan, ve a ver cómo están los niños —le pidió Alba.

—No hace falta. Están en el coche, ha ido Carlos a verlos —contestó Diana.

—Ve igual, Juan.

—Que no, que no te dejo sola otra vez.

—No estoy sola, estoy con mi madre y con mi hermana. —La tranquilidad con la que hablaba no tenía ningún sentido.

—No, si es que a tu madre tampoco la quiero dejar sola. También está hecha polvo, casi se desangra mientras estabas ahí dentro.

—¿Estás bien, mama? —preguntó Alba.

—Estoy perfecta.

—Sí, perfectísima. Tu madre tiene un lío en la barriga que no te lo crees. No sé qué le vamos a explicar al médico. —Juan miró de arriba abajo a su cuñada y vio que también tenía el jersey manchado de sangre—. Ay la madre que me parió, ¿tú también? ¿En serio? —Diana asintió.

—¿Y a ti tampoco te duele?

—Me dolía, me dolía mucho, pero ahora ya no.

—Joder, vamos a tener que ir a tres hospitales distintos o nos van a detener a todos, hasta a los niños. —Se llevó las manos a la cara.

—Juan, vete con Carlos y los niños —dijo Carmen—. Y ponles la calefacción en el coche, que hace frío y seguro que tu cuñado no ha sabido encenderla. Qué inútil es el pobre para esas cosas.

—¡Mama! —contestó Diana.

—Calla, que tú eres igual. Sácate el carnet de conducir como tu hermana.

—Jolín, mama, ni así me dejas pasar una.

—Nos vamos todos —ordenó Juan—. ¿Cómo nos organizamos? ¿Llevo a Carlos y a los niños a casa y llamamos al 112 para que os lleven al hospital?

—Hijo, de verdad, qué pesados con el 112. ¿Qué os ha dado con ese número? ¿Por qué os gusta tanto? —contestó Carmen—. No quiero ir al médico. Estoy bien. Tengo frío pero ya no me duele nada.

—Estoy bien, dice.

—Tráenos una manta del coche, anda.

—¿Qué manta, Carmen? Si la has puesto perdida de sangre.

—No, eso era un pareo de la playa.

—Hay una manta al fondo del maletero, en una bolsa grande de plástico de las de cuadros —añadió Alba.

—Juan, vete un momento, por favor —pidió Diana—. Y dile a Carlos que está todo bien y que no venga. Que ahora vemos qué hacemos.

—¿Pero cómo le voy a decir que está todo bien? ¡Pero si estáis como si os hubieran dado una paliza!

—Juan, de verdad, no seas pesado. Es solo un momento —intervino Alba.

Las hermanas se sentaron en el césped, cada una a un lado de su madre. Juan seguía de pie junto a ellas. Era incapaz de moverse, tiritaba de frío.

—¿Nos traes la manta o qué? —dijo Carmen. Sacudió y apretujó el bolso para volver a darle forma de almohada y se estiró otra vez.

—¿Os duele?

—Que no —contestaron las tres a la vez, Carmen con los ojos cerrados.

—Es que es imposible que no os duela, hace nada os estabais desangrando.

—De verdad que no me duele, Juan —dijo Alba mirándole a los ojos—. Va, ve. Nos traes la manta y te quedas un rato en el coche con Carlos y los niños, que tienes los labios morados del frío.

—Déjame verte la herida de la barriga.

—Va, Juan.

—Y vosotras también. O no me voy.

Si no le enseñaban la barriga, no se iba a mover. Diana y Alba se estiraron y apoyaron cada una la cabeza en un hombro de Carmen, que refunfuñó al notar el peso de sus hijas. Hacía años que no estaban físicamente tan pegadas. Se abrieron el abrigo, Carmen y Diana se subieron a la vez el jersey. Donde había habido un fajín de carne y sangre, una herida abierta que supuraba, gemía y a ratos dolía, ahora había una marca delicada. Donde había habido un agujero y unos tentáculos, ahora había una marca delicada. Las tres tenían en el abdomen una cicatriz idéntica, cerrada y plateada, como

si alguien hubiera esperado a que se les cerraran del todo las heridas para sellarlas con los dedos manchados de purpurina.

Juan caminó hacia el coche. Al acercarse, le reconfortó ver en el interior las caritas iluminadas de los niños. Se aferró unos segundos a ese punto de luz para no derrumbarse. Carlos estaba en el asiento del conductor, tieso como un palo. Era la primera vez en su vida que se sentaba en el asiento del conductor. Juan abrió la otra puerta y se puso a su lado. No se dijeron nada. No se miraron. Sentados uno al lado del otro, observaban en silencio desde la distancia a las tres mujeres estiradas en el césped. De fondo, los gritos en la *tablet* de una familia de *youtubers* que había decidido pasar veinticuatro horas comiendo solo comida de color rojo.

—¿De qué hablarán? —preguntó Carlos unos minutos después.

—Ni idea.

—¿Qué hacemos?

—Yo qué sé —contestó Juan resignado—. Vamos fuera un momento.

Salieron del coche. Juan encendió un cigarro. Carlos le pidió otro.

—¿Desde cuándo fumas?

—Desde cuándo no fumo, querrás decir. Creo que la última vez que fumé tenía nueve años.

—¿Nueve años?

—Sí, en una boda. Cuando yo era pequeño en las bodas dejaban a los niños fumar.

—¿En serio?

—Te lo juro.

—Yo flipo.

—Se les ve tranquilas.

—Ya. Dicen que ya no les duele.

—Pero si están hechas polvo, les debe de doler todo.

—La barriga no. Ya se les ha curado. Van sucísimas, y Alba está muy magullada. Tiene morados y cortes por todas partes. Y me preocupan sus orejas.

—¿Por qué sus orejas?

—No me preguntes por qué, pero las tiene destrozadas.

—¿Las orejas?

—Las orejas. Te lo juro —dijo Juan. Carlos no insistió: era una locura, pero a esas alturas no le sorprendía nada.

—¿Le has visto la barriga a Diana?

—Sí, a las tres. Se les ha cerrado la herida. Del todo.

—¿Alba también tenía una herida en la barriga?

—Alba tenía un agujero en la barriga. —Miró a Carlos a los ojos y empezó a llorar—. Te lo juro. La he encontrado tirada inconsciente aquí al lado, en la otra entrada, donde está el rótulo del Mercadona. No sé cuánto tiempo llevaba ahí, ni cómo no la hemos visto antes. Ni nosotros ni los niños, que estaban jugando al lado. Menos mal que no la han visto ellos antes que yo —empezó a sollozar—. Estaba tirada en el suelo desnuda de cintura para arriba, toda manchada de sangre, con un agujero en la barriga. Un agujero, tío. Redondo y oscuro. Te juro que no me lo invento.

—Ya lo sé. —Carlos cogió a su cuñado por los hombros y lo atrajo hacia sí. Estuvieron así unos segundos.

—Pues mira, ahora ya no lo tiene —dijo Juan limpiándose los mocos con las mangas de la camisa—. Ni ella tiene el agujero ni las otras tienen ninguna herida en la barriga. Se les ha curado de golpe.

—Papa tengo hambre —gritó Juanito asomando la cabeza por la ventanilla. De golpe se rompió el hechizo de la *tablet* y todos los niños tenían hambre. No había manera de callarlos. El bebé se despertó con sus voces y empezó a llorar.

—¿Qué hacemos? No podemos dejarlas aquí pero estos ya no aguantan más —comentó Carlos—. Demasiado, pobres.

—¿Me voy yo con ellos para casa y te quedas tú?

—No me dejes solo —dijo Carlos aterrorizado—. Solo con ellas, quiero decir. De verdad que no voy a saber qué hacer.

—Pues no sé.

Entraron otra vez en el coche.

—¿Pedimos pizza? —preguntó Juan. Los niños empezaron a gritar a favor. Ambos vieron claro que esa idea no tenía vuelta atrás.

—¿Domino's abre en Nochebuena?

—Yo qué sé. ¿La gente pide pizza en Nochebuena? No creo, ¿no? Es raro.

—Yo creo que sí. Debe haber de todo. Hay gente que no celebra la Navidad. —Juan sacó del bolsillo del pantalón el iPhone de Alba para mirar los horarios de la pizzería—. Hasta las diez. Son menos cinco.

—¿Reparten hasta las diez o cogen el teléfono hasta las diez? —preguntó Carlos.

—Papa, llama y ya está —dijo Juanito ansioso.

—¿Juanito, habrá llegado ya Papá Noel? —preguntó Brigitte.

—Puede ser, porque hace ya un rato que hemos visto las luces.

—¿Qué luces? —Juan miró a sus hijos.

—Unas luces rosas, en el cielo —contestaron todos los primos a la vez. Decían haberlas visto varias veces, para algunos eran más lilas que rosas.

—Eran las luces del trineo —añadió Juanito. —Eso es que ya está en Corne. ¿A dónde va primero, tío, a Barcelona o a Cornellà?

—Depende. Cambia cada año —contestó Carlos.

Juan bajó del coche para llamar. Carlos y los niños le vieron caminar y cruzar a la calle de enfrente mientras hablaba por el móvil. El silencio era absoluto, los niños habían apagado la *tablet* abrumados por las expectativas. Cuando regresó y dijo que las pizzas estaban de camino los primos le aplaudieron y jalearon. Carlos respiró aliviado.

—¿Has pedido que las trajeran a un coche al lado del Splau? ¿En Nochebuena? Qué loco. ¿Eso se puede hacer?

—No, no. Les he dado una dirección de esa calle. Cuando vea la moto llegar, me acerco.

Juan pagó al repartidor y, antes de volver al coche, caminó hacia Carmen, Diana y Alba y les dejó un par de cajas de pizza al lado. Lo hizo sin decirles nada.

Esa Nochebuena cenaron todos Domino’s.

Y fue un alivio.

15

La imagen era increíble, parecía un puzzle navideño de mil piezas. Uno de los difíciles, de los que montaba Diana cada Navidad para matar la ansiedad. Empezaba el 28 de noviembre, el día que encendían el alumbrado en Barcelona, y lo dejaba el último día de fiestas, aunque no lo hubiera acabado. Nunca lograba poner la última pieza antes de la noche de Reyes, y eso la deprimía muchísimo. Lo dejaba enrollado en una alfombrilla verde césped y lo retomaba al año siguiente por donde se había quedado. Todavía no había logrado montar uno en una sola Navidad. En una esquina de ese puzzle Ravensburger había un monovolumen iluminado con varias personas dentro. En la otra, tres mujeres estaban sentadas en el suelo a las afueras de lo que parecía un centro comercial con un rótulo, en rojo, en el que se leía Splau. Estaban sentadas en la inmensa explanada de césped que había a unos metros de un parque infantil y al lado de los aparatos de un área de juegos biosaludables. Tenían al lado unas cajas que parecían de pizza. Todo estaba recortado sobre un espacio vulgar que, de noche y desierto, parecía un plató. Estaba el coche, estaban las tres mujeres y estaban la noche, las farolas y la luz que salía del Splau. También estaban los muros del centro comercial. Y esa era, junto a la del césped, la parte más difícil de montar: demasiadas piezas iguales, del mismo color. Había placas de metal, ladrillos *caravista* y varios rótulos de comercios: H&M, Mango, Primark, Zara. Quizás la parte de los nombres era un poco más sencilla.

—¿Dónde estabas? —preguntó Diana.

—Ya te he dicho que en el Splau. Me he quedado encerrada en los lavabos —contestó Alba. Después abrió la caja de la pizza—. ¿Con qué la corto? —preguntó.

—Con las manos. Vienen medio cortadas.

—Las tengo asquerosas. —Miró las de su madre y de su hermana, tan sucias como las suyas, y empezó a cortarla a lo bruto. Le ofreció

un trozo a cada una. Comieron con gusto y en silencio. Sin preocuparles que les chorreara aceite por las manos y la barbilla.

—Vaya cena de Nochebuena, Alba, este año sí que te lo has currado. ¿Cuándo dices que empezaste a prepararla? ¿En agosto? —dijo Diana.

—Qué gilipollas eres. —A las tres les entró la risa tonta—. Pues ahí está la mesa a medio poner. Cuando lleguemos va a estar todo más seco que yo. Menos mal que no he sacado ni los quesos ni el salmón.

—¿Los pimientos rellenos los has sacado? Sería una pena que se hubieran puesto malos —bromeó Diana—. Estará todo para tirarlo. Qué fuerte, mama, que ya no tengamos lo de la barriga. ¿Tú también lo tenías?

—¿El qué? ¿El pulpo? ¿Vosotras también? —contestó Alba sorprendida.

—¿Qué pulpo? Yo he empezado a desangrarme cuando íbamos hacia tu casa en taxi. Me he mirado y tenía un tajo horrible en la barriga. Y la mama también. Yo creo que nos lo hemos hecho a la vez, pero no sé cómo. Ha sido telepático, como cuando a Brisa y a Brigitte les sangró la nariz el mismo día y a la misma hora.

—¿Pero no teníais el pulpo? —insistió Alba.

A Carmen le cambió el gesto de golpe y miró a su hija pequeña con mucha tristeza. La atrajo hacia ella y la abrazó. Las tres se quedaron cortadas, Carmen estuvo a punto de retroceder, pero no lo hizo. No estaban acostumbradas a demostraciones de afecto tan físicas entre ellas. De una generación a otra había habido un salto radical. Diana y Alba abrazaban y besaban a sus hijos todo el tiempo, y les decían te quiero en voz alta, incluso cuando había gente delante. Pero ellas no habían vivido eso. Tampoco se lo habían visto hacer a nadie cercano. Siempre se habían sentido muy queridas por Carmen, pero su afecto, que era muchísimo, ni se verbalizaba ni se expresaba físicamente con facilidad.

Por eso el abrazo duró apenas unos segundos.

—Lo de la barriga nos ha pasado cuando han cerrado el Splau —dijo Carmen rotunda—. Nos ha salido la herida a las dos de golpe.

—¿Como por arte de magia? —contestó Diana.

—Sí.

—Pero, mama, tú no crees en esas cosas.

—¿En qué cosas?

—Pues en cosas así, como sobrenaturales. Llevas toda la vida diciéndonos que estamos como una regadera ¿y ahora vienes con esa locura?

—A ver, locura... Diana, tú acabas de hablar de telepatía —dijo Alba.

—Ya, pero yo sí creo. A mí me han pasado cosas.

—Ah, ¿sí? —preguntò Alba—. ¿Qué cosas te han pasado? Primera noticia que tengo.

—Pues cosas.

—¿Còmo te explicas tú esto? —las cortò Carmen dirigiéndose a Diana—. ¿Qué te crees? ¿Que es porque nos ha sentado mal algo de comer?

—No, pero igual es por otra cosa. Yo qué sé.

—¿Còmo nos vamos a hacer las dos este cristo a la vez sin darnos cuenta? ¿Y has visto còmo está tu hermana? ¿Te crees que ha salido así del Splau porque se ha peleado con un dependiente?

—No, si me parece bien. O no, bueno, no sé. Lo que pasa es que me choca que tú digas esas cosas. De todos modos, capaz es de haberse peleado, ¿eh? No sería la primera vez. Y ha conseguido los mandos.

—Alba está destrozada. Y nosotras también, aunque ahora no nos duela y nos brille la barriga —dijo Carmen levantándose el jersey—. Madre mía, qué cosa más rara. Tu hermana tiene las orejas que parecen churrascos.

—¿Por qué tienes las orejas así, Alba? ¿Qué has hecho ahí dentro? —dijo Diana mirando a su hermana, que las observaba en silencio.

—Va, vámonos a casa. Pedimos un taxi y nos adelantamos, que quiero ducharme. No quiero que los niños me vean así. Y a vosotras tampoco —dijo Alba, agotada, sin energía ni confianza para explicarles lo que le había pasado allí dentro—. Llama a Carlos o a Juan y diles que nos adelantamos, que nos den al menos media hora antes de venir ellos.

—No va a haber ningún taxi, y menos en esta zona. Es Nochebuena —contestó Diana.

—Ay, hija, de verdad, qué aguafiestas eres. Alguno habrá. No todo el mundo puede estar de cachondeo, hay gente que trabaja en Nochebuena.

—Pero si estamos en el culo del mundo.

—No es el culo del mundo, es Cornellà. Y viviste aquí hasta los veintiocho años, que no se te olvide —dijo Carmen.

Diana sacó el móvil y pidió un taxi por la aplicación.

—Pone que está buscando...

Permanecieron unos minutos en silencio. Diana golpeaba cada dos segundos la pantalla del móvil con las puntas de los dedos para ver si algún conductor había aceptado el servicio, pero nada.

—Yo también tuve un pulpo en la barriga —soltó Carmen de golpe. Las dos la miraron sorprendidas—. Hace muchos años.

—Ay, mi madre, ¡el pulpo! Pensaba que había oído mal... —dijo Diana. Carmen la mandó callar con un gesto duro que la dejó muda.

—El primer verano que pasamos en el camping, el año que me desmayé en la playa y casi os morís del susto. Lo tuve todo el verano en la barriga. Lo empecé a notar en cuanto llegamos, pero no me atreví a dejarlo salir. Me dio miedo. Para eso había que echarle valor.

Diana no entendía nada, pero no se atrevió a decir nada más. La absoluta desolación de Alba al escuchar la confesión de Carmen la desarmó. Y la seriedad con la que su madre la había mandado callar, también el temblor en su voz, le hicieron pensar que, aunque no fuera verdad, aunque solo fuera un delirio, para ella sí lo era.

Alba cogió de las manos a Carmen, que era incapaz de mirar a sus hijas a la cara:

—Mama, está todo bien. Hiciste lo que pudiste.

Estuvieron unos segundos en silencio. Diana miraba alternativamente a una y a otra, incapaz de decir nada. Quería preguntar muchas cosas, pero sabía que no era el momento. Y temía romper la intimidad que había surgido entre su madre y su hermana, silenciosa, distinta a la habitual. Pero se le hizo insoportable verlas

tan calladas e intentó animarlas de una forma un tanto torpe e infantil.

—Sois muy valientes las dos. —La frase sonó un poco ridícula en su cabeza, pero siguió, con la voz titubeante—. La mama y tú, Alba. No sé, me contáis esas cosas y me quedo loca. Yo nunca sé qué hacer cuando me pasan cosas raras, nunca sé cómo reaccionar. Y a vosotras os han pasado cosas rarísimas y mira, aquí estáis.

—Hechas un cuadro —dijo Alba.

—Sí, hechas un cuadro, pero estáis. Me quedo yo encerrada en un centro comercial de noche y me da algo, me muero de miedo. Y sin móvil, qué horror. Vuelven la Navidad del año que viene a buscarme y sigo encerrada en el lavabo llorando.

Alba miró a su hermana con ternura. No se atrevió a decirle que no había estado sola ahí dentro, al menos no todo el tiempo. Ni que ella, sin saberlo, también había estado en el Splau esa noche.

16

Se las había encontrado a todas en los alrededores del árbol gigantesco de Navidad que decoraba el centro comercial. Unas más cerca que otras. Todas acompañadas. La mayoría se movía a unos metros del abeto. Perdidas, sumidas en sus cosas y en sus dramas. Otras estaban completamente quietas delante del árbol, mirándolo como hipnotizadas. Era un árbol de pega, una estructura metálica altísima en forma de cono y con una puerta que daba acceso al interior, visible desde fuera. En realidad no era una puerta, sino solo el marco. Las luces que cubrían el abeto y los adornos luminosos —unas bolas de Navidad gigantes que curiosamente estaban dentro y no fuera—, estaban encendidos. Se podía ver el corazón del árbol desde fuera porque no era una estructura compacta. Se trataba de varias barras de metal unidas por arriba, como si fuera un ramo de novia boca abajo y vestidas con una rejilla de leds diminutos. Dentro había dos bancos pintados con spray dorado. Los días previos a Navidad, en horas punta, Papá Noel recibía allí a los niños y les preguntaba si se habían portado bien ese año y qué regalos querían que les dejase. Los días y las horas que no estaba Papá Noel, los clientes podían entrar libremente en el árbol, hacerse fotos y contemplar las navidades del Splau desde su interior.

Alba caminó hacia el abeto con miedo y la vista fija en la estrella que coronaba la estructura metálica. Tenía la esperanza de que si no miraba a ninguna de esas personas, no se darían cuenta de su presencia. Como cuando se tapaba los ojos de niña jugando al escondite. Quería creer que eso funcionaría, al menos mientras los tentáculos la dejaran tranquila. Según avanzaba en línea recta, el rabillo del ojo le devolvía manchas oscuras, de distintos tamaños, que se movían y desplazaban con lentitud. No sabía quiénes eran esas personas, pero tampoco tenía intención de mirarlas para descubrirlo.

Llegó al árbol sin que nadie se lo impidiera y las vio dentro.

Eran tres. Dos estaban sentadas en el mismo banco, la otra, en el de enfrente. La que estaba sola vestía igual que una de las otras, con tejanos y una sudadera gastada, y calzaba, como ella, zapatillas blancas de verano a pesar del frío. Tanto el frontal de sus sudaderas como sus zapatillas de tela estaban manchadas de sangre, las de una ya reseca y marrón. Ambas llevaban el pelo recogido en una coleta baja. La que estaba sola tenía los ojos en carne viva, tan lastimados que no podía abrirlos. Tampoco lo intentaba. Lo único que se movía, tenuemente, era su pecho cuando respiraba. A la que estaba frente a ella, y era idéntica a ella, le sangraba la nariz. El chorro, de un rojo profundo, era abundante y constante. Le caía por la boca y la barbilla y le empapaba la sudadera. Como tenía las piernas separadas, la sangre resbalaba por el tablón de aglomerado hasta el suelo, donde había una mancha sobre la moqueta verde que cubría la base del árbol. Pero ella no hacía nada para cortar la hemorragia. No parecía darse cuenta, o no le importaba. Esa mujer duplicada era ella misma. Y la que tenía al lado era Diana, o una versión mustia de Diana. Tenía su mismo porte y vestía con ropa que Alba reconocía: un pantalón sastre negro y un jersey de punto con brillos —las dos hermanas habían heredado de Carmen la debilidad por las lentejuelas y la pedrería—. Pero estaba pálida, esquelética, hueca, cabezona, como si le hubieran aspirado sin piedad la grasa, la masa muscular y la energía y, al hacerlo, la hubieran dejado sin color y sin alma. Alba miraba a una y a otras desolada. Le resbaló una lágrima por la mejilla. Podía verse rota, podía verse destruida. Estaba acostumbrada. Pero no podía soportar ver así a su hermana. Se acordó de cuando Diana dejó de comer en su segundo año de universidad, y de la impresión que le dio ver su cuerpo desnudo en la bañera cuando entró en el baño sin llamar. No dijo nada, pero durante un tiempo perdió el sueño, el hambre y las ganas de jugar. Alba quiso abrazar a esa Diana consumida, pero los pies no le respondían.

Diana, o lo que quedaba de ella, apoyó lentamente una mano en el muslo de la mujer que tenía al lado. No movió ni un músculo más. Salvo por ese deslizamiento, siguió quieta en la misma posición.

Varias gotas de sangre de la otra le cayeron en el dorso de la mano, huesuda y lívida. Alba miraba angustiada sus dedos, escandalosamente delgados, y sus uñas quebradizas. El único anillo que llevaba, el mismo que ella le había regalado en la ronda de detalles a los invitados de su boda, le bailaba en el dedo corazón. Diana cerró la mano. Estuvo así unos segundos, con el puño apoyado en la pierna de la otra. En un visto y no visto, estiró el pulgar y el índice y le pellizcó el muslo. Como reacción, las dos mujeres idénticas abrieron la boca a la vez, tanto que Alba pensó que se les iba a desencajar la mandíbula. Segundos después, les salió de dentro, como si les gritara el estómago, un quejido horrible, el mismo que había escuchado Alba antes, el que la había llevado hasta allí. El lamento creció, se multiplicó e invadió el centro comercial. Retumbó en los escaparates. Las lunas de varios comercios se quebraron y se escuchó el sonido de los vidrios caer en cascada sobre el suelo. Alba se giró despacio, aterrorizada, y las vio.

Todas quietas, todas con el mismo rictus, todas con la boca desencajada, el quejido atravesándoles el cuerpo y la ropa manchada de sangre. Algunas por duplicado, como gemelas siniestras, como si sus dolores y sus malestares fueran tan grandes que no cupieran en un solo cuerpo.

Eran mujeres más o menos de su edad, desperdigadas por las dos primeras plantas del Splau, al menos hasta donde ella podía ver. Ninguna estaba sola. Duplicadas o no, todas iban acompañadas, pero sus acompañantes no gritaban, se limitaban a estar a su lado en silencio. Aunque el grito les deformaba la cara y les afeaba el rostro, ninguna parecía llegar a los cuarenta. A Alba le impresionó que tuvieran los ojos abiertos. No entendía cómo un grito tan extremo no se los hubiera cerrado instintivamente. Estuvieron así un par de minutos, hasta que, todas a la vez, dejaron de chillar. Se apagaron las luces del centro comercial. También la iluminación que llegaba del exterior, la de la calle. El Splau se convirtió en la boca del lobo y solo permaneció encendido el abeto, con las tres mujeres dentro. Durante un rato, lo único que vio Alba fue el rostro cetrino de su hermana y su propia cara, duplicada, descompuesta de dos maneras distintas. Ella con los ojos desollados, sin pestañas, y ella

desangrándose por la nariz. Y lo único que escuchó fueron sus propios latidos y el goteo de la sangre contra la moqueta. Después, le sobresaltó un aplauso. En realidad no fue un aplauso. Todas esas mujeres habían alzado los brazos al aire al mismo tiempo y dado una única palmada, fuerte, perfectamente sincronizada.

La luz regresó. El alumbrado navideño revivió.

Alba volvió a mirarlas y ya no estaban quietas, ni tenían el rostro congelado y deformado en un grito. Habían retomado lo que estuvieran haciendo antes de entregarse al lamento colectivo —o grito de auxilio—. Esas mujeres seguían sin saber que Alba estaba allí, o lo sabían pero les daba igual. La ignoraban. Si alguna cruzaba por casualidad la mirada con ella, parecía no verla. Alba se fijó en las que tenía más cerca. De distintas edades, con distintas caras y distintas estructuras óseas. Tampoco pesaban lo mismo, pero podía reconocerse en cada una de ellas. Abatidas, dos mujeres idénticas empujaban con dificultad un carrito. Dentro había un bebé envuelto en un arrullo, y en cada hueco y colgando del manillar, montones de bolsas, trastos y juguetes. Caminaban con torpeza y se golpeaban sin querer las espinillas con el patinete que el cochecito llevaba acoplado para cargar otro niño. Ese otro niño, de unos cuatro años, no iba en el patinete. Estaba de pie al lado de una de esas mujeres tirándole del anorak, impidiéndole avanzar. Otra mujer, probablemente su abuela, intentaba con mucho esfuerzo y poca suerte deshacer el puño del crío para que se soltara del abrigo. Unos metros a su derecha, sentada en el suelo y apoyada en el escaparate del Burger King, una chica amamantaba a su bebé mientras su madre, con su misma cara y no más de dieciocho años más que ella, la abanicaba con el catálogo de una juguetería. Cuando se cansaba de mover la mano, paraba y acariciaba el pelo de su hija, que rechazaba el mimo con un gesto brusco de cabeza. Muy cerca, otra mujer de unos treinta años, cargada de bolsas de papel de distintos comercios, entraba y salía de Starbucks en un bucle infinito. Adentro, afuera. Adentro, afuera. Una señora mayor, un hombre joven y dos niños pequeños la observaban pacientes y resignados. Alba se sobresaltó cuando dos chicas iguales pasaron muy cerca de ella, a apenas unos centímetros. Eran jóvenes,

bastante más que ella, bastante más que las demás. Tendrían unos veinte años. Iban sin abrigo, llevaban unas llaves en la mano y tenían una bola de papel higiénico metida en un agujero de la nariz. Caminaban en línea recta, con la cabeza un poco inclinada hacia atrás, en dirección a la salida del centro comercial. Las seguía, a bastante distancia, una señora de unos setenta años con el bajo del pantalón muy corto, los tobillos al aire y un niño demasiado pesado para ella en los brazos. Cerca del árbol de Navidad, una madre y un abuelo intentaban levantar a un crío que braceaba y pataleaba tirado boca abajo en el suelo de hormigón.

Para Alba fue terrible reconocerse en esas mujeres y en esas situaciones de agobio, de estrés y ansiedad. Una imagen la dejó destrozada. Una chica estaba sentada en el suelo, en medio del pasillo. La gente pasaba a su alrededor sin ofrecerle ayuda, rozándola, alguien incluso tropezó con ella. La chica tenía la cara y los ojos rojos. Sudaba y temblaba. Abría y cerraba una mano como si la sintiera dormida, como si le hormigueara y quisiera despertarla con ese movimiento. Su familia, parada a su lado, la miraba impotente. Alba se había visto en esa chica y, sobre todo, había visto lo que debía ver Carmen cada vez que ella tenía un ataque de pánico. No quería ni pensar en lo que debió ver su madre el día de su última crisis de ansiedad, cuando hace unos meses la había acompañado a Urgencias de madrugada en un taxi. Imaginó a su madre, a sus setenta años, recibiendo una llamada al teléfono fijo a las tres de la mañana. Vistiéndose y calzándose con prisas, temblorosa, y cruzando sola la rotonda de la Ronda, en medio de la noche, para ir con ella al hospital. Juan no podía acompañarla porque no podía dejar solos a los niños. Se daba por hecho que tenía que ser así. Nadie pensó que lo más normal era que la acompañara él, ya que era mucho mejor ir en coche que en un taxi, y que Carmen esperara en casa con sus nietos. Ni siquiera Carmen lo pensó. ¿Cómo no iba a ir ella?

Sin embargo, no fue eso lo que más impresionó a Alba. Lo que la tenía en shock, y le impedía aprovechar que no la miraran para intentar salir del Splau, era el aspecto de los acompañantes de esas mujeres. Estaba paralizada por el horror. También por la culpa y la

tristeza. Como la Diana del árbol, esas personas —sobre todo mujeres—, estaban consumidas. Estaban flacas, huecas, macilentas. Incluso los niños. Hasta los bebés. La ropa les quedaba grande, se les marcaban los huesos, tenían mala piel y habían perdido la sonrisa. No les brillaba el pelo, algunos ni siquiera tenían pelo, o tenían poco. Ninguno de esos adultos pesaba más de cuarenta kilos. A los niños no se les podía mirar, daba demasiada pena. Era imposible que, en ese estado, aquellas personas tuvieran energía para ayudar a esas mujeres. Para abanicarlas y consolarlas, o para cargar con sus hijos y con sus cosas. Ni siquiera para limitarse a hacerles compañía y que no se sintieran solas. Y, pese a ello, lo hacían. Sin quejarse. Lo hacían por inercia. Lo hacían porque tenían que hacerlo, porque ni siquiera se les había pasado por la cabeza lo contrario. Lo hacían, pensó Alba, por un afecto profundo que ella no había sabido ver y del que, por no haber sabido verlo, llevaba mucho tiempo aprovechándose.

Alba empezó a notar que los tentáculos le acariciaban los intestinos. Rezó en silencio para que no la estrangularan, al menos no ahora, al menos hasta que encontrara un lugar donde esconderse. Pero las oraciones que repasó mentalmente, rezos que recordaba de su breve y catastrófico paso por un colegio religioso, no sirvieron de nada. El dolor la hizo caer de rodillas donde estaba, a los pies del árbol. Gritó. Ni siquiera pudo plantearse que no era buena idea hacerlo. Su cuerpo iba por libre. Volvieron a apagarse las luces del centro comercial, y las del exterior, también las del árbol de Navidad. Alba se tumbó en el suelo rota de dolor. Nadie aplaudió para que volviera la luz. Escuchaba sus propios gemidos, el roce violento de su cuerpo contra el suelo y, de fondo, un runrún indefinido similar al de una fiesta sorpresa. Ese sonido previo a que la persona celebrada entre por la puerta. Segundos más tarde, se escuchó el sonido impúdico, líquido y viscoso de los tentáculos abriendo el vientre de Alba. Salieron disparados de su cuerpo y la luz regresó cuando chocaron uno contra el otro.

Alba, tirada en el suelo, agotada pero ya sin dolor, se estremeció al descubrirse rodeada y observada por tanta gente. En realidad no la miraban a ella, o no exactamente. Las mujeres la rodeaban, se

agolpaban en torno a ella, pero nadie la miraba a la cara. Observaban hipnotizadas, sin pestañear, las extremidades plateadas que salían de su vientre y que ella nunca pidió. O igual sí. Desde su posición, podía ver la barriga descubierta de algunas de esas mujeres. Donde debió haber tentáculos, pensó, ahora había cicatrices. En algunos casos, muñones, pequeños apéndices de carne, cortados y aún sin cicatrizar, que seguían adheridos a ellas. Por eso gritan, pensó. Sus tentáculos, en cambio, eran más largos y brillantes que nunca. Se movían sinuosamente, danzaban ante la mirada alucinada de las mujeres. Se habían alzado al cielo hasta alcanzar la altura del árbol, que proyectaba en ellos sus luces y los hacía resplandecer más que nunca, como si fueran dos espumillones que se hubieran desprendido y separado varios centímetros del abeto. Las caras de las mironas se llenaron de destellos y brillos. También las de sus acompañantes, que esperaban en un segundo plano, con los cochecitos o los niños en brazos o a caballito. Algunos sostenían bolsas de H&M, MediaMarkt o Primark, y otros se apoyaban en los carros metálicos con la compra para todas las fiestas. También se llenaron de destellos y brillos los cristales de los escaparates. Incluso el cielo nocturno. El Splau, un centro comercial descapotable, se convirtió en un inmenso proyector de estrellas rosas y lilas. En la versión colosal de los dispositivos que los hijos de Alba y Diana tenían en la mesita de noche para ayudarles, sin ningún éxito, a conciliar el sueño.

Entonces, los tentáculos dejaron de moverse, dejaron de brillar y de bailar para ellas.

Tirada en el suelo, Alba vio cómo esas mujeres la abandonaban, cómo se iban de su lado con prisa. Inmovilizada por el peso de los tentáculos, que seguían fuera de su cuerpo, tiesos hacia arriba, se incorporó como pudo. Todas se dirigían al mismo sitio, a la puerta principal del Splau. Caminaban cada vez más deprisa. Y cada vez eran más. Cientos y cientos saliendo de los comercios, de las cafeterías y de los restaurantes, incluso de los locales que estaban completamente a oscuras. Descendían en tropel de la primera planta por las escaleras mecánicas, sin detenerse, bajando los escalones de dos en dos, como si llegaran tarde a algo importante. Llegaron a ser

tantas las mujeres en las escaleras, apretadas unas contra otras, que las frenaron. Algunas perdieron el equilibrio y cayeron, provocando que otras rodaran escaleras abajo. No hablaban, pero eran tantas que el centro comercial retumbaba. Acostada en el suelo de cemento, Alba notaba más el estruendo en los riñones que en los oídos. No podía entender de dónde salían todas esas mujeres. Tantas y tan parecidas a ella, con un porte similar, diez años arriba o abajo. ¿Dónde habían estado todo ese rato? ¿Dónde se habían escondido mientras ella se peleaba con los tentáculos y consigo misma? De golpe experimentó una sensación de alivio. Sonrió y relajó el cuerpo. Estaba proyectando en esas mujeres su deseo de salir de ahí, de llegar a casa cuanto antes para envolver los mandos de la Switch, cuando los niños durmieran, y colocarlos al pie del árbol. No tenía ninguna duda de que esas mujeres deseaban lo mismo que ella, que caminaban hacia la puerta del centro comercial para derribarla, salir de allí y dar por inaugurada la Navidad. Una de las pocas épocas del año en las que se llenaba el vacío, en las que se sentían plenas porque tenían un millón de cosas por hacer y sabían hacerlas mejor que nadie. Era imposible que una horda de mujeres no pudiera tumbar la pesada puerta metálica del Splau mientras sus familiares les vigilaban a los niños y les aguantaban el bolso.

Los tentáculos cayeron a ambos lados del cuerpo de Alba, como si hubieran estado colgados de hilos y alguien los hubiera cortado de golpe. Se desplomaron, pesados, haciendo un ruido seco. Sintió un tirón en las tripas cuando chocaron contra el suelo y el dolor la dejó sin aire y le empañó los ojos. Cuando se recuperó un poco, pellizcó uno de los tentáculos para ver si reaccionaba. Nada, no pasaba nada. Se escuchó el grito colectivo una vez más. Más intenso que nunca. Más rabioso, más desesperado que nunca. Alba giró la cara hacia la entrada del centro comercial y vio que todas esas mujeres, cientos y cientos, se amontonaban en la entrada pero de espaldas a la puerta, mirándola a ella. Sus acompañantes ya no estaban. No había abuelas famélicas, maridos escuálidos, ni niños desnutridos. Estaban solas. Paradas, con las mandíbulas desencajadas y las

lenguas pálidas, con los ojos abiertos. Parecían no tener intención de salir del centro comercial, ni de dejar que saliera ella.

Pararon los gritos y se apagaron las luces.

Alba escuchó pisadas, roces, cuchicheos, pero nadie aplaudió para que volviera la luz. Se incorporó otra vez. Intentó levantarse, pero los tentáculos, inertes a ambos lados de su cuerpo, pesaban como muertos. Palpó hasta localizarlos y los apretó, los pellizcó y los zarandeó. Hasta les dio puñetazos. Quería que reaccionaran, que volvieran a estar vivos. No tenía fuerza para levantarse con ese peso colgándole de las tripas, y todavía menos para arrastrarlos. Pero no se movían. ¿Estaban muertos? ¿Era eso? Deseaba que volvieran a entrar en su barriga, aunque la martirizaran. Estaba dispuesta a volver a sentir su peso en el vientre y el dolor intermitente. Pensó en las palmadas y en las danzas de sus hijos en los lavabos públicos, en sus increíbles bailes infantiles para despertar al sensor. Quería otra vez eso. Así que aplaudió. Y la luz volvió. Miró hacia las mujeres. Habían dejado de chillar pero el grito seguía congelado en sus rostros. Permanecían en la misma posición, de espaldas a la puerta, indicándole con sus miradas huecas que no iban a dejarla salir, que todo terminaba allí. Miró los tentáculos y sintió nostalgia de sus danzas y de sus brillos y destellos. Estaban cubiertos de una telilla blanquecina. «Vale, se han muerto. Me estoy muriendo.»

Sentada en el suelo, se echó la mano a un bolsillo del pantalón y rio. Rio como una loca. Con una fuerza que no se correspondía con la energía que le quedaba. Igual ella no sobrevivía, pero los mandos de la Switch, sí. Misión cumplida. Cuando la encontraran los operarios de la limpieza, ella estaría destrozada pero la cajita seguiría intacta. La sacó del bolsillo. De tanto en tanto, miraba de reojo a las mujeres, que seguían en la misma posición y con la misma mueca. Podían salir corriendo hacia ella en cualquier momento, pero ya no le quedaban fuerzas para tenerles miedo. Además, si eso pasaba no iba a poder hacer nada. Acarició la cajita, jugueteó con ella girándola entre los dedos e intentó reparar con saliva una esquina que estaba un poco arrugada. Sintió un hormigueo en el vientre y vio cómo, poco a poco, los tentáculos recuperaban su color y su brillo. Empezaron a sacudirse como si

recibieran pequeñas descargas de electricidad. Segundos después, los recorría por dentro, todo lo largos que eran, una luz violeta que se extendió a través de ellos en un ramillete hasta iluminarlos completamente por dentro. Alba seguía riendo. Y llorando. En esa risa histérica estaban todo su cansancio, su dolor y toda la nostalgia de lo que sabía que podía perder.

Los tentáculos no volvieron a entrar en el vientre de Alba, pero se alzaron y la liberaron de su peso. Se puso en cuclillas. Desnuda de cintura para arriba, con la piel teñida por la sangre, con los tentáculos luminosos bailándole el cuerpo. El Splau volvió a tronar. Miró hacia las mujeres, que caminaban en masa hacia ella, decididas. Con los ojos abiertos, con la mandíbula desencajada, con la ropa tiesa por la sangre reseca, algunas enseñando sus pequeños muñones. Todas con sus zapatillas de verano en pleno invierno. Alba se puso de pie. Custodiada por esos dos compañeros de viaje, cada vez más largos y brillantes, cada vez más esplendorosos, Alba caminó hacia ellas. Atravesó la jauría y todo se inundó de una luz rosa, y después violeta, fosforescente.

«Yo solo quería los mandos.»

25 de diciembre
Navidad

17

No había taxis. Pusieron rumbo al piso de Alba en dos turnos. Juan llevó primero a Carlos y a los niños, no tenía ningún sentido tenerlos más tiempo allí. La combinación de la pizza y la calefacción del coche había hecho que les salieran de golpe los coloretes y el cansancio. No tenían ganas ni de mirar la *tablet*. Después, ya pasadas las doce, regresó al Splau a por ellas, que seguían tumbadas de palique en el césped. Alba y Diana se levantaron sin demasiado esfuerzo, y entre los tres ayudaron a Carmen, que se había quedado agarrotada de estar tanto tiempo en la misma posición. Ya de pie, se miraron las unas a las otras.

—Madre mía —dijo Diana—. Esta ropa, para tirarla.

—¿Cómo vas a tirarla? Ni se te ocurra, que está nueva.

—Mama, es imposible sacar la sangre reseca. Y mira cómo vamos.

—Le echas bicarbonato y luego lejía, y a la lavadora en prelavado. ¿O tu lavadora no tiene prelavado? —contestó Carmen. —Sí, mama, mi lavadora tiene lo mismo que la tuya y que la de mi hermana.

Cuando entraron por la puerta, lo primero que vieron fue la mesa a medio poner, con los cubiertos amontonados en el centro y las aceitunas sin brillo. Carlos estaba sentado en el sofá. Estaba pálido, descompuesto. Les hizo un leve gesto con la cabeza. El bebé dormía a sus pies, se había vuelto a quedar frito de camino a casa y estaba acurrucado en el *maxicosi*. Se escuchaba a los otros niños hablar en la habitación. Por el volumen de sus voces, parecía que estaban tranquilos, seguramente muy cansados. Sin quitarse siquiera el abrigo, Carmen caminó directa hacia su yerno.

—¿Y esa cara de susto? Chico, qué serio estás siempre. Alégrate, que es Nochebuena.

—Igual hoy no es tan raro que esté serio, ¿no? —contestó Carlos con un hilo de voz.

—Carmen, antes de sentarte en el sofá cámbiate de ropa, por favor —pidió Juan a su suegra a la vez que se sacaba las zapatillas, manchadas de sangre, y las tiraba al cubo de basura de la cocina—. Cambiaos las tres, que no os vean los niños así, y meted la ropa en la lavadora. Igual estaría bien que os dierais una ducha, aunque estéis cansadas.

—Yo no estoy cansada —dijo Alba.

Juan enmarcó la cara de su mujer con las palmas de sus manos, con mucho cuidado, y le miró las heridas de las orejas. Resopló. Cuando se disponía a explorarle la cabeza para ver si tenía alguna brecha o algún golpe, Alba lo frenó agarrándole con suavidad de una muñeca. Juan no insistió, no dijo nada. Tomó el pasillo y se adelantó para cerrar la puerta de la habitación de los niños. Se puso delante para bloquearla hasta que ellas pasaran al cuarto de matrimonio, al final del pasillo. Carmen y Diana entraron primero.

—Alba, ¿qué haces? —preguntó Juan, tirando del pomo de la habitación de los niños, al ver que su mujer no las seguía.

—Espera, vengo en un momento.

Alba caminó hacia la terraza y salió. Se sacó los mandos de la Switch del bolsillo del pantalón y los metió en un saco de basura gigante donde había escondido parte de los regalos de esa noche. Al incorporarse, se reencontró con las vistas de siempre. Las luces nocturnas, la Ronda de Dalt, con menos coches, más tranquila de lo habitual, el campo de fútbol, las vallas publicitarias gigantes. Alba se apoyó en la barandilla. No sabía cuándo había sucedido pero habían cambiado las vallas. En una ponía FINESTRELLES SHOPPING CENTRE, SALIDA 12. En la otra, SHOPPING SPLAU, SALIDA 16. Su piso estaba a dos salidas de la ronda del Finestrelles y a otras dos, en la dirección opuesta, del Splau. Su piso estaba exactamente entre los dos centros comerciales. Alba rio sola y entró en el piso.

—Carlos, porfa, vigila que los niños no salgan a la terraza, que he escondido aquí algunos regalos.

—No te preocupes, estoy pendiente.

Una vez hubieron entrado las tres en el cuarto de matrimonio, Juan les hizo prometer que no saldrían hasta haberse aseado y cambiado de ropa. Después regresó con los niños y les pidió que fueran a ver la tele al salón. Para convencerles, les explicó que quizá Papá Noel pasaba de largo si les veía despiertos a esas horas en su habitación. Los cuatro desfilaron sin quejarse hacia el comedor, cargados de un arsenal de juguetes. Hasta que no les vio girar al comedor, Juan no dejó de mirar atrás para confirmar que la puerta del cuarto de matrimonio seguía cerrada.

—Carlos, bajo un momento al parking a buscar las bolsas del coche —dijo Juan. Vuelvo en nada. Vigila que no vuelvan a ir para la habitación.

Los niños se tiraron en el sofá. Lanzaron al suelo los cojines más grandes para ganar espacio y caber todos tumbados. Juanito cogió el mando y encendió la tele. Puso YouTube y estuvo un rato pinchando para su hermana y sus primos sus videoclips favoritos. De vez en cuando, alguno hacía una petición, sugería algún hit o alguna canción de las que periódicamente, por alguna razón inexplicable, se ponían de moda en todos los colegios a la vez. Empezaron tranquilos. Seis o siete temas después, Juanito berreaba y Brigitte perreaba delante de la pantalla. Carlos miraba al suelo para no verlos. Estaba profundamente avergonzado. No tenía claro si le incomodaba más la precocidad de sus sobrinos o el patetismo de sus hijos, uno haciendo ver que se sabía las canciones cuando no tenía ni idea y la otra, imitando los movimientos de su prima agarrada a un mueble.

—Primo, pon el de los bebés —pidió Tomás.

—¿Cuál de los bebés?

—El de los bebés que bailan, el que ponéis siempre.

Carlos desvió la mirada a la pantalla de 65 pulgadas. «Pocas pulgadas me parecen, es enorme, deben ser más, igual 75», pensó. Se disparó entonces un vídeo que era un clásico en casa de su cuñada. Lo ponían muchísimo. A toda la familia le encantaba. Siempre que venían de visita acababan viéndolo al menos tres veces. En realidad, no era un videoclip, era un anuncio de una marca

de agua. En él, unos adultos caminan por la calle y, al mirarse en un escaparate, el reflejo les devuelve a unos bebés que visten como ellos y reproducen sus movimientos, como si fueran una versión infantil de sí mismos. Empiezan entonces a bailar *Here Comes the Hotstepper*, con pasos cada vez más sofisticados, y los bebés hacen lo mismo, replicando movimientos imposibles para niños que a esa edad apenas andan. Mientras en el anuncio sucedía esa locura, en el comedor del piso de Alba los primos imitaban la coreografía. Las niñas, en el suelo. Los niños, de pie en el sofá. Carlos miraba hipnotizado a la pantalla.

—¿A que es guapo este vídeo, Carlos? Es una pasada. Es buenísimo —dijo Carmen. Iba en pijama y bata, una de las batas polares de Alba, así que le quedaba muy pequeña. Llevaba el pelo mojado y repeinado hacia atrás. Tenía buena cara pese a todo lo que le había pasado esa noche. Las niñas corrieron a abrazarla, los niños saltaron del sofá e hicieron lo mismo.

—¿Cómo te encuentras, Carmen? —le preguntó Carlos.

—Yo bien. ¿Tienes hambre? Se ha quedado todo reseco, pero podemos sacar un poco de queso y de jamón. Y puedo cocinar algo. Justo este año que no hemos hecho cochinillo, me hubiera comido ahora un trozo calentito.

—No, gracias, Carmen. No tengo nada de hambre, tengo el cuerpo raro.

—Ayúdame a recoger esto, que está más seco que yo, y saco algo para picar. Hago algo a la sartén, que los niños coman un poco.

—Mama, no te líes ahora a hacer nada —dijo Alba, parada junto a Diana en la entrada del comedor.

Las dos hermanas también tenían el cabello mojado e iban vestidas prácticamente igual, con tejanos y sudadera. Diana iba de prestado y los pantalones le quedaban muy estrechos, pero, a esas alturas, lo que en otro momento habría sido motivo de agobio para ella era un mal menor. No se parecían nada de cara. Diana era Carmen y Alba era su padre. Una tenía la cara afilada y la otra, redonda. Sin embargo, cuando estaban juntas, incluso llevándose seis años, se mimetizaban y parecían gemelas. Vestidas de la misma manera y con la cara lavada, eran prácticamente iguales. Carlos, aun

así, veía algo raro en su cuñada y no sabía muy bien qué era. Al final se dio cuenta de que simplemente no llevaba coleta, y él siempre la había visto con el cabello recogido. Con una coleta baja y dos mechones largos definiéndole el rostro. Alba se había dejado el pelo suelto para que los niños no le vieran las orejas. Se las había curado como había podido y cubierto con gasas estériles y esparadrapo, también se había tomado un analgésico, cosa rarísima en ella, que evitaba a toda costa los medicamentos. Pero le dolía. Sabía que tendría que ir a Urgencias al día siguiente, en Navidad, y que le iba a costar mucho encontrar una explicación verosímil para esas heridas.

—Va, les hago unas gambas a los niños, que no me cuesta nada —insistió Carmen.

—¿Quieres estarte quieta, mama? Siéntate un rato, anda —le pidió Diana—. Y, haced el favor, poned la calefacción de una vez, por Dios, que esto parece el Polo Norte.

—Los niños no quieren gambas, mama —dijo Alba.

—¡Yo sí que quiero gambas! —gritó Juanito.

—Calla ya, anda.

—No me cuesta nada, las hago en un momento —insistió Carmen.

—Que no, mama, que pide por pedir. Ellos también han comido pizza. ¿A ti te apetecen las gambas? Porque si es porque a ti apetecen, las hacemos. ¿Tienes hambre? —dijo Diana.

—Pues un poco.

—Mama, ¿y no te apetece más un poco de dulce, que es casi la una de la madrugada? Igual las gambas a estas horas no te sientan muy bien. ¿Quito la mesa y saco unos turrones y unos frutos secos? —preguntó Alba.

—Vale —contestó Carmen—, pero haz también las gambas.

Las hermanas se repartieron las misiones dulce y salado en la cocina.

—Diana, no cortes mucho turrón, que a los niños no les gusta.

—¿De chocolate sí, no? —preguntó Diana.

—Sí, pero de chocolate no tengo. Se lo acabaron ayer.

—Yo he traído un par de tabletas de Suchard, están en mi bolso. Me las regalaron en el súper y no las quiero tener en casa porque me las como.

—Será verdad. ¿Y tus hijos?

—Mis hijos están aburridos de dulce.

—Qué *chochona* eres.

Carmen se sentó en el sofá al lado de Carlos y se tapó con una manta.

—¡Alexa, «Telepasión»!

—Mama, eso ya ha acabado, es tardísimo —gritó Alba.

—¿Y qué pongo?

—Pues pon una película navideña, alguna darán —sugirió Diana.

—Uy, calla, qué rollo.

Diana y Alba recompusieron la cena de Nochebuena en unos minutos. Recogieron los cubiertos y los vasos e hicieron un hatillo con el mantel de papel. Las bandejas de cartón con el aperitivo reseco quedaron dentro y todo fue directo al cubo de basura. Después achicaron la mesa desplegable y sirvieron el dulce, los frutos secos y las gambas. Sin preguntar si a alguien le apetecía, sacaron el champán de la nevera y unas cuantas copas.

—Ay, mira, sí, ponme una copita de champán —pidió Carmen guiñándole un ojo a Carlos.

—Espera que suba Juan, que a mí me da miedo abrir la botella —dijo Alba.

—Yo tampoco me atrevo —añadió Diana.

Carlos se salvó de la petición de descorchar el champán, algo que le estresaba muchísimo, porque Juan, la persona ideal para ese tipo de cosas, justo entraba por la puerta. Diana y Alba fueron hacia el sofá, se sentaron cada una a un lado de Carmen y se taparon con una manta. Se pusieron tan cómodas, que Carlos se sintió discretamente arrinconado. Sintió que invadía la intimidad de madre e hijas y las dejó solas. Fue a sentarse en una silla al lado de la mesa. Juan descorchó el champán. El tapón rebotó contra el techo y revolucionó a los niños, que salieron corriendo a la habitación para ver si en ese rato Papá Noel les había dejado algo. El bebé, que había aguantado dormido toda la sesión de DJ de Juanito, se despertó y salió dando tumbos detrás de ellos. Juan sirvió con elegancia cinco copas, como un experto. Agarraba con la mano derecha la botella por la base e inclinaba levemente la copa con la

izquierda. Se aseguró de que en todas hubiera la misma cantidad de champán y le llevó una a cada una. Le extrañó que su mujer, que aún no había destetado al bebé, quisiera champán. Pero no le dijo nada, le alegró que quisiera beber. Después se sentó en la mesa al lado de su cuñado, con el que brindó en silencio sin saber muy bien por qué. No fueron capaces de mirarse a los ojos en el chinchín.

Madre e hijas se bebieron tres botellas de champán mano a mano mientras comían gambas sentadas en el sofá y veían una gala de Nochebuena en la televisión de 65 pulgadas. «Qué bien se ve, ¿verdad?», le decía Carmen a Diana de vez en cuando. Comentaban los estilismos de las presentadoras y de los cantantes y se preguntaban por qué esos especiales de Navidad eran siempre tan rancios. Carlos y Juan empezaban a sospechar que igual no era buena idea que bebieran tanto, pero no se atrevían a cortarles el rollo. Sentados a la mesa, hacían ver que también miraban la televisión, aunque en realidad intentaban procesar sin éxito todo lo que había sucedido esa noche. Juan se levantaba de vez en cuando para rellenarles las copas a demanda. Los niños seguían jugando en la habitación, aunque salían cada dos por tres a picar o a pedir algo y a preguntar cuánto faltaba para que llegara Papá Noel.

—¿Os duele la barriga? —preguntó Diana.

—Nada —contestó Alba.

—¿A ti, mama?

—Tampoco.

—Mama, ¿cómo hiciste para que el pulpo no saliera? —preguntó Alba. Diana miraba a una y a otra. Seguía sin entender, pero le daba igual. Sabía que ella era parte de todo aquello, parte de ese misterio, porque tenía la misma cicatriz que ellas en el vientre, y porque hacía solo unas horas había estado partida por la mitad. Pero no tenía prisa por saberlo todo. Ya se enteraría.

—Me ayudaron las del camping.

—¿Qué camping?

—Pues el Filipinas, ¿qué camping va a ser? ¿A qué otro camping he ido yo?

—¿Pero quién te ayudó del camping?

—La del bingo, y sus amigas.

—¿Cómo las del bingo?

—Las mujeres que hacían el bingo en la caravana.

—¿La madre de mi amigo Manuel?

—Sí, la madre de tu amigo Manuel. Y sus amigas.

—¡Mama! —gritó Diana—. ¡Ves! ¡Lo sabía! ¡Esas tías hacían cosas raras! ¿Eran brujas, mama? ¡Qué fuerte! ¿Por qué te has hecho la loca cuando te he contado lo del camping?

Ahora era Alba la que no entendía nada, pero en vez de preguntar prefirió reconducir la conversación a su favor.

—¿Y por qué te ayudaron? No tenías mucha relación con ellas, ¿no?

—No mucha, no. Lo normal. Pero me ayudaron. No solo a mí, ¿eh? Ayudaron a muchas vecinas del camping. Ese mismo verano, por lo menos a tres.

—¿Por qué lo hacían?

—Pues yo qué sé. Porque querían. Y porque podían, supongo. Veían muy claro cuando alguna necesitaba ayuda. Se te acercaban, te preguntaban y te ayudaban.

—Qué fuerte —dijo Diana, que no podía parar de negar con la cabeza.

—¿Y te pidieron que no lo dejaras salir? —preguntó Alba.

—¿A quién? —dijo Diana.

—Al pulpo.

—No, no, qué va. Ellas eran partidarias de dejarlo salir, pero escuchaban tus razones y, si al final decidías que no, te decían cómo contenerlo o, si había empezado a salir, cómo quitártelo. Te ayudaban, decidieras lo que decidieras, siempre que eso no te pusiera en peligro, claro. Hicieron mucho por las mujeres del camping, no solo eso.

—Eran expertas en andamios —apuntó Diana.

—Por ejemplo —contestó Carmen llevándose las manos a la boca para callar una risa.

Las tres se quedaron en silencio unos segundos, con las copas de champán en la mano.

—Alba, ¿cómo era? —preguntó Carmen.

—¿El qué?

—El bicho. Yo no lo llegué a ver del todo.

—¿Y cómo sabías que lo tenías?

—Estuve todo el verano notando algo raro en la barriga, como si tuviera muchos gases, o como cuando estaba embarazada de vosotras y os movíais y dabais patadas. Pero una mañana me salió algo por el ombligo. Fue el día que me dio el tabardillo en la playa y me mareé. El día que casi os da algo cuando me llevaron al módulo a rastras entre dos vecinas. Estaba tan tranquila en la orilla, mojándome los brazos y la nuca antes de atreverme a meterme del todo en el agua, y empecé a sentir un dolor muy fuerte de barriga. No todo el rato, pero muy seguido, como si fueran contracciones de parto. Entonces noté mucha presión en el ombligo. Me miré y vi un puño pequeño empujando desde dentro, se marcaba a través del bañador. Y me dolía a rabiar. Imagina si empujaba fuerte que acabó saliendo afuera. Me rompió la barriga, ¿por qué os creéis que tengo un ombligo tan feo? Me miré por arriba del bañador y vi que me salía un rabo del ombligo, un rabo cortito que se movía. Y me bajaba sangre por las piernas, a chorros, mucha sangre, y había sangre también en el agua. Vamos, horroroso.

—Era un tentáculo, mama —dijo Alba—, como los de los pulpos. Pero diferentes. Yo tenía dos.

—¿Perdona? —preguntó Diana—. ¿Que tú tenías un rabo en el ombligo y tú tenías un tentáculo? ¿Pero qué me estáis contando?

—No, no, tenía dos.

—¿Que tenías dos tentáculos?

—Sí, en la barriga.

—¿Cómo tentáculos?

—Pues tentáculos. Tentáculos brillantes.

—¿Tentáculos brillantes?

—Sí, como de purpurina —dijo Alba, y empezó a reírse.

—A ver, un momento, en serio, ¿pero qué locura es esta? —Diana no podía abrir más los ojos—. ¿Tenías unos tentáculos de purpurina en la barriga? ¿En el Splau?

—Sí. Tenía unos tentáculos como de *brillibrilli.* —Alba no podía parar de reír—. Y se movían y bailaban...

—No, en serio. Tenías unos tentáculos de *brillibrilli* en la barriga, en el Splau. ¿Es eso?

—¡Que sí! ¡Que te lo juro, Diana! Y bailaban mogollón. Eran increíbles, al final tenían luces dentro y todo. —Alba lloraba de risa —. ¿A que estás flipando?

Las risas de Alba contagiaron a Carmen y a su hermana, que en segundos estaban muertas de risa. No podían ni hablar. Carmen lloraba de risa. A Diana, que golpeaba el sofá con la palma de una mano, se le caía la baba. Juan y Carlos, que con el volumen altísimo de la tele no habían escuchado la conversación, las miraban atónitos.

—Ay, que me ahogo —dijo Alba.

—No me extraña. Qué risa más tonta —contestó Diana cayéndose a un lado y tirando el champán en el sofá.

—¡Callad un momento! —ordenó Carmen.

Diana y Alba se callaron de golpe.

—¡Alexa! ¡«Sueño contigo», de Camela! —gritó Carmen.

—Mama, ¡que no se llama así!

—¡Claro que se llama así!

—¡Que no! ¡Calla un momento! Alexa, «Lágrimas de amor», de Camela —ordenó Alba.

A los primeros acordes, estaban las tres de pie, bailando y tarareando la melodía.

Carmen cantó:

Ya no puedo sentirla a mi lado,
ni su cuerpo ya podré tocar.
Ella ya no está, ella ya no está.

—¡Mama, te la sabes! —dijo Alba.

—¡Cómo no me la voy a saber! ¡Menudo taladro con Camela!

—¡La tuviste puesta todo un verano, Alba! —añadió Diana—. ¡O dos!

—Alexa, ¡más alto! —volvió a ordenar Carmen.

Llegó el estribillo y las tres se abrazaron y empezaron a cantar a grito pelado el estribillo:

Sueño contigo, ¿qué me has dado?
Sin tu cariño no me habría enamorado.
Sueño contigo, ¿qué me has dado?
Y es que te quiero y tú me estás olvidando.

Al escuchar el alboroto, los niños salieron de la habitación y empezaron a bailar, a saltar, a hacer el tonto alrededor de ellas. Con sus batas de Primark, con el cabello aún húmedo y las caras lavadas, cantándose unas a otras el estribillo, bailando a ratos abrazadas. Carlos y Juan las miraban, los niños estaban histéricos de la alegría. Ni unos ni otros las habían visto nunca pasárselo tan bien juntas. Nunca las habían visto tan felices. Nunca las habían visto tan contentas en Nochebuena.

—¡Diana! —gritó Carmen.

—¡¿Qué?!

—¿Por qué no te compras una *air fryer* como la de tu hermana?

Agradecimientos

A Elliott y a Nico.

A Carlo Padial por creer incondicionalmente en mí y por la vida juntos.

A mi editora Rebeca González por la serenidad con la que me acompaña y guía, y por abrazar desde el primer momento los excesos de esta historia.

A Alice Incontrada y Jan Martí por la confianza y el afecto; y a toda la familia Blackie Books por el trabajo y el cariño que han puesto en este libro.

A Maria Cardona por conseguir que Alba, Carmen y Diana hagan algo que no habían hecho nunca: viajar juntas a lugares lejanos.

A Miqui Otero por su lectura atenta, sus consejos y animarme siempre a recuperar y enfrentar las cosas que intuye (bien) que dejo fuera de mis textos por miedo.

A Juan Antonio Bayona por reconocer mejor que yo los motivos y las emociones de este libro. Y por estar siempre.

A Belén Atienza por su generosa y entusiasta lectura del manuscrito.

A Mariana Enriquez por escribir cosas tan bonitas sobre el libro. Tu mensaje llegó la Noche de Reyes y es uno de los mejores regalos de Navidad que he recibido en mi vida.

A Maite por la ayuda con los niños, por regalarme algo tan valioso como tiempo para escribir.

A mi padre, que ya no está pero está todo el rato. A mi madre, mi hermana, mi cuñado, mi sobrina y mis sobrinos por arrastrarme cada día a su espiral de caos y amor.

